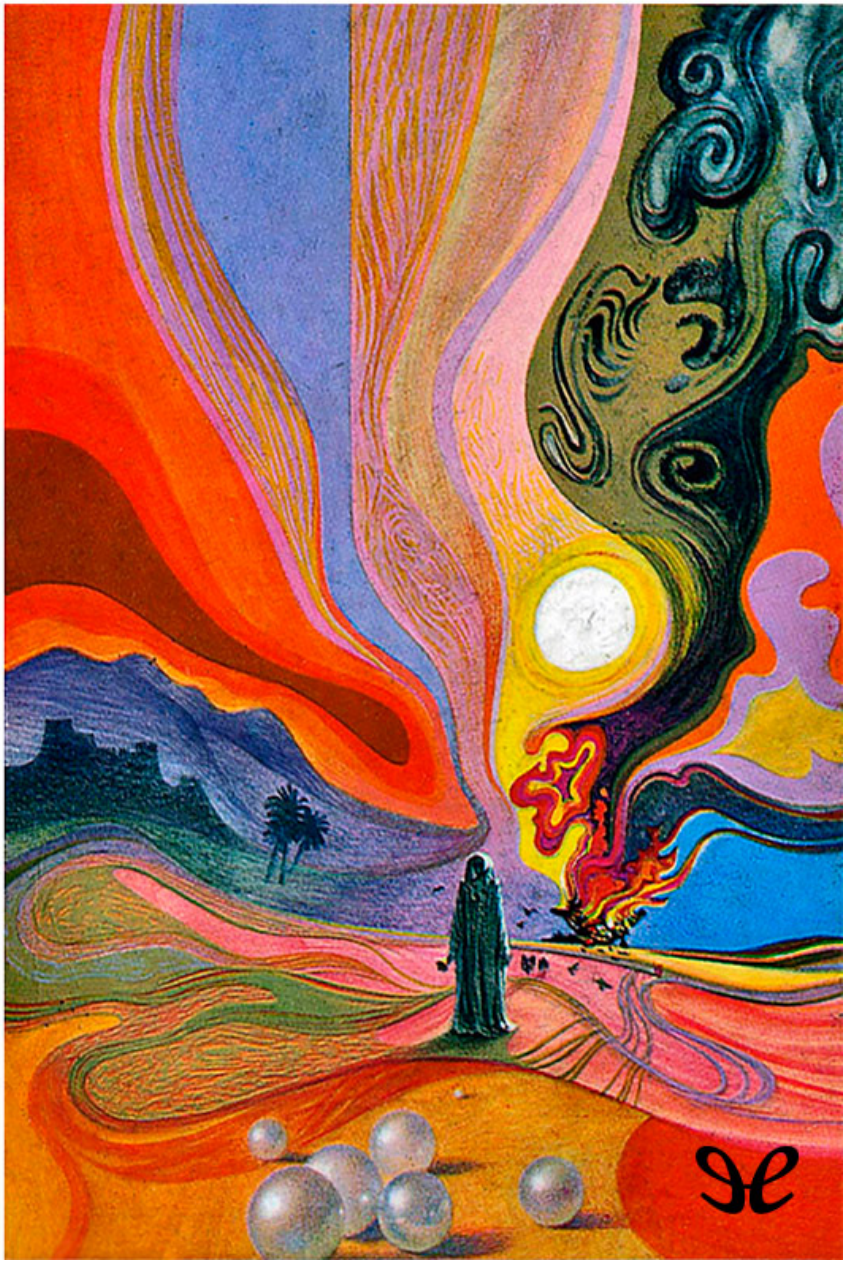
AGATHA CHRISTIE

DESTINO DESCONOCIDO

Selecciones de Biblioteca Oro



En los años cincuenta de nuestro siglo, nos encontramos de lleno en lo que se dio en llamar «La Guerra Fría». Un eminente científico británico, Thomas Betterton, desaparece misteriosamente después de un congreso celebrado en París. Al parecer, no se trata de un caso aislado, sino de la continuación de una serie de episodios parecidos que han sucedido reiteradamente en los últimos tiempos. Siempre se trata de hombres de ciencia que desaparecen sin ningún tipo de violencia y van a parar voluntariamente al otro lado del Telón de Acero.

Agatha Christie

Destino desconocido

ePub r1.1
Titivillus 02.08.16

Título original: *Destination Unknown*
Agatha Christie, 1954
Traducción: Concha Peraire del Molino
Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Salay (EPG r1.0) & Poe (EPL r1.0)
ePub base r1.2

A Anthony, al que le gusta viajar por el extranjero tanto como a mí.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ARISTIDES: Anciano potentado y filántropo griego. Un hombre que con sus dedos mueve hilos que se extienden por todo el mundo.

BAKER, Calvin: Típica turista norteamericana, parlanchina, decidida y chismosa.

BARRON, doctor Louis: Científico dedicado apasionadamente a la investigación bacteriológica, que no dudaría en suprimir la vida de la tierra, si la ciencia así se lo exigiera.

BETTERTON, Thomas Charles: Joven genio que descubrió la fisión ZE (ZEF) y último científico desaparecido.

BETTERTON, Olive: Esposa en segundas nupcias del citado anteriormente, que planea un misterioso viaje a Marruecos.

CRAVEN, Hilary: Protagonista de esta novela. La misión de esta joven y bella pelirroja es completamente suicida.

ERICSSON, Torquil: Un joven científico noruego con ideas un tanto radicales.

GLYDR, Boris: Comandante del ejército polaco. Primo de la primera esposa de Betterton, rígido y poco expresivo, que da muestras de excepcional interés por su desaparición.

HEIDEM, doctor Paul Van: Holandés altísimo y bien parecido, que tiene una voz cálida y amable, aunque su mirada es fría e impasible. Políglota.

HETHERINGTON, Janet: Austera turista inglesa, de viaje por

tierras africanas, con problemas por el cambio de moneda.

JENNSON: Eficiente empleada de la organización científica.

JESSOP: Agente británico, astuto y dinámico.

LA ROCHE: Señorita encargada del vestuario femenino en la organización científica aludida.

LAURIER, Henri: Típico turista francés, galante y encantador, al que además le gusta hablar de meteorología.

LEBLANC: Agente de investigación francés, excelente para obtener resultados en tierras yermas.

MARICOT, Jeanne: Personaje casual, excelente para hacer comparaciones.

MURCHISON, Bianca: Esposa de Simon.

MURCHISON, doctor Simon: Compañero de trabajo de Betterton.

NEEDHEIM, doctora Helga: Alemana, arisca y orgullosa. Tiene más de científica que de mujer.

NIELSON: Cabeza administrativa de la Unión.

NIGEL: Esposo de Hilary Craven, de la que está separado.

PETERS, Andrew (Andy): Investigador químico estadounidense que haría cualquier cosa por el bien de la humanidad.

WHARTON, coronel: Agente británico.

Capítulo I

El hombre sentado tras el escritorio corrió el pesado pisapapeles de cristal diez centímetros a su derecha. Su rostro mostraba una expresión más impasible que pensativa. Tenía la tez pálida de los que pasan la mayor parte del día bajo la luz artificial. No había ninguna duda de que se trataba de un hombre de espacios cerrados, de escritorios y ficheros. En cierto sentido resultaba apropiado que, para acceder a su oficina, hubiera que recorrer un laberinto de pasillos subterráneos. Era difícil precisar su edad. No parecía viejo ni joven. La piel de su rostro se veía lisa y sin arrugas, y en sus ojos se reflejaba un profundo cansancio.

El otro ocupante de la oficina era mayor, moreno y con un bigote marcial. Mostraba un temperamento nervioso y enérgico, siempre alerta. Incluso ahora, incapaz de permanecer sentado, se paseaba arriba y abajo, haciendo de cuando en cuando algún brusco comentario.

—¡Informes! —decía exaltado—. ¡Informes, informes y más informes, y ninguno sirve de nada!

El hombre del escritorio miró los documentos sobre la mesa.

Encima de ellos había una ficha con el nombre «Betterton, Thomas Charles», seguido de un signo de interrogación. El hombre del escritorio asintió pensativo.

—¿Ha estudiado todos estos informes y ninguno sirve de nada?

El otro se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo?

El hombre sentado suspiró.

—Sí, eso es cierto. Nadie puede decirlo.

El más viejo prosiguió con la violencia de una ametralladora:

—Informes de Roma, de Touraine; fue visto en la Riviera, en

Amberes; lo identificaron en Oslo; también sin duda en Biarritz; lo observaron comportándose de un modo sospechoso en Estrasburgo; lo vieron en la playa de Ostende con una rubia despampanante y paseando por las calles de Bruselas con un galgo. Todavía no lo han visto en el zoológico dando de comer a los monos, pero me atrevo a asegurar que todo llegará.

—¿No tiene alguna idea, Wharton? Personalmente confiaba en el informe de Amberes, pero no nos ha conducido a ninguna parte. Claro que a estas alturas… —El joven dejó de hablar y pareció entrar en coma. Al fin volvió a hablar enigmáticamente—. Sí, es probable y, sin embargo, quisiera saber…

El coronel Wharton se sentó bruscamente sobre el brazo de un sillón.

—Pero tenemos que averiguarlo —afirmó obstinadamente—. Tenemos que llegar a la raíz de todos estos cómo, por qué y dónde. No podemos perder un científico cada mes sin tener idea de cómo se van, porqué se van y dónde van. ¿Está donde suponemos o no? Siempre lo hemos dado por hecho, pero ahora no estoy tan seguro. ¿Ha leído los últimos informes sobre Betterton que han llegado de Estados Unidos?

El hombre sentado tras el escritorio asintió.

—Las acostumbradas tendencias izquierdistas durante la época en que todos las tuvieron. Nada duradero o permanente por lo que hemos podido averiguar. Hizo buenos trabajos antes de la guerra, aunque nada espectacular. Cuando Mannheim escapó de Alemania, Betterton fue destinado como ayudante suyo y terminó casándose con su hija. Después de la muerte de Mannheim, siguió solo con las investigaciones y realizó trabajos muy brillantes. Se hizo famoso con el sorprendente descubrimiento de la fisión ZE. La fisión fue un descubrimiento revolucionario que llevó a Betterton a la cima. Parecía el principio de una carrera brillante, pero su mujer murió poco después de su matrimonio y él quedó muy afectado. Vino a Inglaterra. Ha estado en Harwell durante los últimos dieciocho meses. Y sólo hace seis meses que se ha vuelto a casar.

—¿Algo en esa dirección? —preguntó Wharton con presteza.

Su interlocutor meneó la cabeza.

—No descubrimos nada. Ella es la hija de un abogado local. Trabajaba en una agencia de seguros antes de su matrimonio. Por lo

que hemos descubierto, no tiene inclinaciones políticas radicales.

—Fisión ZE —mencionó el coronel Wharton con tono lúgubre y disgustado—. Me apabulla el significado de esos términos. Soy de otra época. Soy incapaz de imaginarme una molécula, pero aquí las tenemos haciendo saltar el universo en pedazos. Bombas atómicas, energía nuclear, fisión ZE y todo eso. Y Betterton era uno de los principales investigadores. ¿Qué dicen de él en Harwell?

—Que tenía una personalidad muy agradable y, en cuanto a su trabajo, nada sobresaliente o espectacular. Sólo variaciones sobre las aplicaciones prácticas de la fisión ZE.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes. Su conversación había sido inconexa, casi automática. Los informes amontonados sobre el escritorio no les habían proporcionado ninguna pista de valor.

—Lo investigamos a fondo cuando llegó aquí.

—Sí, y todo resultó satisfactorio.

—Eso fue hace dieciocho meses —comentó Wharton pensativo —. Pronto se desmoralizan. Las medidas de seguridad. La sensación de estar siempre bajo un microscopio. Vivir en reclusión. Se ponen nerviosos, raros. Lo he visto muy a menudo. Comienzan a soñar con un mundo ideal. ¡Libertad, hermandad, compartir todos los secretos y trabajar por el bien de la humanidad! Ése es el momento en que alguien que pertenece más o menos a la escoria de la humanidad ve su oportunidad y la aprovecha. —Se frotó la nariz—. Nadie tan crédulo como un científico. Todos los falsos médiums lo dicen. No comprendo por qué.

Su interlocutor exhibió una sonrisa de cansancio.

—Oh, sí, es tal como dice. Ellos creen que saben. Eso siempre es peligroso. Nosotros somos distintos, de mentes más humildes. No esperamos salvar al mundo, sólo arreglar un par de piezas rotas, o retirar una llave inglesa que traba los engranajes. —Tabaleó con los dedos sobre la mesa—: Si supiera algo más de Betterton, no precisamente sobre su vida y actividades, sino sobre sus costumbres cotidianas, que son las más reveladoras: los chistes que le hacían gracia, lo que le molestaba, cuáles eran las personas que admiraba y cuáles las que le ponían furioso.

Wharton le miró con curiosidad.

—Y qué hay de su esposa. ¿Ha intentado hablar con ella?

—Varias veces.

—¿Y no puede ayudarnos?

El otro se encogió de hombros.

—Hasta ahora no lo ha hecho.

—¿Cree que sabe algo?

—Ella insiste en que no sabe nada. Muestra todas las reacciones habituales: preocupación, pena, ansiedad, desesperación; no tuvo ninguna pista ni sospecha previa. La vida de su marido era perfectamente normal, ningún estrés ni nada de todo eso. Su teoría es que lo han secuestrado.

—¿Y usted no la cree?

—Yo tengo un defecto —dijo el hombre sentado tras el escritorio con amargura—. Yo nunca creo a nadie.

—Bien —replicó Wharton—. Supongo que hay que mantener una actitud abierta. ¿Cómo es ella?

—Una mujer corriente, de esas que conoces cada día jugando al *bridge*.

Wharton asintió.

—Eso lo hace todavía más difícil.

—Está aquí. Ha venido a verme. Volveremos a repasarlo todo otra vez.

—Es el único medio —señaló Wharton—, aunque yo no podría. No tengo paciencia. —Se puso en pie—. Bien, no le entretengo más. No hemos adelantado mucho, ¿verdad?

—Desgraciadamente, no. Podría hacer un repaso especial del informe de Oslo. Es el lugar adecuado.

Wharton asintió antes de salir. El otro hombre levantó el teléfono interior.

—Veré a *Mrs*. Betterton ahora. Hágala pasar.

Se quedó mirando el vacío hasta que llamaron a la puerta y entró *Mrs*. Betterton. Era una mujer alta, de unos veintisiete años. Lo más sobresaliente de su persona era la magnífica cabellera cobriza.

Ante tanto esplendor, su rostro parecía insignificante. Tenía los ojos azules y las pestañas claras que suelen acompañar con frecuencia al cabello rojo. Observó que no iba maquillada, e intentó descifrar su posible significado, mientras la saludaba y ella se acomodaba en una butaca cerca de la mesa. Eso le inclinó a creer

que *Mrs*. Betterton sabía más de lo que decía saber.

Según su experiencia, las mujeres que sufren un gran dolor o ansiedad no descuidan el maquillaje. Consciente de los estragos que el dolor puede causar en su aspecto, hacen todo lo posible por repararlos. Y se preguntaba si la calculada falta de maquillaje de *Mrs*. Betterton sería para dar mejor la sensación de una esposa desconsolada.

—¡Oh, *Mr*. Jessop! —le dijo casi sin aliento—. ¿Hay alguna noticia?

El aludido meneó la cabeza.

—Siento haberla hecho venir, *Mrs*. Betterton —respondió amablemente—. Lamento no tener ninguna noticia concreta.

—Lo sé. Eso me decía en su carta —se apresuró a responder Olive Betterton—. Pero me preguntaba si desde entonces… oh, me alegro de haber venido. Estar en casa pensando y pensando es lo peor de todo. ¡Porque una no puede hacer nada!

El hombre llamado Jessop dijo para tranquilizarla:

—No debe molestarse, *Mrs*. Betterton, si vuelvo una vez y otra a machacar sobre lo mismo, preguntándole las mismas cosas, y volviendo a los mismos puntos. Siempre cabe la posibilidad de que pueda surgir alguna pequeña pista. Algo que no haya pensado hasta ahora, o que quizá no hubiera considerado digno de mencionar.

—Sí, sí. Comprendo. Vuelva a preguntarme lo que quiera.

—¿La última vez que vio a su marido fue el veintitrés de agosto?

—Sí.

—Eso fue cuando él dejó Inglaterra para dirigirse a París para asistir a un congreso.

—Sí.

—Él asistió los dos primeros días —continuó Jessop a toda prisa —, y al tercero no se presentó. Al parecer le dijo a uno de sus colegas que se iría de excursión aquel día en un bateau mouche.

—¿Un bateau mouche? ¿Qué es un bateau mouche?

Jessop sonrió.

—Uno de los pequeños barcos turísticos que navegan por el Sena. —La miró fijamente—. ¿Le parece poco propio de su marido?

—Sí, bastante —contestó vacilante—. Yo hubiera dicho que estaría más interesado en lo que se discutía en el congreso.

—Posiblemente. No obstante, el tema de aquel día no era de

interés especial para él, de modo que muy bien pudo tomarse un día de asueto. Pero, de todos modos, ¿lo considera completamente impropio de su marido?

Ella asintió.

—Aquella noche no regresó al hotel —continuó Jessop—. Por lo que hemos podido averiguar, no cruzó ninguna frontera con su pasaporte. ¿Usted cree que podría haber tenido otro pasaporte, tal vez con otro nombre?

—Oh, no. ¿Por qué iba a tenerlo?

Jessop la observaba atentamente.

—¿Usted no vio nunca que tuviera otro?

Ella volvió a menear la cabeza con vehemencia.

—No, y no lo creo. En absoluto. Ni que se marchara deliberadamente, como ustedes tratan de insinuar. Algo le ha ocurrido. Quizá haya perdido la memoria.

—¿Su salud era normal?

—Sí. Trabajaba mucho y algunas veces se sentía algo fatigado. Sólo eso.

—¿No le pareció preocupado o deprimido?

—¡No estaba preocupado ni deprimido por nada! —Con dedos temblorosos abrió el bolso para sacar un pañuelo—. Todo esto es horrible. —Su voz tembló—. No puedo creerlo. No se hubiera marchado sin decírmelo. Algo le ha ocurrido. Lo han secuestrado o tal vez lo hayan asaltado. No quiero pensarlo, pero algunas veces creo que ésa debe ser la causa. Debe haber muerto.

—Vamos, *Mrs*. Betterton, por favor. No hay necesidad de ponerse así. Si hubiese muerto, ya hubiera aparecido su cadáver.

—Quizá no. Suceden cosas espantosas. Puede que le hayan ahogado o arrojado a una alcantarilla. Estoy segura de que en París puede ocurrir cualquier cosa.

—Puedo asegurarle, *Mrs*. Betterton, que París es una ciudad muy bien vigilada.

Ella apartó el pañuelo de sus ojos y le miró furiosa.

—Sé lo que piensa, pero no es así. Tom no vendería ni revelaría ningún secreto. No es comunista. Su vida entera es un libro abierto.

—¿Cuáles eran sus ideas políticas, *Mrs*. Betterton?

—Creo que en Estados Unidos era demócrata. Aquí votó a los laboristas. No le interesaba la política. Ante todo era un científico. Y

muy brillante —concluyó desafiándole.

—Sí —replicó Jessop—, era un científico muy brillante. Ése es el meollo de todo este asunto. Comprenda, pudieron ofrecerle considerables alicientes para abandonar este país y marcharse a cualquier otro lugar.

—No es cierto. —Resurgió su furia—. Eso es lo que los periódicos pretenden demostrar. Eso es lo que piensan todos ustedes cuando me interrogan. No es cierto. No se habría marchado sin decírmelo, sin darme alguna explicación.

—¿Y no le dijo nada?

Nuevamente le dirigió una mirada escrutadora.

—Nada. No sé dónde está. Yo creo que ha sido secuestrado, o si no, como le dije, está muerto. Pero si ha muerto, debo saberlo. Debo saberlo pronto. No puedo continuar así, aguardando y haciendo cábalas. No como ni duermo. Estoy enferma de tanto pensar. ¿No pueden ayudarme? ¿No pueden ayudarme de algún modo?

—Crea que lo siento muchísimo, *Mrs*. Betterton, muchísimo —murmuró Jessop. Se puso en pie para situarse al otro lado del escritorio—: Permítame asegurarle que hacemos cuanto podemos para averiguar lo que le ha ocurrido a su marido. Recibimos información a diario desde muy distintos puntos.

—¿Informes de dónde? —preguntó ella con viveza—. ¿Qué dicen?

—Todos tienen que ser investigados y comprobados. Pero en general todos son muy vagos.

—Debo saberlo —musitó de nuevo con voz ronca—. No puedo continuar así.

—¿Quiere mucho a su marido, *Mrs*. Betterton?

—Claro que lo quiero. Sólo llevamos casados seis meses. Seis meses.

—Sí, lo sé. Perdóneme la pregunta: ¿No hubo ninguna clase de discusión entre ustedes?

—¡Oh, no!

—¿Ningún problema por causa de otra mujer?

—¡Desde luego que no! Ya se lo he dicho. Nos casamos en el pasado abril.

—Por favor, créame, yo no insinúo que sea probable algo así,

pero hay que considerar toda posibilidad que pudiera explicar el que se hubiera marchado de esta forma. Usted dice que últimamente no estuvo preocupado, ni nervioso. ¿En ningún sentido?

—¡No, no, no!

—Ya sabe, *Mrs*. Betterton, que muchas personas se ponen nerviosas cuando realizan un trabajo como el de su marido, viviendo bajo condiciones de seguridad tan exigentes. —Sonrió—. Es bastante normal ponerse nervioso.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Estaba como siempre —repitió con firmeza.

—¿Le hablaba de su trabajo? ¿Estaba satisfecho con lo que hacía?

—No. Era un trabajo muy técnico.

—¿Y no cree posible que tuviera algún escrúpulo por sus posibilidades destructivas? Algunos científicos los sienten algunas veces.

—Nunca dijo nada de eso.

—Comprenda, *Mrs*. Betterton —dijo Jessop, inclinándose sobre la mesa y abandonando parte de su impasibilidad—, intento hacer un retrato de su marido. Saber qué clase de hombre era. Y no me está usted ayudando.

—¿Qué más puedo decir o hacer? He contestado a todas sus preguntas.

—Sí. Ha contestado usted a todas mis preguntas, y la mayoría en sentido negativo. Yo deseo algo positivo, constructivo. ¿Comprende lo que quiero decir? Se puede buscar mucho mejor a un hombre cuando se sabe qué clase de hombre es.

Ella reflexionó unos momentos.

—Ya comprendo. Por lo menos, eso creo. Tom era alegre y de buen carácter; e inteligente, desde luego.

Jessop sonrió.

—Esa es una lista de cualidades. Pasemos a algo más personal. ¿Leía mucho?

—Sí.

—¿Qué clase de libros?

—Biografías. Obras que le recomendaban en la Sociedad del Libro, novelas de crímenes cuando estaba cansado.

—Un lector bastante convencional. ¿Ninguna preferencia especial? ¿Jugaba a las cartas o al ajedrez?

—Al *bridge*. Solíamos jugar con el doctor Evans y su esposa una o dos veces por semana.

—¿Tenía muchos amigos?

—Sí, era muy sociable.

—No me refería precisamente a eso. Quiero decir si era un hombre que apreciara mucho a sus amigos.

—Jugaba al golf con dos de nuestros vecinos.

—¿Ningún compañero o amigo íntimo particular?

—No. Nació en Canadá y pasó mucho tiempo en Estados Unidos. Aquí no conocía a mucha gente.

Jessop consultó una anotación.

—Tengo entendido que lo visitaron tres personas de Estados Unidos recientemente. Aquí tengo sus nombres. Por lo que hemos podido averiguar, se trata de las únicas personas del exterior con las que tuvo cierto contacto. Por eso les hemos dedicado una atención especial. Primero Walter Griffiths. Fue a verles a Harwell.

—Sí, estaba en Inglaterra y vino a ver a Tom.

—¿Cuál fue la reacción de su marido?

—Tom se sorprendió al verlo, pero se alegró mucho. En Estados Unidos eran muy buenos amigos.

—¿Qué le pareció Griffiths? Descríbalo a su manera.

—Sin duda ya sabrán todo lo referente a él, ¿no?

—Sí, pero deseo saber también su opinión.

Ella reflexionó unos instantes.

—Era un hombre serio y buen conversador. Estuvo muy amable conmigo; parecía querer mucho a Tom y se mostró ansioso por contarle las cosas que habían ocurrido desde que mi marido se vino a Inglaterra. Supongo que chismes locales. A mí no me resultaban muy interesantes, porque no conocía a ninguna de aquellas personas. En cualquier caso, yo iba preparando la cena mientras ellos recordaban.

—¿No surgió la cuestión política?

—¿Trata de insinuar quizá que era comunista? —Olive enrojeció —. Estoy segura de que no lo era. Tenía un empleo gubernamental, creo que en la oficina del fiscal del distrito. De todas formas, cuando Tom dijo riendo algo sobre la caza de comunistas en

Estados Unidos, afirmó muy serio que aquí no las comprendíamos. Que eran muy necesarias. ¡De modo que eso demuestra que no era comunista!

—Por favor, *Mrs*. Betterton, no se altere.

—¡Tom no era comunista! No dejo de decírselo y usted no me cree.

—Sí, la creo, pero es un punto sobre el que hay que insistir. Ahora pasemos al segundo visitante extranjero: el doctor Mark Lucas. Tropezaron con él en Londres, en el Dorset.

—Sí. Habíamos ido a ver un espectáculo y luego cenamos en el Dorset. De pronto, ese hombre, Luke o Lucas, se acercó a saludar a Tom. Era investigador químico o algo por el estilo, y la última vez que vio a Tom fue en Estados Unidos. Era un refugiado alemán que había adoptado la nacionalidad estadounidense. Pero sin duda usted…

—Pero ¿sin duda ya lo sé? Sí, *Mrs*. Betterton. ¿Se sorprendió su marido al verlo?

—Sí, mucho.

—¿Agradablemente?

—Sí, sí, creo que sí.

—Pero no está segura —la presionó.

—Era un hombre que no le inspiraba gran simpatía o, por lo menos, eso me dijo después. Nada más.

—¿Fue un encuentro casual? ¿No quedaron en verse otra vez más adelante?

—No, sólo fue un encuentro casual.

—Ya. La tercera visita fue una mujer. *Mrs*. Carol Speeder, también de Estados Unidos. ¿Cómo ocurrió?

—Creo que ella tenía algo que ver con la ONU. Había conocido a Tom en Estados Unidos. Lo telefoneó desde Londres para decirle que estaba aquí y preguntarle si podríamos ir a almorzar con ella algún día.

—¿Y fueron?

—No.

—Usted no, pero su marido sí.

—¿Qué? —Se sobresaltó.

—¿No se lo dijo?

—No.

Olive Betterton parecía desconcertada e inquieta. El hombre que la interrogaba se compadeció de ella, pero no se ablandó. Por primera vez le pareció que había encontrado una pista.

—No lo comprendo —dijo ella en tono inseguro—. Me parece muy raro que no me dijera nada.

—Almorzaron juntos en el Dorset, donde se hospedaba *Mrs*. Speeder, el miércoles doce de agosto.

—¿El doce de agosto?

—Sí.

—Sí, estuvo en Londres por esas fechas. Nunca me dijo nada. —Se interrumpió para preguntar—: ¿Cómo es esa mujer?

—No es nada atractiva, *Mrs*. Betterton —se apresuró a responder para tranquilizarla—. Una mujer de carrera, de unos treinta y tantos años, muy competente, pero poco agraciada. No existe el menor indicio de que estuviera en tratos más íntimos con su marido. Por eso resulta extraño que él no le dijera nada de ese encuentro.

—Sí, sí. Lo comprendo.

—Ahora recapacite con toda atención, *Mrs*. Betterton. ¿Observó algún cambio en su marido por esa época? Digamos a mediados de agosto. Eso debió ser una semana antes del Congreso.

—No, no noté nada. Nada destacable.

Jessop suspiró. Sonó el teléfono y él atendió la llamada.

—Sí.

La voz al otro extremo del hilo anunció:

—Aquí hay un hombre que desea hablar con el que lleva el caso Betterton, señor.

—¿Cuál es su nombre?

La voz carraspeó discretamente.

—Bueno, no estoy muy seguro de cómo se pronuncia, *Mr*. Jessop. Tal vez sea mejor que lo deletree.

—De acuerdo. Hágalo.

Escribía las letras en un bloc a medida que le dictaban.

—¿Polaco? —preguntó al final.

—No lo ha dicho, señor. Habla perfectamente inglés, pero con algo de acento.

—Dígale que espere.

—Muy bien, señor.

Jessop colgó el teléfono. Luego miró a Olive Betterton que le

miraba callada con una placidez conmovedora. Arrancó la hoja del bloc con el nombre escrito y se la tendió.

—¿Conoce a alguien con este nombre?

Los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente al verlo. Por un momento pareció asustada.

—Sí —replicó—. Sí, lo conozco. Me escribió.

—¿Cuándo?

—Ayer. Es un primo de la primera esposa de Tom. Acaba de llegar al país. Estaba muy preocupado por la desaparición de Tom. Me escribió preguntándome si tenía alguna noticia y para ofrecerme su más profunda simpatía.

—¿Nunca había oído hablar de él antes de ahora?

Ella meneó la cabeza.

—¿Alguna vez su marido le habló de él?

—No.

—De modo que podría no ser primo de su marido.

—Bueno, supongo que no. Nunca se me había ocurrido pensarlo. —Parecía sobresaltada—. Pero la primera esposa de Tom era extranjera. Era hija del profesor Mannheim. Por lo que me dice en su carta, este hombre da la impresión de conocer muy bien todo lo referente a ella y a Tom. Es muy correcta, formal y extranjera. Parece auténtica. Y de todas formas, ¿cuál sería su intención, si no es un primo?

—Ah, eso es lo que uno se pregunta siempre. —Jessop sonrió vagamente—. ¡Aquí lo hacemos tanto que la más pequeña cosa se nos hace una montaña!

—Sí, lo creo. —Se estremeció—. Es como este despacho suyo en el centro de un laberinto que parece una de esas pesadillas en la que piensas que nunca más podrás escapar.

—Sí, la comprendo. Entiendo que pueda producir cierta claustrofobia —señaló Jessop amablemente.

Olive Betterton se apartó los cabellos de la frente.

—No podré soportarlo mucho tiempo. Eso de permanecer sentada esperando. Quisiera marcharme a alguna parte para cambiar de ambiente. Al extranjero, por ejemplo. A algún sitio donde no me telefoneen constantemente los periodistas, ni me mire la gente. Siempre encuentro amigos que me preguntan si tengo noticias de mi marido. Creo… creo que voy a volverme loca. He

intentado ser fuerte, pero es demasiado para mí. Mi médico está de acuerdo conmigo. Dice que debería marcharme unas tres o cuatro semanas fuera. Me ha escrito una carta. Voy a enseñársela.

Revolvió en su bolso hasta dar con un sobre que tendió a Jessop.

—Ahí verá lo que dice.

Jessop tomó la carta y la leyó.

—Sí. Sí, ya veo.

Volvió a introducir la carta en el sobre.

—¿Así que puedo marcharme? —Sus ojos lo observaron inquietos.

—Naturalmente, *Mrs*. Betterton —replicó él enarcando las cejas sorprendido—. ¿Por qué no?

—Pensé que tal vez usted tendría alguna objeción.

—¿Objeción, por qué? Eso es cosa exclusivamente suya. ¿Podrá arreglarlo de modo que pueda comunicarme con usted mientras esté ausente, en caso de tener alguna noticia?

—¡Oh, desde luego!

—¿Dónde ha pensado ir?

—A algún lugar donde haya mucho sol y pocos ingleses. A España o Marruecos.

—Hermosos lugares. Estoy seguro de le sentará muy bien.

—¡Oh, gracias! Muchísimas gracias.

Se puso en pie excitada y gozosa, aunque sin abandonar su nerviosismo. Jessop también se levantó. Le estrechó la mano y llamó para que la acompañaran hasta la salida. Luego volvió a ocupar su puesto. Por unos momentos su rostro permaneció tan inexpresivo como antes; luego sonrió muy lentamente y cogió el teléfono.

—Ahora recibiré al comandante Glydr.

Capítulo II

—¿Comandante Glydr? —Jessop vaciló al pronunciar aquel nombre.

—Sí, es difícil. —El visitante habló en un tono humorístico—. Sus compatriotas durante la guerra me llamaban Glider. Y ahora en Estados Unidos, he cambiado mi nombre por el de Glyn que resulta más fácil para todos.

—¿Viene ahora de Estados Unidos?

—Sí, llegué hace una semana. ¿Es usted, perdóneme, *Mr*. Jessop?

—Sí.

El otro lo miró con interés.

—He oído hablar bastante de usted.

—¿De veras? ¿A quién?

El hombre sonrió.

—Tal vez vayamos demasiado rápido. Antes de que usted me permita hacerle algunas preguntas, quiero presentarle esta carta de la embajada de Estados Unidos.

Se la entregó con una reverencia. Jessop leyó las breves y corteses frases de presentación y la dejó sobre la mesa. Dirigió una mirada apreciativa a su visitante: un hombre alto y muy erguido, de unos treinta años poco más o menos. Llevaba el pelo rubio cortado a la moda continental. Su modo de hablar era lento y con un marcado acento extranjero, aunque gramaticalmente correcto.

Jessop observó que no estaba nervioso o inseguro, algo poco corriente. La mayoría de personas que pisaban su oficina estaban nerviosas, excitadas o recelosas. Unas veces se mostraban inquietas y otras vehementes.

Aquél era un hombre completamente dueño de sí mismo, un

hombre con cara de póker que sabía lo que hacía y porqué, y a quien no le resultaría fácil engañar para que dijera más de lo que quería.

—¿Y en qué podemos servirle? —preguntó Jessop cortésmente.

—He venido a preguntar si tienen alguna noticia de Thomas Betterton, que desapareció recientemente, al parecer, de un modo sensacional. Sé que no se debe dar pleno crédito a la prensa y por eso pregunté dónde podía obtener información digna de confianza. Ellos me dijeron que usted me la daría.

—Lo siento, pero no tengo ninguna noticia concreta de Betterton.

—Pensé que tal vez le hubieran enviado al extranjero con alguna misión. —Hizo una pausa y agregó de un modo singular—: Ya sabe, todo muy secreto.

—Mi querido señor —Jessop parecía dolido—, Betterton era un científico, no un diplomático o un agente secreto.

—Acepto el reproche. Pero las etiquetas no siempre son correctas. Thomas Betterton y yo éramos primos políticos.

—Sí. Usted es sobrino del difunto profesor Mannheim.

—Ah, ya lo sabía usted. Está muy bien informado.

—La gente pasa por aquí y nos cuenta cosas —murmuró Jessop —. La esposa de Betterton estuvo aquí y me lo dijo. Usted le escribió.

—Sí, para expresarle mis condolencias y preguntarle si tenía nuevas noticias.

—Fue muy atento.

—Mi madre era la única hermana del profesor Mannheim. Se querían mucho. Cuando era pequeño, estaba casi siempre en casa de mi tío en Varsovia y su hija Elsa fue para mí como una hermana. Cuando mis padres murieron, fui a vivir con mi tío y mi prima. Fueron días muy felices. Luego llegó la guerra, las tragedias, los horrores, de los que es mejor no hablar. Mi tío y mi prima Elsa huyeron a Estados Unidos. Yo me uní a la Resistencia y, cuando terminó la guerra, realicé ciertas misiones.

»Una vez fui a Estados Unidos a ver a mi tío y a mi prima, eso fue todo. Pero llegó el momento en que mi cometido en Europa terminó. Tenía intención de residir permanentemente en Estados Unidos. Esperaba vivir cerca de mi tío, mi prima y su marido. Pero,

cielos —extendió las manos—, llego allí y me encuentro con que mi tío ha muerto, mi prima también, y su marido ha venido a este país y se ha vuelto a casar. De modo que otra vez estoy sin familia. Y luego leo en los periódicos la noticia de la desaparición del conocido científico Thomas Betterton y he venido para ver qué se puede hacer.

Hizo una pausa y miró interrogativamente a Jessop.

Éste le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Por qué ha desaparecido, *Mr*. Jessop?

—Eso es lo que nos gustaría saber —replicó el aludido—. ¿Quizá usted lo sabe?

Jessop observó con cierto interés qué fácilmente podían cambiarse los papeles. En aquella habitación estaba acostumbrado a interrogar a la gente. Aquel desconocido no era el inquisidor.

—Le aseguro que no lo sabemos —respondió Jessop sin dejar de sonreír amablemente.

—¿Pero lo sospechan?

—Es posible que el asunto siga un determinado esquema —respondió Jessop con precaución—. Ya habían ocurrido casos de este tipo.

—Lo sé. —El visitante citó media docena de casos y agregó—: Y todos científicos.

—Sí.

—¿Habrán cruzado todos el Telón de Acero?

—Es una posibilidad, pero no lo sabemos.

—Pero ¿se fueron por su propia voluntad?

—También eso es difícil de decir.

—¿Piensa que no es asunto mío?

—¡Oh, por favor!

—Pero es cierto. Mi único interés es *Mr*. Betterton, créame.

—Me perdonará si le digo que no comprendo del todo su interés. Al fin y al cabo, Betterton sólo es pariente suyo por su primer matrimonio. Ni siquiera lo conocía.

—Eso es cierto. Pero, para nosotros, los polacos, la familia es muy importante. Hay ciertas obligaciones. —Se puso en pie y se inclinó con rigidez—. Lamento haber abusado de su tiempo, y le doy las más expresivas gracias por su amabilidad.

Jessop se levantó.

—Siento no poder ayudarle, pero le aseguro que estamos en la oscuridad más completa. Si averiguo algo, ¿dónde puedo encontrarlo?

—En la embajada de Estados Unidos me encontrarán. Gracias.

Se inclinó de nuevo cortésmente.

Jessop tocó el timbre. El comandante Glydr salió y él cogió el teléfono.

—Dígale al coronel Wharton que venga a mi despacho.

Cuando Wharton entró en la habitación, Jessop le dijo:

—Esto empieza a moverse.

—¿Cómo?

—*Mrs*. Betterton quiere marchar al extranjero.

Wharton lanzó un silbido.

—¿A reunirse con su marido?

—Eso espero. Vino provista de una carta de su médico que le aconseja completo descanso y cambio de aires.

—¡Esto promete!

—Aunque puede ser cierto, desde luego —le advirtió Jessop—. La simple exposición de un hecho.

—Aquí nunca adoptamos ese punto de vista —replicó Wharton.

—No. Debo confesar que ella desempeña su papel de un modo convincente. No se descuida ni un momento.

—No habrá conseguido nada nuevo en su última entrevista, supongo.

—Una ligera pista. *Mrs*. Speeder, con quién Betterton comió en el Dorset.

—¿Sí?

—No le dijo nada a su esposa.

—¡Vaya! —Wharton reflexionó—. ¿Usted lo considera un dato revelador?

—Pudiera ser. Carol Speeder fue citada por el Comité de Investigaciones de Actividades Antiamericanas. Salió limpia, pero de todas maneras estuvo, o pensaron que estaba, manchada. Es un posible contacto, el único de Betterton que hayamos descubierto hasta ahora.

—¿Y qué hay de los contactos de *Mrs*. Betterton? ¿Ha tenido alguno últimamente que le haya instigado a marchar al extranjero?

—Ninguno personal. Ayer recibió una carta de un polaco. Un

primo de la primera esposa de Betterton. Ha venido aquí para preguntarme detalles.

—¿Qué le ha parecido?

—Falso —replicó Jessop—. Todo muy extranjero y correcto, parece auténtico, pero su personalidad resulta irreal.

—¿Cree que es el contacto para sacarla de aquí?

—Podría ser, no lo sé. Me intriga.

—¿Va a vigilarlo de cerca?

Jessop sonrió.

—Sí. Pulsé el timbre dos veces.

—La vieja y astuta araña, siempre con sus trucos. —Wharton volvió a hablar en serio—. ¿Esa mujer ha dicho dónde piensa ir?

—España o Marruecos.

—¿Suiza no?

—Esta vez no.

—Yo hubiera pensado que España o Marruecos les resultarían más difíciles.

—No debemos menospreciar a nuestros adversarios.

Wharton manoseó con desprecio los informes de seguridad.

—Los dos únicos países en los que Betterton no ha sido visto —comentó mortificado—. Bueno, seguiremos adelante. Dios mío, si fracasamos esta vez…

Jessop se reclinó en su butaca.

—Hace mucho tiempo que no me tomo unas vacaciones —comentó—. Estoy un poco harto de este despacho. Quizás haga un viajecito al extranjero.

Capítulo III

1

—Pasajeros del vuelo 108 de Air France a París. Por aquí, por favor.

Las personas que aguardaban en la sala de embarque del aeropuerto de Heathrow se pusieron en pie. Hilary Craven cogió el maletín de piel de lagarto para dirigirse con los demás viajeros a la pista. El azote del viento le pareció frío después del calor de la sala de embarque.

Hilary se estremeció y se ajustó más el abrigo de piel. Siguió a los otros pasajeros hasta donde aguardaba el avión. ¡Al fin! ¡Se marchaba, huía! Lejos de la tristeza, la soledad y los sufrimientos.

Escapaba hacia la luz del sol, el cielo azul y una nueva vida. Dejaría atrás todo este lastre, el peso muerto de los sufrimientos y las desilusiones. Subió la escalerilla del avión, inclinó la cabeza para entrar y siguió a la azafata hasta su asiento. Por primera vez en muchos meses sentía disminuir aquel dolor tan intenso que casi resultaba físico.

«Tengo que marcharme», se dijo esperanzada. «Y me marcharé».

El rugido de los motores la excitó. Parecían tener algo salvaje.

«La miseria de la civilización es lo peor. Gris y sin esperanza. Pero ahora me escaparé».

El aparato carreteó suavemente por la pista.

—Abróchense los cinturones, por favor —dijo la azafata.

El avión viró, encaró la pista de despegue y se detuvo aguardando una señal para despegar.

«Tal vez el avión se estrelle», pensó Hilary. «Quizá no llegue a elevarse, entonces sería el fin, la solución de todo. Nunca

conseguiré escapar, nunca. Me retendrán aquí como una prisionera».

Le pareció que llevaban varias horas esperando la orden para despegar con rumbo hacia la libertad. El avión comenzó a avanzar.

«¡Ah, por fin!».

Un rugido final de los motores y el avión carreteó cada vez más deprisa, más deprisa, a toda velocidad por la pista.

«No se levantará. No podrá, éste es el fin», pensó Hilary. Al parecer ya estaban en el aire. No era tanto que el avión tomara altura, sino más bien que la tierra se iba alejando, hundiéndose, dejando sus problemas, contrariedades y desilusiones debajo de la criatura que orgullosamente se elevaba entre las nubes. Y continuaron subiendo, trazando un círculo sobre el aeropuerto, que ahora parecía de juguete. Diminutas carreteras y trenes en miniatura.

Un ridículo mundo infantil donde la gente amaba, odiaba y destrozaba sus corazones. Ninguno de sus habitantes tenía importancia ahora, tan pequeños, absurdos e insignificantes. Luego las nubes formaron una masa de un gris blanquecino y le impidieron la visión.

Debían estar volando sobre el Canal. Hilary se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Escapar. Escapar. Había abandonado Inglaterra, a Nigel y al pequeño y triste montículo que era la tumba de Brenda. Abrió los ojos para volver a cerrarlos con un profundo suspiro. Se durmió.

2

Cuando Hilary despertó, el avión iniciaba el descenso.

«París», pensó Hilary mientras se sentaba y recogía su bolso.

Pero no era París. La azafata recorrió el pasillo diciendo en tono alegre y como si se dirigiera a una clase de párvulos:

—Vamos a aterrizar en Beauvais porque la niebla es muy espesa en París.

Su tono parecía decir: «¿No os parece divertido, niños?».

Hilary miró por la ventanilla. Se veía muy poco. Beauvais

también aparecía cubierto de niebla. El avión volaba en círculos.

Tardó un rato en tomar tierra. Luego los pasajeros fueron conducidos a través de niebla fría y húmeda hasta un rústico edificio de madera, donde había algunas sillas y un gran mostrador.

Hilary se sentía deprimida, pero trató de animarse. Un hombre que estaba próximo a ella murmuró:

—Un viejo aeródromo de la guerra. Aquí no hay calefacción ni comodidades. Afortunadamente, como es francés, nos servirán algo de beber.

Casi inmediatamente apareció un hombre con varias llaves y no tardaron en servirles distintas bebidas alcohólicas para levantarles la moral. Las copas ayudaron a entretener la larga e irritante espera.

Transcurrieron varias horas. Otros aviones aparecieron entre la niebla y aterrizaron, desviados de su destino: París. La reducida sala no tardó en quedar repleta de gente irritada que protestaba por la demora y el frío.

A Hilary todo aquello le parecía irreal. Era como si estuviera soñando y su sueño la protegiera de la realidad.

Aquello era sólo un retraso. Cuestión de esperar. Seguía su viaje, su viaje hacia la libertad. Continuaba escapando de todo. Iba de camino al lugar donde comenzaría una nueva vida. Conservó el ánimo y lo mantuvo durante la larga y fatigosa espera y los momentos de confusión cuando se anunció, mucho después de oscurecer, que habían llegado los autobuses que los conducirían a París.

Hubo un gran revuelo. Idas y venidas, pasajeros, pilotos, mozos que llevaban los equipajes a toda prisa y chocaban en la oscuridad. Al fin, Hilary se encontró con los pies y las piernas heladas, en un lento autobús camino de París en medio de la niebla.

Fue un largo y tedioso recorrido de cuatro horas. Era medianoche cuando llegaron a Les Invalides y Hilary agradeció poder recoger su equipaje y dirigirse al hotel donde le habían reservado habitación. Estaba demasiado cansada para comer, de modo que tomó un baño caliente y se derrumbó en la cama.

El avión para Casablanca salía de Orly a las diez y media de la mañana siguiente, pero cuando llegaron a Orly, todo era confusión.

Muchos aviones permanecían en tierra en distintas partes de Europa.

Las llegadas y las salidas habían sufrido considerables retrasos.

Un empleado del mostrador de embarque le comentó muy nervioso:

—¡Es imposible que *madame* salga en el avión en el que había reservado billete! Se han tenido que cambiar todos los horarios. Si *madame* quiere sentarse unos momentos es posible que todo se arregle.

Al fin la llamaron para comunicarle que había una plaza en el avión a Dakar y que normalmente no hacía escala en Casablanca, pero que lo haría en esta ocasión.

—Si toma este avión, sólo llegará con tres horas de retraso. Eso es todo, *madame*.

Hilary se avino sin la menor protesta y el empleado pareció sorprendido y, desde luego, encantado por su actitud.

—*Madame*, no tiene idea de las dificultades que me han puesto esta mañana —le dijo—. En fin, los viajeros son muy poco razonables. ¡No fui yo quien puso la niebla! Naturalmente eso produjo las alteraciones. Pero yo digo que uno debe afrontar las contrariedades de buen humor, por desagradable que resulte tener que alterar los propios planes. *Aprés tout, madame*, ¿qué importa un pequeño retraso de una, o dos, o tres horas? ¿A quién le puede importar en qué avión llega a Casablanca?

No obstante, precisamente aquel día importaba mucho más de lo que creía el francés cuando pronunció aquellas palabras. Porque, cuando Hilary finalmente llegó por fin y pisó la pista iluminada por el sol, el mozo que caminaba junto a ella empujando el carretón de los equipajes comentó:

—Ha tenido mucha suerte de no haber tomado el avión anterior a éste, el del vuelo regular a Casablanca, *madame*.

—¿Por qué? —le preguntó ella—. ¿Qué ha ocurrido?

El mozo miró inquieto a su alrededor. Pero, al fin y al cabo, la noticia no podía quedar en secreto. Se inclinó hacia ella y, bajando la voz, le informó:

—*¡Mauvaise affaire!* Se estrelló al aterrizar. El piloto y el navegante, así como la mayoría de pasajeros, han muerto. Se salvaron cuatro o cinco y los han llevado al hospital. Algunos están muy graves.

La primera reacción de Hilary fue de furia.

«¿Por qué no viajaría yo en ese avión?», se preguntó. «De haberlo hecho, ahora todo habría terminado. Estaría muerta. No más quebraderos de cabeza, no más sufrimientos. En cambio, las personas que volaban en él querían vivir y a mí no me importa. ¿Por qué no me habrá sucedido a mí?».

Pasó la Aduana, mero trámite, y se dirigió al hotel. Era una tarde radiante y el sol comenzaba a ponerse. La luz dorada y el aire diáfano eran como los había imaginado. ¡Al fin había llegado! Había abandonado la niebla, el frío y la oscuridad de Londres, dejado atrás las penas, las indecisiones y los sufrimientos. Aquí sentía palpitar la vida, el calor y la luz del sol.

Atravesó su dormitorio, abrió las persianas de par en par y contempló la calle. Sí, era todo tal como se lo había imaginado. Se apartó de la ventana y fue a sentarse en la cama. ¡Escapar, escapar!

Ésa era la idea que no se apartaba de su mente desde que dejara Inglaterra. Escapar. Escapar. Y ahora comprendía, con una frialdad terrible y aplastante, que no existía escape posible.

Todo era exactamente igual aquí que en Londres. Hilary Craven era la misma, y era de Hilary Craven de quien quería escapar. Hilary Craven era la misma en Marruecos que en Londres.

—Qué tonta he sido —musitó—. ¡Qué tonta soy! ¿Cómo pude creer que me sentiría de otro modo si me iba de Inglaterra?

La tumba de Brenda, aquel patético montoncito de tierra, estaba en Inglaterra, y Nigel no tardaría en casarse en Inglaterra con su nueva novia. ¿Por qué imaginó que esas dos cosas le importarían menos aquí? Deseos tontos. Bueno, ahora ya había llegado y debía enfrentarse con la realidad. Una realidad que no podría soportar, y que no soportaría. Hay cosas que se soportan mientras existe una razón para sufrirlas. Soportó su larga enfermedad, el abandono de Nigel y las circunstancias crueles y brutales en las que ocurrió. Había soportado todas aquellas cosas porque estaba Brenda. Luego vino la larga y lenta batalla por la vida de Brenda, y la derrota final. Ahora ya no le quedaba nada por qué vivir. Y aquel viaje hasta Marruecos se lo había demostrado. En Londres sintió la extraña sensación de que, si se marchaba a otro sitio, podría olvidar el pasado y comenzar de nuevo. Y por eso emprendió el viaje hasta este lugar nuevo para ella y que poseía las cualidades que tanto le agradaban: mucho sol, aire puro y otras gentes y costumbres sin la

menor relación con su pasado. Pensó que aquí las cosas serían distintas y eran las mismas.

Los hechos eran sencillos e innegables.

Ella, Hilary Craven, no sentía el menor deseo de seguir viviendo. Así de sencillo.

Si la niebla no hubiera desviado su camino, si hubiera tomado el avión en el que tenía plaza, ahora su problema quizá estaría ya resuelto. Su cuerpo estaría en cualquier morgue francesa. Un cuerpo destrozado con el alma en paz, libre de sufrimientos. Bueno, podía llegar al mismo fin, pero de un modo bien distinto. Le hubiera resultado muy sencillo de haber llevado consigo pastillas para dormir.

Recordó la respuesta del doctor Grey y la extraña expresión de su rostro cuando se las pidió.

—Es mejor que no tome nada. Debe aprender a dormir sin la ayuda de somníferos. Puede que al principio le cueste, pero ya se acostumbrará.

¡Qué extraña expresión la de su rostro! ¿Habría sabido o sospechado que llegaría a aquel extremo? Se puso en pie con decisión. Ahora mismo buscaría una farmacia.

3

Hilary siempre había imaginado que era fácil adquirir drogas en las ciudades extranjeras. Con sorpresa comprobó que no era así. El primer farmacéutico sólo le vendió dos dosis. Para más cantidad, le dijo, debía presentarle una receta médica. Ella le dio las gracias con una sonrisa indiferente. Salió de la farmacia con tanta prisa que tropezó con un joven alto y expresión solemne que se disculpó en inglés. Ella le oyó pedir un tubo de pasta dentífrica.

En cierto modo le hizo gracia. Pasta dentífrica. Le pareció tan ridículo, tan normal, tan cotidiano. Luego sintió una aguda punzada, porque la marca que había pedido era la preferida de Nigel. Cruzó la calle y entró en otra farmacia. Cuando regresó al hotel había recorrido cuatro farmacias. Le pareció divertido que en la tercera se volviese a encontrar con el joven de cara de búho

preguntando nuevamente por la misma marca de dentífrico que, sin duda, no era muy corriente en las farmacias francesas de Casablanca.

Hilary se sintió casi optimista mientras se cambiaba el vestido y se maquillaba para bajar a cenar. Bajó lo más tarde posible, porque no deseaba encontrar a ninguno de sus compañeros de viaje o a la tripulación del avión, cosa poco probable porque el avión había continuado hasta Dakar y ella era la única que había desembarcado en Casablanca.

El restaurante estaba casi vacío, aunque advirtió que aquel joven inglés estaba terminando de cenar en una mesa junto a la pared. Parecía muy absorto en la lectura de un periódico francés.

Hilary pidió una buena cena y media botella de vino. Se sentía excitada. «¿Y qué es esto al fin y al cabo, sino mi última aventura?», pensó. Luego ordenó que le subieran a su habitación una botella de agua de Vichy y, después del último bocado, se retiró.

El camarero le trajo el Vichy, destapó la botella, la dejó sobre la mesa y, tras desearle buenas noches, abandonó la habitación. Hilary exhaló un suspiro de alivio. En cuanto cerró la puerta de la habitación, echó la llave. Sacó del cajón del tocador los cuatro paquetitos que había comprado en las farmacias y los desenvolvió.

Puso las pastillas sobre la mesa y se sirvió un vaso de agua de Vichy.

Sólo tenía que tragarlas con un poco de agua.

Se desnudó, se puso la bata y volvió a sentarse. El corazón le latía más deprisa. Sintió algo parecido al miedo, pero su temor era en parte fascinación y no del que le hubiera tentado a abandonar su plan. Estaba muy tranquila. Ésta era la huida final, la verdadera. Miró al escritorio, dudando entre dejar o no una nota. Decidió no hacerlo.

No tenía parientes ni amigos íntimos, nadie de quien despedirse. Y en cuanto a Nigel, no deseaba cargarle de inútiles remordimientos en el supuesto caso de que los sintiera al recibir su nota. Seguramente Nigel leería en los periódicos que una tal *Mrs*. Hilary Craven había fallecido de resultas de haber ingerido una sobredosis de somníferos en la habitación de un hotel de Casablanca. Sería una noticia breve.

Pensaría: «¡Pobre Hilary, qué mala suerte!». Y en el fondo

probablemente se sentiría aliviado, porque adivinaba que le pesaba la conciencia, y Nigel era un hombre que deseaba sentirse tranquilo.

Nigel le parecía ya muy lejano e insignificante. No había nada más que hacer. Se tomaría las pastillas y luego a dormir. Un sueño del que no despertaría. No tenía, o eso pensaba, ningún sentimiento religioso. La muerte de Brenda había terminado con todo aquello.

De modo que no tenía nada más en qué pensar. Una vez más era una viajera como lo fuera en el aeropuerto de Heathrow. Una viajera que aguardaba partir con destino desconocido, sin el engorro del equipaje, ni molestas despedidas. Por primera vez en su vida era libre, completamente libre para actuar como deseaba.

El pasado ya no contaba para ella. Aquel dolor punzante de sus horas de insomnio había desaparecido. Sí, ligera, libre, sin estorbos.

Dispuesta a emprender su nuevo viaje.

Extendió la mano para coger la primera pastilla y, al hacerlo, oyó unos discretos golpes en la puerta. Hilary frunció el entrecejo y se quedó con la mano detenida en el aire. ¿Quién sería? ¿La doncella?

No, la cama ya estaba preparada. Quizás algún trámite del pasaporte.

Se encogió de hombros. No contestaría. ¿Por qué iba a preocuparse?

Fuera quien fuese, ya volvería en otra ocasión.

Volvieron a llamar, esta vez algo más fuerte, pero Hilary no se movió. No sería tan urgente y, de todas formas, pronto desistirían.

Miraba fijamente la puerta y de pronto se quedó asombrada. La llave giraba lentamente y vio como salía de la cerradura y caía al suelo con un ruido metálico. Luego se abrió la puerta y entró un hombre: el joven de rostro de búho que estaba comprando dentífrico.

Hilary lo miró demasiado asombrada para poder hacer o decir nada.

El joven se volvió para cerrar la puerta, recogió la llave, la puso de nuevo en la cerradura y cerró. Luego se acercó a ella y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Mi nombre es Jessop —dijo.

Ella lo consideró una observación incongruente. A Hilary se le subieron los colores. Se inclinó hacia él y replicó furiosa:

—¿Qué cree que está haciendo aquí?

Él la miró muy serio y parpadeó.

—Es curioso. Yo he venido a preguntarle lo mismo. —Dirigió una mirada de soslayo a las pastillas.

—No sé lo que quiere decir —replicó Hilary, tajante.

—¡Oh, sí que lo sabe!

Hilary buscó desesperadamente una respuesta. Quería decir tantas cosas: expresar su indignación, ordenarle que saliera de la habitación. Pero, extrañamente, le venció la curiosidad. La pregunta salió de sus labios con tal naturalidad que apenas se dio cuenta de haberla hecho.

—Esa llave ¿ha girado sola en la cerradura?

—¡Ah, eso! —El joven mostró una sonrisa infantil que transformó su rostro. Metió la mano en el bolsillo y sacó un instrumento metálico que le tendió para que lo examinara.

—Ahí tiene. Es una herramienta muy útil. Se introduce en la cerradura desde fuera, agarra la llave y la hace girar. —Volvió a cogerla de manos de Hilary y la guardó—. Los ladrones la utilizan.

—¿De modo que es usted un ladrón?

—No, no, *Mrs*. Craven, no me hace justicia. Yo llamé. Los ladrones no llaman. Y luego, cuando me pareció que no iba a abrir, utilicé esto.

—Pero ¿por qué?

De nuevo la mirada del visitante se posó en las pastillas.

—Yo de usted no lo haría. No es como usted cree. Usted se imagina que sólo es cuestión de acostarse y no volver a despertar, pero no es así. Los efectos son muy desagradables. Algunas veces aparecen convulsiones, y otras erupciones en la piel. Si es resistente a la droga, tarda mucho tiempo en hacer efecto, y entonces alguien llega a tiempo y le hacen multitud de cosas desagradables: Lavados de estómago. Aceite de ricino, café caliente, bofetadas, todo muy indigno, se lo aseguro.

Hilary se reclinó en su silla con los párpados entrecerrados.

Apretó los puños y se obligó a sonreír.

—¡Qué ridículo es usted! ¿Se imagina que iba a suicidarme o algo por el estilo?

—No sólo lo imagino —respondió Jessop—, estoy completamente seguro. Estaba en la farmacia cuando usted entró,

comprando pasta dentífrica. No tenían la marca que quería, de modo que fui a otra y allí estaba usted pidiendo más pastillas para dormir.

Bueno, lo encontré un poco extraño, de modo que la seguí. Compró todas esas pastillas en distintos sitios. Eso sólo podía significar una cosa.

Su tono era amistoso, desenvuelto, pero convencido. Ella abandonó todo fingimiento.

—Entonces, ¿no considera una impertinencia intolerable por su parte pretender impedírmelo?

Él reflexionó unos instantes y al fin meneó la cabeza.

—No, ésta es una de esas cosas que usted no debe hacer. No sé si me comprende.

—Usted puede impedírmelo de momento —replicó Hilary con viveza—. Quiero decir que puede llevarse las pastillas, tirarlas por la ventana o lo que le parezca, pero no podrá impedir que compre más otro día, o que me arroje desde el último piso o me tire a la vía del tren.

El joven consideró este punto.

—Estoy de acuerdo con usted. No puedo impedir que haga ninguna de esas cosas. Pero está la cuestión de si las hará. Mañana, quiero decir.

—¿Usted cree que mañana pensaré de otro modo? —preguntó Hilary con cierta amargura en su voz.

—Ocurre —replicó Jessop, casi disculpándose.

—Sí, es posible —Hilary meditó un instante—. Cuando se hacen las cosas en un momento de acaloramiento. Pero si lo decides en frío, es muy distinto. No tengo nada por lo que vivir.

Jessop ladeó la cabeza y parpadeó como un búho.

—Interesante —observó.

—No, en absoluto. No soy una mujer interesante. Mi marido, a quien yo amaba, me abandonó, y mi única hija murió de meningitis. No tengo parientes ni amigos íntimos. Tampoco ninguna vocación, ni arte, ni oficio, ni trabajo que me guste hacer.

—Es duro —dijo Jessop comprensivo, y agregó con cierta vacilación—: Entonces no considera que obra mal.

—¿Por qué sería malo? —replicó Hilary con calor—. Es mi vida.

—¡Oh, sí, sí! —se apresuró a responder Jessop—. No es que yo

sea un gran moralista, pero hay gente que considera que eso está mal.

—Yo no soy de ésas —replicó Hilary.

—Desde luego —dijo Jessop, que la miró con expresión pensativa.

—Entonces puede que ahora, míster…

—Jessop.

—En ese caso, tal vez ahora quiera dejarme sola.

El intruso meneó la cabeza.

—Todavía no. Me interesa saber lo que había detrás de todo esto. Y ahora ya lo sé, ¿no es cierto? Usted no siente interés por la vida, no desea seguir viviendo y le seduce la idea de morir.

—Sí.

—Bien —respondió Jessop alegremente—, ahora sabemos dónde estamos. Damos un paso más. ¿Tiene que ser con somníferos?

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, ya le he dicho que no son tan románticos como parecen. Y arrojarse desde lo alto de un edificio tampoco es demasiado agradable. No siempre se muere en el acto. Y lo mismo digo de dejarse aplastar por un tren. Lo que quiero decir es que hay otros medios.

—No le comprendo.

—Le sugiero otro sistema. Un método más deportivo, la verdad, y además emocionante. Le seré sincero. Sólo hay una posibilidad entre cien de que no muera. Pero no creo que, dadas las circunstancias, le importe mucho.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando.

—¡Claro que no! —exclamó Jessop—. Todavía no he comenzado a explicarlo. Me temo que primero tendré que hacer un poco de historia. ¿Puedo empezar?

—Supongo que sí.

Jessop hizo caso omiso de su ironía y comenzó con su peculiar estilo:

—Usted es de esa clase de mujeres que lee los periódicos y se mantiene al corriente de la actualidad. Y habrá leído la noticia de la desaparición de varios científicos. Un italiano hará cosa de un año, y hace unos dos meses un joven científico llamado Thomas Betterton.

Hilary asintió.

—Sí, lo leí en la prensa.

—Hay bastante más de lo que apareció en los periódicos. Han desaparecido otras personas y no siempre fueron científicos. Algunos de ellos jóvenes que estaban trabajando en importantes investigaciones médicas. Otros químicos, algunos físicos y un abogado. Unos cuantos de aquí, de allá y de todas partes. El nuestro es un país libre. Uno se puede marchar si quiere. Pero en estas peculiares circunstancias tenemos que saber por qué se han marchado estas personas, dónde fueron, y también es importante cómo se fueron. ¿Se fueron por su propia voluntad? ¿Los secuestraron? ¿Los chantajearon? ¿Qué ruta tomaron? ¿Qué clase de organización interviene en esto, y cuál es su objetivo? Montones de preguntas. Queremos las respuestas. Usted podría ayudarnos a encontrarlas.

Hilary lo miró estupefacta.

—¿Yo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Voy a referirme al caso particular de Thomas Betterton. Desapareció en París hará unos dos meses. Dejó a su esposa en Inglaterra. Estaba desolada, o por lo menos así lo dijo. Juró no tener la menor idea de por qué se había ido, o dónde y cómo. Puede ser o no cierto. Algunas personas, y le digo que yo soy una de ellas, creen que no es verdad.

Hilary se reclinó en su silla. A pesar suyo se iba interesando.

—Sometimos a *Mrs*. Betterton a una discreta vigilancia —continuó Jessop—. Hará unos quince días vino a verme y me dijo que el doctor le había ordenado marchar al extranjero para gozar de un reposo absoluto y distraerse un poco. No tenía nada que hacer en Londres, donde la gente no dejaba de importunarla: periodistas, parientes, amigos.

—Me lo imagino —dijo Hilary secamente.

—Sí, una lata. Es natural que quisiera marcharse una temporada.

—Muy lógico.

—Pero en nuestro departamento somos muy mal pensados. Desconfiamos de todo. Decidimos no perder de vista a *Mrs*. Betterton.

Ayer salió de Inglaterra y vino a Casablanca.

—¿Casablanca?

—Sí, de camino hacia otros lugares de Marruecos. Todo a la vista, con un plan trazado y reservas con antelación. Pero es posible que este viaje de *Mrs*. Betterton a Marruecos termine llevándola a lo desconocido.

Hilary se encogió de hombros.

—No veo como encajo en todo esto.

Jessop sonrió.

—Encaja porque tiene una espléndida cabellera roja, *Mrs*. Craven.

—¿Cabellera?

—Sí. Es el rasgo más sobresaliente de *Mrs*. Betterton: su cabellera. Quizá se ha enterado de que el avión anterior al suyo se estrelló al aterrizar.

—Sí. Yo debía haber estado en ese avión. Tenía reservado billete.

—Muy interesante. Bien, *Mrs*. Betterton iba en ese avión, pero no ha muerto. La sacaron con vida de los restos del aparato y ahora está en el hospital, aunque según los médicos no llegará a mañana.

Una pequeña luz se hizo en el cerebro de Hilary, que le miró interrogativamente.

—Sí —dijo Jessop—, tal vez vea la forma de suicidio que le ofrezco. Sugiero que *Mrs*. Betterton continúe su viaje. Le propongo que se convierta usted en *Mrs*. Betterton.

—Pero sin duda eso es imposible. Quiero decir que ellos en seguida se darán cuenta de que yo no soy *Mrs*. Betterton.

Jessop ladeó la cabeza.

—Eso, desde luego, depende enteramente de quiénes sean «ellos». Es un término muy vago. ¿Quiénes son «ellos»? ¿Existen unas personas que son «ellos»? Lo ignoramos. Pero puedo decirle una cosa. Si aceptamos la explicación más popular sobre quienes son «ellos», entonces esas personas trabajan en células muy aisladas. Lo hacen por su propia seguridad. Si el viaje de *Mrs*. Betterton tiene un propósito y ha sido planeado, entonces las personas que actúen aquí no sabrán nada de ella. En el momento convenido y en determinado sitio se pondrán en contacto con cierta mujer y continuarán desde aquí. La descripción que aparece en el pasaporte de *Mrs*. Betterton es la siguiente: Estatura cinco pies y siete pulgadas, pelirroja, ojos azules, boca mediana, sin marcas visibles.

—Pero las autoridades de aquí, sin duda…

—Por ese lado no tiene que preocuparse. Los franceses han perdido algunos científicos y químicos muy valiosos. Cooperarán. La película es la siguiente: *Mrs*. Betterton, que sufre una conmoción, es llevada al hospital. *Mrs*. Craven, otra pasajera del avión siniestrado, ingresa en el mismo hospital. Al cabo de uno o dos días *Mrs*. Craven morirá en el hospital y *Mrs*. Betterton será dada de alta. No está del todo repuesta de la conmoción, pero sí en condiciones de continuar su viaje. La catástrofe ha sido auténtica, la conmoción también y además le proporcionará una buena excusa para muchas cosas, como algún lapsus de memoria y cierto comportamiento extraño.

—¡Qué locura! —exclamó la joven.

—Sí, es una locura. Es una empresa difícil y, si nuestras sospechas son acertadas, la matarán. Ya ve que le soy franco, pero según usted, está dispuesta a morir. Y entre arrojarse a la vía del tren o algo por el estilo, yo diría que esto le resultará mucho más divertido.

De repente y contra todo pronóstico, Hilary se echó a reír.

—Creo que tiene usted razón.

—¿Lo hará?

—Sí, ¿por qué no?

—En ese caso —dijo Jessop, irguiéndose en su asiento con brío —, no hay tiempo que perder.

Capítulo IV

1

No es que hiciera frío en el hospital, pero causaba esa sensación. Olía a desinfectante. De vez en cuando se oía el tintineo de cristales e instrumental de los carritos de cirugía en el pasillo.

Hilary Craven estaba sentada junto a una cama.

Olive Betterton yacía en la cama con la cabeza vendada. Había una enfermera a un lado de la cama y un médico en el otro. Jessop ocupaba una silla en un rincón. El doctor le habló en francés.

—No tardará mucho. El pulso es mucho más débil.

—¿No recobrará el conocimiento?

—Eso no puedo decirlo —contestó el francés encogiéndose de hombros—. Es posible que sí, al final.

—¿No puede hacer nada… algún estimulante?

El doctor meneó la cabeza y se marchó, seguido de la enfermera, que fue reemplazada por una monja que se colocó a la cabecera de la cama, donde permaneció pasando las cuentas del rosario. Hilary miró a Jessop y se acercó a él obedeciendo a su gesto.

—¿Ha oído lo que ha dicho el doctor? —le preguntó él en voz baja.

—Sí. ¿Qué quiere preguntarle?

—Quiero que obtenga toda la información posible, cualquier contraseña, señales, mensajes, todo. ¿Comprende? Es más probable que le hable a usted que a mí.

—¿Quiere usted que traicione a alguien que se está muriendo? —dijo Hilary con repentina emoción.

Jessop ladeó la cabeza como un búho.

—¿Es eso lo que piensa?

—Sí.

—Muy bien. —La miró pensativo—. Haga y diga lo que le parezca. ¡Yo no puedo tener escrúpulos! ¿Lo comprende?

—Desde luego, es su deber. Usted puede hacerle tantas preguntas como desee, pero no me pida que yo lo haga.

—Usted es un agente libre.

—Hay otra cuestión que debemos discutir. ¿Hemos de decirle que se está muriendo?

—No lo sé. Tendré que pensarlo.

Ella asintió y volvió junto a la cama. Ahora sentía una profunda compasión por aquella mujer agonizante, una mujer que se dirigía al encuentro del hombre amado. ¿O estaban todos equivocados? ¿Había venido a Marruecos simplemente en busca de solaz, a pasar el tiempo hasta tener noticias definitivas de si su marido estaba vivo o muerto?

Hilary hubiera querido saberlo.

Pasaba el tiempo. Habían pasado casi dos horas cuando cesó el chasquido de las cuentas del rosario y la monja dijo con voz suave e impersonal:

—Ha experimentado un cambio. Creo que se acerca el fin. Voy a buscar al doctor.

Salió de la habitación. Jessop se acercó a la cama y no se apartó de la pared de modo que quedaba fuera del campo visual de *Mrs*. Betterton. Sus párpados se agitaron y acabaron por abrirse. Los ojos azules se fijaron en Hilary. Los cerró para volverlos a abrir en seguida y en su mirada apareció un ligero aire de perplejidad.

—¿Dónde…?

La palabra se escapó de sus labios resecos en el momento en que entraba el médico. Le tomó el pulso sin dejar de mirarla.

—Está en el hospital, *madame* —le dijo—. El avión sufrió un accidente.

—¿El avión?

Repitió sus palabras con voz apenas perceptible.

—¿Hay alguien a quien desee ver en Casablanca? ¿Algún mensaje que quiera enviar?

Su mirada se fijó dolorosamente en el rostro del doctor.

—No.

Volvió a mirar a Hilary.

—¿Quién…?

Hilary se inclinó sobre ella y habló con suma claridad.

—Yo también vine de Inglaterra en avión. Si hay algo que pueda hacer por usted, dígamelo, por favor.

—No, nada. A menos…

—¿Qué?

—Nada.

Volvió a parpadear y entrecerró los ojos. Hilary alzó la cabeza, su mirada se cruzó con la imperiosa mirada de Jessop. Meneó la cabeza con energía.

Jessop se adelantó para colocarse junto al doctor. La moribunda abrió los ojos. En su mirada apareció una expresión de reconocimiento.

—A usted lo conozco.

—Sí, *Mrs*. Betterton, me conoce. ¿Quiere decirme alguna cosa de su marido?

—No.

Los párpados cayeron sobre sus cansados ojos. Jessop, dando media vuelta, abandonó la habitación. El doctor miró a Hilary.

—*¡C'est la fin!* —dijo en un susurro.

La mujer volvió a abrir los ojos. Su dolorida mirada recorrió el cuarto hasta fijarse en Hilary. Olive Betterton hizo un ligero gesto y la joven instintivamente tomó aquella mano blanca y fría entre las suyas. El médico se encogió de hombros y se despidió con una leve reverencia. Las dos mujeres se quedaron solas. Olive Betterton intentaba hablar.

—Dígame, dígame…

Hilary comprendió lo que le preguntaba y repentinamente supo cómo actuar. Se inclinó decidida sobre la moribunda.

—Sí —dijo en voz clara—, se está usted muriendo. Es eso lo que quería saber, ¿no es cierto? Ahora, escúcheme. Voy a tratar de llegar hasta su marido. ¿Quiere enviarle algún mensaje por si tengo éxito?

—Dígale… dígale que tenga cuidado. Boris… Boris es peligroso.

Su voz volvió a apagarse en un suspiro. Hilary se inclinó todavía más.

—¿Hay algo que pueda ayudarme en mi viaje? Para ayudarme a ponerme en contacto con su marido.

—Nieve.

La palabra sonó tan leve que intrigó a Hilary. ¿Nieve? ¿Nieve?

La repitió sin comprender. Una risita débil, fantasmal, salió de los labios de Olive Betterton, seguida de unas palabras apenas perceptibles.

¡Snow, snow, beautiful snow!
You slip on a lump, and over you go![1]

Repitió la última palabra.

—*¿Go, go?* Vaya y dígale lo de Boris. Yo no lo creo. No quería creerlo. Pero tal vez es cierto. Si es así… si es así… —Una mirada agonizante apareció en los ojos de Olive—. Tenga cuidado.

Un ruido extraño, que sonó como un castañeteo, salió de su garganta. Sus labios se contrajeron.

Olive Betterton había muerto.

2

Los cinco días siguientes fueron mentalmente extenuantes, aunque físicamente inactivos. Confinada en una habitación del hospital, Hilary se puso a trabajar. Cada noche pasaba un examen de lo que había aprendido durante el día. Todos los detalles de la vida de Olive Betterton de que disponían, se ponían por escrito y ella tenía que aprenderlos de memoria. Las casas en las que había vivido, las asistentas que acudían a limpiarla, sus parientes, el nombre de su perro y el de su canario; cada detalle de los seis meses de vida matrimonial con Thomas Betterton. Su boda, los nombres de las damas de honor, sus vestidos. Los dibujos de las cortinas, las alfombras y los tapizados. Los gustos de Olive Betterton, sus predilecciones y sus actividades diarias. Sus preferencias en alimentos y bebidas. Hilary se quedó maravillada de la cantidad de informaciones, aparentemente insignificantes, que habían reunido. En cierta ocasión le dijo a Jessop:

—¿Algo de todo esto es importante?

—Probablemente no —replicó él sin inmutarse—. Pero usted

tiene que convertirse en el personaje original. Imagínese que es escritora y que está escribiendo una novela cuya protagonista es una mujer. Se llama Olive. Usted describe escenas de su niñez, de su adolescencia. Luego su matrimonio, la casa en que vive. Mientras lo hace, ella se va convirtiendo en un ser real para usted. Luego repite la experiencia, pero esta vez como si escribiera una autobiografía. La escribe en primera persona. ¿Comprende lo que quiero decir?

Hilary asintió lentamente, impresionada a pesar suyo.

—No puede creerse Olive Betterton hasta que sea Olive Betterton. Sería mucho mejor si tuviera tiempo para aprenderlo todo, pero no lo tenemos. De modo que tengo que empacharla como a un estudiante que se presenta a un examen difícil e importante. —Y agregó—: Gracias a Dios, posee usted una inteligencia despierta y una buena memoria.

Las descripciones que aparecían en los pasaportes de Olive Betterton e Hilary Craven eran casi idénticas, pero los dos rostros eran completamente distintos. Olive Betterton había tenido una belleza vulgar e insignificante. Obstinada, pero no inteligente. En cambio, el rostro de Hilary tenía fuerza y una cualidad intrigante. La mirada de los ojos azules, debajo de las oscuras cejas mostraba inteligencia y viveza. Su boca se curvaba hacia arriba en una línea amplia y generosa. El corte de su mentón era perfecto. Un escultor hubiera considerado interesantes los rasgos de su rostro.

«Aquí hay pasión y cerebro», pensó Jessop. «Y en alguna parte reprimido, pero no muerto, hay un espíritu alegre y resuelto que disfruta de la vida y busca la aventura».

—Lo conseguirá. Es una buena discípula.

Este desafío a su intelecto y a su memoria habían estimulado a la joven. Se iba sintiendo interesada, y deseaba tener éxito en su empresa. Se le ocurrieron un par de objeciones y las comunicó a Jessop.

—Usted dice que me aceptarán como Olive Betterton. Que ignoran que aspecto tiene, excepto a grandes rasgos. Pero ¿cómo puedo estar segura?

—No podemos estar seguros de nada. —Jessop se encogió de hombros—. Pero sabemos bastante bien cómo funcionan estas cosas y, al parecer internacionalmente, existe muy poca comunicación entre un país y otro. La verdad es que eso representa una gran

ventaja para ellos. Si conseguimos descubrir un eslabón débil en Inglaterra, y le aseguro que siempre hay un punto débil en todas las organizaciones, ese eslabón de la cadena no sabe nada de lo que ocurre en Francia, Italia o Alemania, o donde sea, y nos estrellamos contra un muro. Ellos sólo saben su pequeño papel en el esquema general y nada más. Lo mismo ocurre en todas partes. Juraría que la célula que opera aquí lo único que sabe de Olive Betterton es que llegará en tal avión y que hay que darle tales instrucciones.

»Comprenda, ella no es importante. Si piensan conducirla hasta su marido, es porque él quiere que se la lleven y porque ellos creen que trabajará mejor teniéndola a su lado. Ella es un mero peón en el juego.

»También debe recordar que la idea de sustituir a Olive Betterton ha sido una improvisación ocasionada por el accidente del avión y el color de sus cabellos. Nuestro plan era seguir a Olive Betterton y averiguar dónde iba, cómo y a quién encontraba. Y eso es lo que esperarán los del bando contrario.

—¿Y no lo han intentado antes? —preguntó Hilary.

—Sí, se intentó en Suiza con gran discreción. Y fue un fracaso en cuanto se refiere a nuestro principal objetivo. Si alguien se puso en contacto con ella allí, lo ignoramos. De modo que el contacto debió ser muy breve. Naturalmente, ellos esperarán que alguien siga los pasos a Olive Betterton. Estarán preparados para eso. A nosotros nos corresponde realizar el trabajo más a conciencia que la última vez. Tenemos que intentarlo y ser más astutos que nuestros adversarios.

—¿De modo que ustedes me seguirán?

—Desde luego.

—¿Cómo?

Él meneó la cabeza.

—No se lo diré. Es mucho mejor para usted no saberlo. Lo que no sepa no podrá contarlo.

—¿Usted cree que lo diría?

Jessop volvió a adoptar la expresión de búho.

—Ignoro lo buena actriz que es usted, si sabe mentir. No es fácil, comprenda. No se trata de decir algo indiscreto. Puede ser cualquier cosa: un repentino sobresalto; una pausa momentánea en una acción, por ejemplo, encender un cigarrillo; reconocer un nombre o

un amigo. Podría disimular fácilmente, pero un solo instante de vacilación sería suficiente.

—Eso significa estar en guardia en todo momento.

—Exacto. Mientras tanto, seguiremos con las lecciones. Es como volver a la escuela, ¿no le parece? Ahora que conoce bastante bien a Olive Betterton, pasemos a otra cosa algo distinta.

Claves, contraseñas, respuestas, situaciones cambiantes. La lección continuó: el interrogatorio, las repeticiones, el interés por confundirla, de hacerla caer; luego situaciones hipotéticas para ver sus reacciones. Al fin, Jessop se declaró satisfecho.

—Servirá —le dijo, dándole unas palmaditas en el hombro—. Es una buena alumna. Y recuerde esto: aunque muchas veces le parezca que está usted sola, probablemente no será así. Digo probablemente, ya que no puedo prometerle nada. Son unos tipos muy listos.

—¿Qué ocurrirá si llego al término de mi viaje?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero si al fin me veo frente a Tom Betterton.

Jessop asintió con gravedad.

—Sí, ése es el momento más peliagudo. Sólo puedo decirle que en ese momento, si todo ha salido bien, tendrá usted protección. Es decir, si las cosas han salido como esperábamos. Pero, como supongo que recuerda, el concepto básico de la operación es que hay pocas probabilidades de que usted sobreviva.

—¿No dijo usted un uno por ciento? —replicó Hilary secamente.

—Creo que ahora podemos ampliarlo un poco. No sabía cómo era usted.

—No, supongo que no —replicó ella pensativa—. Supongo que para usted sólo era…

Jessop concluyó la frase por ella.

—… una mujer con una magnífica cabellera roja y sin el valor para seguir viviendo.

Ella enrojeció.

—Es un juicio muy duro.

—Es cierto, ¿no? No acostumbro a sentir compasión por los demás. En primer lugar es insultante. Sólo se siente compasión por las personas que se compadecen de sí mismas. La autocompasión es una de las principales trabas en este mundo.

—Tal vez tenga razón. ¿Se compadecerá de mí cuando me hayan liquidado, o como se diga, en el cumplimiento de esta misión?

—¿Compadecerla? No. Maldeciré haber perdido a alguien por quien valía la pena preocuparse un poco.

—Vaya, al fin un cumplido. —A pesar suyo se sentía complacida. Continuó en tono práctico—: Se me ocurre otra cosa. Usted dice que es probable que nadie sepa cómo es Olive Betterton, pero ¿y si alguien me reconoce a mí? Yo no conozco a nadie en Casablanca, pero hay personas que viajaron conmigo en el avión. O tal vez puedo tropezar con algún conocido entre los turistas que vienen aquí.

—No necesita preocuparse por los pasajeros del avión. Las personas que salieron de París con usted eran hombres de negocios que continuaron hasta Dakar. Irá usted a otro hotel cuando salga de aquí, al hotel donde esperaban a *Mrs*. Betterton. Llevará sus ropas y su peinado, y algunas tiras de esparadrapo en las sienes que le darán un aspecto muy distinto. Por cierto, va a venir un médico para prepararla. No le hará daño. Con anestesia local, pero es necesario que tenga algunas señales auténticas del accidente.

—Son ustedes muy concienzudos.

—Tenemos que serlo.

—No me ha preguntado si Olive Betterton me dijo algo antes de morir.

—Tuve la impresión de que tenía usted escrúpulos.

—Lo siento.

—No lo sienta. Yo la respeto por eso. Yo también quisiera tenerlos, pero el trabajo no me lo permite.

—Dijo algo que tal vez deba usted saber. Me dijo: «Dígale», refiriéndose a Betterton, «dígale que tenga cuidado. Boris es peligroso».

—Boris. —Jessop repitió el nombre con interés—. ¡Ah! Nuestro correcto extranjero, el comandante Boris Glydr.

—¿Lo conoce? ¿Quién es?

—Un polaco. Vino a verme a Londres. Se supone que es primo político de Tom Betterton.

—¿Se supone?

—Digamos más exactamente que, si es en realidad lo que pretende ser, es primo de la difunta primera *Mrs*. Betterton. Pero

sólo tenemos su palabra.

—Olive estaba asustada —dijo Hilary frunciendo el entrecejo—. ¿No puede describirlo? Me gustaría poder reconocerlo.

—Sí. Pudiera ser que se lo encuentre. Un metro ochenta. Ochenta kilos. Rubio, cara de póker, ojos claros, modales extranjeros. Habla un inglés muy correcto, pero con un acento muy marcado, y su porte es marcial. —Y agregó—: Lo seguimos desde que abandonó mi despacho. Nada de particular. Fue derecho a la embajada de Estados Unidos, completamente normal. Me había enseñado una carta de presentación de allí. Las que acostumbran a enviar cuando desean ser amables y no comprometerse. Presumo que salió de allí en el automóvil de otra persona o por la puerta trasera disfrazado o algo por el estilo. El caso es que nos despistó. Sí, yo diría que es posible que Olive Betterton tuviera razón al decir que Boris Glydr es peligroso.

Capítulo V

1

En el pequeño salón del hotel Saint Louis se hallaban sentadas tres señoras, cada una enfrascada en sus asuntos. *Mrs*. Calvin Baker, baja, regordeta, de cabellos blancos con toques azulados, escribía cartas con la misma energía que aplicaba a todas sus actividades.

Nadie la hubiera tomado por otra cosa que una acomodada viajera yanqui, con una sed insaciable por obtener detalles precisos sobre cualquier cosa bajo el sol.

Miss Hetherington, sentada en una incómoda butaca estilo imperio, la inconfundible viajera inglesa, tejía una de esas melancólicas prendas de forma ambigua que las damas inglesas de mediana edad siempre tejen. *Miss* Hetherington era alta y delgada, de cuello descarnado, cabellos mal peinados y expresión de desaprobar moralmente a todo el Universo.

Mademoiselle Jeanne Maricot, sentada graciosamente en una silla de respaldo recto, contemplaba lo que ocurría al otro lado de la ventana, bostezando de cuando en cuando. Era una morena teñida de rubio, de rostro vulgar, pero provocativamente maquillado. Vestía muy elegante y no demostraba el menor interés por las otras ocupantes del salón, a quienes despreciaba secretamente por ser exactamente lo que eran. Estaba experimentando un gran cambio en su vida amorosa y no tenía interés en desperdiciar el tiempo con aquellas estúpidas turistas.

Miss Hetherington y *Mrs*. Calvin Baker, después de pasar dos noches bajo el techo del hotel Saint Louis, habían trabado amistad.

Mrs. Calvin Baker, campechana como todas las norteamericanas, charlaba con todo el mundo. Y *miss* Hetherington, a pesar de que

ansiaba tener compañía, hablaba sólo con ingleses y estadounidenses que, a su juicio, tenían cierto rango social. Con los franceses no se trataba, a menos que llevaran una vida respetable de familia, como el matrimonio que sentaba a sus hijos a su mesa en el comedor del hotel.

Un francés con aspecto de próspero empresario echó una ojeada al salón e, intimidado por el ambiente de solidaridad femenina, volvió a salir tras dirigir una mirada melancólica a *mademoiselle* Maricot.

Miss Hetherington comenzó a contar puntos *sotto voce*.

—Veintiocho, veintinueve… ahora qué he podido hacer mal. ¡Oh, ya sé!

Una mujer alta, con el pelo rojo, asomó la cabeza en el salón y luego se dirigió por el pasillo hacia el comedor. *Mrs*. Calvin Baker y *miss* Hetherington se pusieron alertas de inmediato.

—¿Ha visto a esa mujer pelirroja que se ha asomado, *miss* Hetherington? —preguntó *Mrs*. Baker en un susurro emocionado desde el escritorio—. Dicen que es la única superviviente del avión que se estrelló la semana pasada.

—La vi llegar esta tarde —respondió *miss* Hetherington a quien la excitación le hacía perder otro punto—. En ambulancia.

—Directamente desde el hospital, me dijo el gerente. Me pregunto si habrá hecho bien en dejar el hospital tan pronto. Creo que sufrió una fuerte conmoción.

—Lleva un vendaje en la cara; cortes quizá producidos por los cristales. Tuvo suerte en no quemarse. Creo que lo más terrible de estos accidentes de aviación son las quemaduras.

—No quiero ni pensarlo. Pobrecilla. Me pregunto si iría acompañada de su marido y si él murió en la catástrofe.

—No lo creo. —*Miss* Hetherington meneó la cabeza—. Los periódicos hablaban de una pasajera.

—Es cierto. Y también venía su nombre. Una tal *Mrs*. Beverly. No, Betterton, eso es.

—Betterton —repitió la inglesa, pensativa—. Ese nombre me recuerda algo. Betterton. En los periódicos. Oh, sí, estoy segura de que era ese nombre.

Mademoiselle Maricot dijo para sus adentros:

«Tant pis pour Pierre. Il est vraiment insupportable! Mais le petit

Jules, lui, il est bien gentil. Et son pére est tres bien place dans les affaires. Enfin, je me decide».[2]

Y con un andar ágil y atlético, *mademoiselle* Maricot salió del salón y de la historia.

2

«*Mrs*. Thomas Betterton» había abandonado el hospital aquella tarde, a los cinco días del accidente. Una ambulancia la condujo hasta el hotel Saint Louis.

Muy pálida, con aspecto enfermizo y el rostro vendado, fue acompañada inmediatamente a su habitación por el gerente que se deshizo en atenciones.

—¡Cuántas emociones debe haber experimentado, *madame*! —comentó después de preguntarle con amabilidad si le satisfacía la habitación, y encendió todas las luces, cosa innecesaria—. ¡Y qué suerte de haber salido con vida! ¡Qué milagro! ¡Qué afortunada ha sido! Sólo tres supervivientes, y tengo entendido que uno de ellos se halla todavía muy grave.

Hilary se dejó caer en su butaca.

—Sí, desde luego —murmuró—. Apenas puedo creerlo. Incluso ahora recuerdo muy poco. Las últimas veinticuatro horas anteriores al accidente todavía me parecen muy confusas.

El gerente asintió con simpatía.

—Ah, sí. Ése es el resultado de la conmoción. Eso le ocurrió a mi hermana. Durante la guerra estaba en Londres. Cayó una bomba y ella perdió el conocimiento. Luego se levantó, estuvo paseando por la ciudad y tomó un tren en la estación de Euston. Y *figurez-vous*, se despertó en Liverpool y no recordaba nada de la bomba, ni de su paseo por Londres, ni del tren. Lo último que recordaba era que estaba colgando un vestido en su armario de Londres. Son cosas muy curiosas, ¿verdad?

Hilary convino en que sí lo eran, y el gerente se retiró con una reverencia. La joven se levantó para mirarse al espejo. Estaba tan compenetrada con su nueva personalidad que sentía la flojedad de sus miembros, cosa natural en quien acababa de abandonar el

hospital tras una grave dolencia.

Había preguntado en la recepción, pero no había ningún recado ni carta para ella. Los primeros pasos en su nueva vida tendría que darlos a ciegas. Quizás Olive Betterton tuviera que telefonear o encontrarse con determinada persona en Casablanca. En cuanto a esto no tenían la menor pista. Todos sus conocimientos se reducían al pasaporte de Olive Betterton, su carta de crédito y la cartera de la agencia Cook con los billetes y las reservas. Éstas consistían en dos días de estancia en Casablanca, seis en Fez y cinco en Marrakech.

Claro que ahora aquellas reservas habían caducado y tendrían que renovarse. El pasaporte y la carta de crédito se habían hecho de nuevo. Ahora la fotografía del pasaporte era la de Hilary, y la firma de la carta de crédito decía «Olive Betterton», pero con la letra de Hilary. Sus credenciales estaban todas en orden. Sólo restaba representar bien su papel y aguardar. Su mejor carta era el accidente del avión que explicaba la pérdida de memoria y el despiste general.

El accidente era auténtico y, efectivamente, Olive Betterton se encontraba a bordo del avión. La conmoción sufrida disculparía que dejara de poner en práctica las instrucciones que pudiera haber recibido. Atontada, débil y desorientada, Olive Betterton esperaría nuevas órdenes.

Lo más natural en su caso era descansar y, por lo tanto, se tendió sobre la cama. Durante dos horas repasó todo lo que le habían enseñado. El equipaje de Olive resultó destruido en la catástrofe.

Hilary tenía unas pocas cosas que le fueron proporcionadas en el hospital. Se pasó el peine por los cabellos, se retocó la pintura de los labios y bajó al comedor para cenar.

Notó que la miraban con cierto interés. Había varias mesas ocupadas por hombres de negocios que apenas le dirigieron una mirada, pero en otras, evidentemente ocupadas por turistas, vio que cuchicheaban.

—Esa mujer de allí, la pelirroja, es una superviviente del avión que se estrelló, querida. Sí. Vino del hospital en una ambulancia. Yo la vi llegar. Todavía parece muy enferma. No sé si han hecho bien en dejarla salir tan pronto del hospital. Qué experiencia más terrible. ¡Escapó de milagro!

Después de cenar, Hilary se sentó en el salón preguntándose si

alguien la abordaría. Había un par de señoras allí sentadas y, finalmente, una baja y regordeta, de cabellos con reflejos azules, ocupó una silla vecina a la suya y comenzó a charlar con agradable y vivaz acento norteamericano.

—Espero que me perdone, pero me gustaría hablar con usted. ¿Es usted la pasajera que escapó milagrosamente del accidente aéreo del otro día?

Hilary dejó la revista que estaba leyendo.

—Sí —le contestó.

—¡Vaya! Debió ser terrible. Me refiero a la catástrofe. Dicen que sólo hay tres supervivientes. ¿Es cierto?

—Sólo dos —replicó Hilary—. Uno de los tres murió en el hospital.

—¡Vaya! ¡No me diga! Ahora si me permite que le haga una pregunta *miss*… *Mrs*…

—Betterton.

—Bueno, si no le molesta, ¿puede decirme dónde iba sentada en el avión? ¿En la parte delantera o cerca de la cola?

Hilary conocía la respuesta y la soltó en el acto.

—Cerca de la cola.

—Siempre dicen que es el lugar más seguro, ¿no es cierto? Yo siempre insisto en que me coloquen cerca de las puertas posteriores. ¿Ha oído, *miss* Hetherington? —Volvió la cabeza para incluir en la conversación a la otra dama de mediana edad. Se trataba de una dama inglesa de rostro alargado, triste y de aspecto caballuno—. Es lo que yo le decía el otro día. Siempre que viaje en avión no consienta que la azafata la coloque en la parte delantera.

—Supongo que alguien tendrá que sentarse delante —dijo Hilary.

—Bueno, pero no seré yo —dijo su nueva amiga con presteza.

A propósito, mi nombre es Baker, *Mrs*. Calvin Baker.

Hilary aceptó la presentación y *Mrs*. Baker monopolizó la conversación con suma facilidad.

—Acabo de llegar de Mogador y *miss* Hetherington de Tánger. Nos hemos conocido aquí. ¿Va usted a visitar Marrakech, *Mrs*. Betterton?

—Tenía el pasaje —respondió Hilary—. Claro que este accidente ha desbaratado todos mis planes.

—Desde luego, lo comprendo. Pero la verdad, no debe dejar de ver Marrakech. ¿No le parece, *miss* Hetherington?

—Marrakech resulta carísimo —replicó la aludida—. Y esa miserable cantidad de dinero que nos permiten llevar lo hace todo muy difícil.

—Hay un hotel maravilloso, el *Mamounia* —continuó *Mrs*. Baker.

—Carísimo —insistió *miss* Hetherington—. Está fuera de mi alcance. Claro que para usted es distinto, *Mrs*. Baker, me refiero a los dólares. Pero alguien me dio el nombre de un hotel pequeño, pero muy bonito y limpio, y dicen que la comida no está del todo mal.

—¿Adonde más piensa ir, *Mrs*. Betterton? —le preguntó la estadounidense.

—Quisiera visitar Fez —manifestó Hilary con precaución—. Claro que tendré que volver a reservar.

—Oh, sí, desde luego, no debe perderse Fez ni Rabat.

—¿Ha estado usted allí?

—Todavía no. Tengo pensado ir pronto, lo mismo que *miss* Hetherington.

—Creo que la ciudad antigua se conserva perfectamente —comentó la inglesa.

La conversación continuó por el estilo durante algún tiempo más. Luego Hilary apeló al cansancio del primer día fuera del hospital y las dejó para subir a su habitación.

Hasta entonces todo había sido muy impreciso. Las dos mujeres pertenecían a un tipo tan corriente de turistas que resultaba difícil creer que fueran otra cosa que lo que aparentaban. Decidió que, a la mañana siguiente, si no recibía comunicación de ninguna clase, iría a la agencia Cook para hacer nuevas reservas en Fez y Marrakech.

A la mañana siguiente no había cartas, ni mensajes, ni llamadas telefónicas, y a las once emprendió el camino de la agencia de viajes. Había cola y, cuando al fin le tocó su turno y hablaba con el empleado, hubo una interrupción. Otro encargado mayor y con gafas apartó a su lado al joven y saludó a Hilary animadamente.

—*Mrs*. Betterton, ¿verdad? Ya tengo todas sus reservas.

—Me temo que se han pasado las fechas —dijo Hilary—. He estado en el hospital y…

—Ah, *mais oui*, ya lo sé. Permítame que la felicite por haberse

salvado, *madame*, pero recibí su mensaje telefónico pidiendo las nuevas reservas y ya las tenemos todas dispuestas.

Hilary sintió que se le aceleraba el pulso. Por lo que ella sabía nadie había telefoneado a la agencia de viajes.

Aquellos eran signos definitivos de que los preparativos del viaje de Olive Betterton eran supervisados.

—No estaba segura de si habían telefoneado o no.

—Pues sí, *madame*. Aquí tiene, se lo enseñaré.

Le mostró los billetes de ferrocarril, los resguardos de los hoteles, y a los pocos minutos habían realizado todas las transacciones. Hilary debía salir para Fez al día siguiente.

Mrs. Calvin Baker no estaba en el restaurante ni a comer ni a cenar. *Miss* Hetherington sí, y correspondió al saludo de la joven cuando ésta pasó junto a su mesa, pero no hizo nada por entablar conversación. Al día siguiente, tras efectuar algunas compras necesarias de trajes y ropa interior, Hilary tomó el tren a Fez.

3

Fue el día de la marcha de Hilary cuando *Mrs*. Calvin Baker, que entraba en el hotel con su rapidez acostumbrada, fue abordada por *miss* Hetherington, cuya larga nariz temblaba de excitación.

—He recordado ese nombre: Betterton. Es un científico desaparecido. Lo publicaron todos los periódicos hará cosa de dos meses.

—Vaya, ahora me parece recordar algo. Un científico británico. Sí, había ido a París para un congreso.

—Sí, eso es. Me estuve preguntando si ella no sería su esposa. Miré en el registro y pone que su domicilio está en Harwell. Ya sabe que en Harwell está la planta atómica. Yo opino que esas bombas son una equivocación. Y el cobalto, un color muy bonito que usaba mucho cuando era pequeña para pintar, es el peor de todos. Tengo entendido que nadie puede sobrevivir. No debieran realizar esos experimentos. Alguien me comentó el otro día que su primo, que es un hombre muy listo, dijo que el mundo entero podría quedar afectado por la radiactividad.

—¡Vaya, vaya! —exclamó *Mrs*. Calvin Baker.

Capítulo VI

Casablanca desilusionó un poco a Hilary con su aspecto de próspera ciudad francesa sin rastro alguno de misterio oriental, excepto las multitudes en las calles.

El tiempo seguía siendo perfecto, claro y soleado y disfrutó contemplando el paisaje desde el tren en su viaje rumbo al norte. Un francés menudo, que parecía un viajante de comercio, ocupaba el asiento situado frente al suyo, y una monja que iba rezando el rosario ocupaba el del rincón. Dos moras con muchos paquetes, y que no dejaban de charlar alegremente, completaban el compartimiento. Al ofrecerle fuego para encender su cigarrillo, el francés entabló conversación con Hilary. Fue señalándole los puntos de interés por los que pasaban y dándole alguna indicación acerca del país. Le pareció interesante e inteligente.

—Debería ir a Rabat, *madame*. Es una gran equivocación no ir a Rabat.

—Veré si puedo ir. Pero no tengo mucho tiempo. Además —sonrió—, el dinero se acaba pronto. Ya sabe que no se nos permite sacar mucho al extranjero.

—Pero eso es muy sencillo. Se arregla con un amigo de aquí.

—No tengo ningún amigo en Marruecos.

—La próxima vez que viaje, *madame*, avíseme. Le daré mi tarjeta, y yo lo arreglaré todo. Suelo ir a Inglaterra a menudo por negocios y usted puede pagarme allí. Es bien sencillo.

—Es usted muy amable, y espero volver otra vez a Marruecos.

—Debe ser un gran cambio para usted que viene de Inglaterra, tan frío, con tanta niebla y tan desagradable.

—Sí, es un gran cambio.

—Yo también vine hace tres semanas desde París. Entonces

había niebla y llovía. En fin, un asco. Llegué aquí y todo es sol. El aire es frío, pero es puro. ¿Qué tal tiempo hacía en Inglaterra cuando usted se marchó?

—Como usted dice —replicó Hilary—. Mucha niebla.

—Ah, sí, es la estación de las nieblas. Y nieve. ¿No han tenido nieve este año todavía?

—No —dijo Hilary—, no ha nevado.

Se preguntó divertida si aquel francés tan viajero seguía lo que él consideraba una correcta conversación inglesa centrada principalmente en el tiempo. Le hizo algunas preguntas sobre la situación política en Marruecos y Argel, a las que respondió gustoso, mostrándose bien informado.

Al mirar al rincón del compartimiento, vio que la monja la observaba con desaprobación. Las moras se apearon y entraron nuevos pasajeros. Era de noche cuando llegaron a Fez.

—Permítame que la ayude, *madame*.

Hilary parecía bastante aturdida por el ruido y bullicio de la estación. Los mozos árabes intentaban quitarle el equipaje de las manos gritando y desgañitándose para recomendar distintos hoteles.

Agradecida, se volvió a su nuevo amigo francés.

—¿Usted se dirige al *Palais Djamai, n'est-ce pas, madame*?

—Sí.

—Muy bien. Está a ocho kilómetros de aquí.

—¿A ocho kilómetros? —Hilary se sintió desfallecer—. ¿Entonces no está en la ciudad?

—Está en la ciudad antigua —le explicó el francés—. Yo me hospedo en un hotel de la ciudad nueva, pero para las vacaciones, el descanso y las diversiones es natural que se vaya al *Palais Djamai*. Era una antigua residencia de la nobleza marroquí. Tiene hermosos jardines y desde allí se puede ir directamente desde él a la vieja ciudad de Fez, que permanece inalterada. Me parece que los de su hotel no han enviado a buscarla. Si me lo permite le buscaré un taxi.

—Es usted muy amable, pero…

El francés habló rápidamente en árabe a los mozos y poco después Hilary se acomodaba en un taxi en el que habían colocado su equipaje, y el francés le dijo exactamente lo que debía dar a los rapaces mozos. También les despidió en árabe cuando protestaron

por la propina. Sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió.

—Mi tarjeta, *madame*, y si puedo ayudarle en algo en cualquier ocasión, llámeme. Estaré en el Gran Hotel los próximos cuatro días.

Se quitó el sombrero para saludarla y se marchó. Hilary miró la tarjeta que pudo leer antes de que el taxi se alejara de la luz de la estación:

Monsieur *Henri Laurier*

El taxi cruzó rápidamente la ciudad, salió al campo y enfiló una colina. Hilary trataba de ver por dónde iban, pero ya era noche cerrada. Excepto cuando pasaban ante un edificio iluminado, no veía nada. ¿Era aquí, quizá, donde su viaje se apartaría de lo normal para entrar en lo desconocido? ¿Sería *monsieur* Laurier un emisario de la organización que había persuadido a Thomas Betterton a dejar su trabajo, su casa y su esposa? Permaneció acurrucada en un rincón del asiento trasero del taxi, nerviosa y preguntándose adonde la llevaban.

Sin embargo, el taxista la condujo del modo más ejemplar al *Palais Djamai*. Al atravesar el arco de la puerta, se encontró muy complacida en un interior oriental. Allí había largos divanes, mesitas bajas y alfombras nativas. Desde el mostrador de recepción fue acompañada a través de varias habitaciones que comunicaban unas con otras hasta una terraza que entre naranjos y olorosas flores conducía a una escalera de caracol, y por ella a un acogedor dormitorio también de estilo oriental, aunque equipado con todo el confort moderno, tan necesario para los viajes del siglo XX.

El botones le informó que la cena se servía a las siete y media.

Deshizo el equipaje, se aseó, se peinó sus cabellos y después bajó la escalera. Atravesó el largo salón de fumar oriental, salió a la terraza y subió un tramo de escalera que comunicaba con el iluminado comedor.

La cena fue excelente y, mientras Hilary cenaba, entraron y salieron varias personas del restaurante. Estaba demasiado cansada para observarlas y clasificarlas, pero hubo un par que le llamaron su atención. Sobre todo un hombre mayor de rostro cetrino y perilla. Se fijó en él por la extrema deferencia que le dedicaba el servicio. Le retiraban los platos y volvían a servirle a la menor indicación. El

menor movimiento de una de sus cejas hacía acudir corriendo a un camarero. Se preguntó quién sería. La mayoría de comensales eran sin duda turistas en viaje de recreo. Había un alemán en la gran mesa del centro. Un hombre de mediana edad con una muchacha rubia muy bonita que tal vez fuesen suecos o posiblemente daneses. Una familia inglesa con dos pequeños, varios grupos de norteamericanos y tres familias francesas.

Después de cenar tomó el café en la terraza. Hacía fresco, pero no demasiado y disfrutó del aroma de las flores. Se acostó temprano.

A la mañana siguiente, sentada en la terraza bajo la sombrilla a rayas que la protegía del sol, Hilary pensaba en lo fantástico de todo aquello. Aquí estaba ella, pretendiendo ser una mujer fallecida, y esperando que ocurriera algo melodramático y fuera de lo corriente.

Al fin y al cabo, ¿no era más que probable que la pobre Olive Betterton hubiera marchado al extranjero sólo para distraer su mente y su corazón de tristes pensamientos y amarguras? La pobre mujer debía estar tan a oscuras como los demás.

Desde luego las palabras pronunciadas antes de morir tenían una explicación bien sencilla. Había pedido que previnieran a Thomas Betterton contra alguien llamado Boris. Su mente había divagado… aquella extraña canción… y luego había dicho que al principio no lo había creído. ¿No podía creer qué? Posiblemente que a Thomas Betterton se lo hubieran llevado de aquel modo. No había habido siniestras insinuaciones, ni pistas útiles.

Hilary contempló la terraza. Era muy bonita y apacible. Los niños corrían de un lado a otro de la terraza parloteando y sus mamás francesas les llamaban o los reprendían.

La joven rubia sueca se sentó a una de las mesas y dio un bostezo. Sacó un pintalabios rosa pálido y retocó su ya impecable pintura. Se miró en el espejo y frunció el entrecejo levemente.

Su acompañante, su marido, o quizá su padre, fue a reunirse con ella. La joven le saludó muy seria y luego le habló con expresión airada, a la que él contestó disculpándose.

El anciano de rostro cetrino y perilla subió a la terraza procedente del jardín. Tomó asiento en una mesa junto a la pared e inmediatamente un camarero se le acercó. Le dio una orden y el

camarero corrió a cumplirla. La rubia, muy excitada, cogió a su compañero del brazo y le hizo mirar al anciano.

Hilary pidió un Martini y, cuando se lo sirvieron, le preguntó al camarero en voz baja:

—¿Quién es ese anciano que ocupa la mesa junto a la pared?

—¡Ah! —el camarero se inclinó con ademán teatral—. Es *monsieur* Aristides. Es fabulosamente rico, sí, sí, riquísimo.

Suspiró extasiado ante la contemplación de tanta riqueza, y Hilary, mirando aquella figura decrépita y encorvada, se dijo que porque era rico todos los camareros corrían y hablaban con reverencia a aquel deshecho de la humanidad, seco y arrugado.

Aristides cambió de postura y por un momento sus miradas se encontraron. Él la contempló un instante y luego apartó la vista.

«Al fin y al cabo no es tan insignificante», pensó Hilary.

Aquellos ojos, a pesar de la distancia, resultaban extremadamente vivaces e inteligentes.

La joven rubia y su acompañante se dirigieron al comedor. El camarero, que ahora parecía considerarse el guía y mentor de Hilary, se detuvo en su mesa para recoger las copas y le dio nuevas informaciones.

—*Ce monsieur là* es un magnate sueco. Es muy rico e importante. Y la joven que lo acompaña es artista de cine, una nueva Garbo, según dicen. Muy elegante, muy bonita, pero siempre le hace escenas. Nada le satisface. Está, como dicen ustedes, «hasta las narices» de permanecer aquí en Fez, donde no hay joyerías, ni otras mujeres ricas que admiren y envidien sus *toilettes*. Le exige que mañana la lleve a un lugar más divertido. Ah, no siempre son los ricos quienes pueden gozar de la paz y tranquilidad de conciencia.

Tras pronunciar estas palabras con aire sentencioso, vio un dedo que le llamaba y echó a correr por la terraza.

—*¿Monsieur*?

La mayoría ya estaba en el comedor, pero Hilary había desayunado tarde y no tenía prisa por comer. Pidió otro Martini. Un apuesto joven francés salió del bar y, al pasar ante Hilary, le dirigió una rápida y discreta mirada que, bien interpretada, quería decir:

«¿Hay algo aquí que hacer?». Al bajar los escalones para dirigirse al jardín cantó un fragmento de una canción:

Le long des lauriers roses,
rêvant de douces choses.

Las palabras despertaron un recuerdo en la mente de Hilary. *Le long des lauriers-roses*. Laurier. ¿Laurier? Ése era el nombre del francés del tren. ¿Tendría alguna relación o era una coincidencia?

Abrió el bolso y sacó la tarjeta. «Henri Laurier, 3 Rue des Croissants, Casablanca». Le dio la vuelta y le pareció ver unas ligeras señales de lápiz en el dorso. Como si hubieran escrito algo y luego lo hubiesen borrado. Trató de descifrarlas. «Oú sont», comenzaba el mensaje, luego seguía algo que no comprendió y terminaba con las palabras «d'antan». Por un momento creyó que podía ser un mensaje, pero luego meneó la cabeza y volvió a guardar la tarjeta en el bolso. Debía tratarse de una anotación hecha en cualquier momento que luego borraron.

Una sombra cayó sobre ella y alzó la mirada sorprendida. La figura de Aristides se interponía entre ella y el sol, pero no la miraba a ella, sino más allá de los jardines, hacia las colinas que se recortaban en la distancia. Le oyó suspirar y luego se volvió bruscamente en dirección al comedor y, al hacerlo, la manga de su chaqueta golpeó la copa sobre su mesa que voló por los aires y se hizo pedazos contra el suelo de la terraza. Él se volvió con presteza.

—Ah, *mille pardons*, *madame*! —se disculpó amablemente.

Hilary le replicó en francés que no tenía la menor importancia.

El viejo movió un dedo y acudió el camarero a toda velocidad. Le ordenó que sirviera de nuevo a la señora y, después de disculparse una vez más, emprendió el camino del comedor.

El joven francés, todavía tarareando, volvió a subir a la terraza y se detuvo ostensiblemente al pasar ante la mesa de Hilary, pero al ver que ella no le hacía caso, se fue a comer encogiendo los hombros filosóficamente.

Una familia francesa cruzó la terraza llamando a sus niños.

—Mais viens, done, Bobo. ¿Qu'est-ce que tu fais? ¡Dépêche toi!

—Laisse ta baile, chérie, on va déjeuner.

Entraron en el restaurante, una familia alegre y muy feliz, e Hilary se sintió de pronto muy sola y asustada.

El camarero le trajo su Martini y ella le preguntó si *monsieur* Aristides estaba solo en el hotel.

—Oh, *madame*, un hombre tan rico como *monsieur* Aristides nunca viaja solo. Ha venido con su ayuda de cámara, dos secretarios y el chófer.

El camarero pareció escandalizado por la idea de que *monsieur* Aristides pudiera viajar sin compañía.

Sin embargo, Hilary observó, cuando al fin se decidió a entrar en el comedor, que el anciano estaba solo en la mesa, lo mismo que la noche anterior. En otra mesa cercana se hallaban dos jóvenes que ella tomó por sus secretarios, puesto que uno u otro no perdían de vista la mesa donde *Mr*. Aristides, arrugado como una pasa, comía sin acordarse de su existencia. ¡Evidentemente para él los secretarios no eran seres humanos!

La tarde transcurrió como en un sueño. Hilary paseó por los jardines, descendiendo de una terraza a otra. La paz y la belleza de aquel lugar eran asombrosas. El murmullo del agua, el dorado color de las naranjas, su aroma, las innumerables fragancias. Era el ambiente oriental de aislamiento lo que la satisfizo. «Como un jardín cerrado es mi hermana, mi esposa». Esto era lo que debía ser un jardín, un lugar apartado del mundo y lleno de verdor y tonos dorados. «Si pudiera quedarme aquí», pensó Hilary. «Si pudiera, me quedaría aquí para siempre».

No era el jardín del *Palais Djamai* lo que tenía en su pensamiento, sino el estado de ánimo que simbolizaba. Cuando ya no buscaba la paz, la había encontrado. Y la tranquilidad de espíritu le llegaba en el momento en el que se había comprometido con el peligro y la aventura.

Sin embargo, quizá no habría tales peligros ni aventuras. Quizá pudiera, quedarse allí sin que ocurriese nada. Y luego…

Luego, ¿qué?

Se alzó una ligera y fresca brisa. Hilary se estremeció involuntariamente. Uno se refugia en el jardín de la vida tranquila, pero al fin te traicionan desde dentro. Y ella llevaba en su interior el torbellino del mundo, la dureza de la vida, las penas y las desilusiones.

Declinaba la tarde y el sol había perdido su fuerza.

Hilary subió las terrazas y entró en el hotel.

En la penumbra del Salón Oriental vio moverse algo alegre e inquieto, y cuando sus ojos se acomodaron al cambio de luz,

descubrió a *Mrs*. Calvin Baker con los cabellos más azules que nunca y un aspecto tan impecable como siempre.

—Acabo de llegar en avión —le explicó—. ¡No puedo soportar esos trenes que tardan tanto! ¡Y la gente que viaja en ellos es tan poco higiénica! En estos países no tienen la menor idea de lo que es la higiene. Querida, tendría que ver la carne que venden en los zocos, toda cubierta de moscas. Creen que es natural que las moscas se paseen por todas partes.

—Y supongo que lo es —dijo Hilary.

Mrs. Calvin Baker no iba a dejar pasar un comentario tan hereje.

—Soy una defensora del movimiento por una Alimentación Higiénica. En mi país todos los alimentos perecederos están envueltos en celofán, pero incluso en Londres el pan y los pasteles están sin envolver. Ahora, cuénteme, ¿qué es lo que ha estado haciendo? ¿Supongo que hoy habrá recorrido la ciudad antigua?

—Me temo que no he hecho nada —confesó Hilary con una sonrisa—. Me he limitado a tomar el sol.

—Ah, claro. Olvidaba que acaba de salir del hospital. —Era evidente que sólo una reciente enfermedad era aceptada por *Mrs*. Calvin Baker como pretexto para no visitar lugares—. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Vaya, es muy cierto que después de una conmoción lo mejor es descansar en una habitación a oscuras la mayor parte del día. Ya haremos algunas excursiones juntas. Soy de esas personas que gustan de tener todo el día ocupado, todo planeado y dispuesto de antemano, hasta el mínimo detalle.

En su presente estado de ánimo, a Hilary aquello le pareció un anticipo del infierno, pero felicitó a *Mrs*. Calvin Baker por su energía.

—Yo diría que, para mi edad, sé desenvolverme bastante bien. Casi nunca me canso. ¿Se acuerda de *miss* Hetherington, de Casablanca? Aquella inglesa de cara larga. Llega esta noche. Prefiere el tren al avión. ¿Quién se hospeda en el hotel? Supongo que la mayoría serán franceses y parejas de recién casados. Ahora voy a ver mi habitación. No me agradó la que me dieron y han prometido cambiármela.

Mrs. Baker se alejó como un diminuto torbellino.

Cuando Hilary entró en el comedor aquella noche, lo primero que vio fue a *miss* Hetherington sentada a una mesita contra la

pared cenando mientras leía un libro.

Después de cenar, las tres mujeres tomaron café juntas y *miss* Hetherington mostró una agradable excitación por el magnate sueco y la estrella de cine.

—Tengo entendido que no están casados —comentó disimulando su placer con un gesto de desaprobación—. Es algo frecuente en el extranjero. Aquella familia francesa parece muy formal, y los niños quieren mucho a su papá. Claro que a los niños franceses les permiten estar levantados hasta muy tarde. Muchas veces no se acuestan hasta después de las diez, y toman lo que les apetece de la carta, en vez de leche y bizcochos como corresponde.

—Pues parecen muy sanos —dijo Hilary maquinalmente riendo.

—Ya lo pagarán después —replicó *miss* Hetherington con desaprobación—. Sus padres incluso les permiten beber vino.

Su horror no podía llegar más lejos.

Mrs. Calvin Baker comenzó a hacer planes para el día siguiente.

—No creo que vaya a ver la ciudad antigua. Ya la recorrí concienzudamente la última vez. Es muy interesante y parece un laberinto. Es un mundo aparte. De no haber sido por el guía, dudo de que hubiera sabido regresar al hotel. Allí se pierde el sentido de la orientación. Pero el guía era un hombre muy agradable y me contó un sinfín de cosas interesantes. Tiene un hermano en Estados Unidos, en Chicago creo que dijo. Luego, cuando terminamos de ver la ciudad, me llevó a una fonda o salón de té, en lo alto de las colinas que dominan la ciudad antigua, una vista maravillosa. Por supuesto, tuve que beber ese terrible té con menta, que de verdad resulta bastante desagradable, y querían que comprara varias cosas, algunas bastante bonitas, pero otras eran una quincalla. Hay que mostrarse muy firme, ¿sabe?

—Sí, desde luego —dijo *Mrs*. Hetherington, agregando con tristeza—: Y, por supuesto, no se puede malgastar el dinero en recuerdos. Las restricciones monetarias son una lata.

Capítulo VII

1

Hilary esperaba evitar tener que ir a la ciudad vieja de Fez en la deprimente compañía de *miss* Hetherington. Afortunadamente, esta última fue invitada por *Mrs*. Baker a hacer una excursión en coche.

Como *Mrs*. Baker corría con el gasto, *miss* Hetherington aceptó encantada, ya que el dinero que traía iba disminuyendo de un modo alarmante. Hilary, tras informarse en el hotel, salió acompañada de un guía dispuesta a visitar la ciudad de Fez.

Salieron a la terraza y desde allí fueron bajando a otras inferiores hasta llegar a una enorme puerta en el muro, abajo de todo. El guía sacó una llave de tamaño gigantesco, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Hilary.

Era como entrar en otro mundo. A su alrededor se alzaban las murallas de la antigua Fez. Calles estrechas e intrincadas, altos muros y, de cuando en cuando, por alguna puerta podía verse un interior o un patio, y a su alrededor pasaban asnos cargados, hombres con bultos, mujeres cubiertas con velos, o descubiertas, en fin, toda la bulliciosa vida secreta de aquella ciudad mora. Vagando por las callejuelas olvidó todo lo demás: su misión, la tragedia de su vida pasada, e incluso se olvidó de sí misma. Era todo ojos y oídos, viviendo y paseando por aquel mundo de ensueño. La única molestia era el guía, que no cesaba de charlar y la apremiaba para que entrase en varios establecimientos que no le inspiraban la menor curiosidad.

—Ya verá, señora. Este hombre tiene cosas muy bonitas, baratas, antiguas y auténticamente moras. Tiene vestidos y sedas. ¿Le gustan los collares de cuentas?

El eterno comercio del Este vendiendo al Oeste continuaba, pero apenas perturbó su encanto. Muy pronto perdió el sentido de la orientación. Dentro de aquella ciudad amurallada apenas tenía idea de si se dirigía al norte o al sur, o de si volvía a pasar por las mismas calles por las que acababan de pasar. Estaba casi exhausta cuando el guía le hizo la última sugerencia, que evidentemente formaba parte de la costumbre.

—Ahora voy a llevarla a una casa muy bonita. Fantástica. Son amigos míos. Podrá tomar té con menta y le enseñarán cosas preciosas.

Hilary reconoció la jugada descrita por *Mrs*. Calvin Baker. No obstante, estaba dispuesta a ver todo lo que le propusieran. Se prometió que volvería sola a la ciudad vieja para deambular sin aquel guía charlatán pisándole los talones. De modo que se dejó llevar a través de una puerta y siguió por un sendero sinuoso que ascendía hasta más arriba de los muros de la ciudad. Al fin llegaron a un jardín que rodeaba a una atractiva casa de estilo nativo.

En un salón de la casa desde el que se dominaba toda la ciudad la hicieron sentar ante una mesita. A su debido tiempo, les sirvieron los vasos de té con menta. A Hilary, que no le gustaba el té con azúcar, le costó un gran esfuerzo beberlo; pero imaginando que se trataba de una nueva clase de limonada, casi disfrutó tomándolo.

También le agradó que le mostraran alfombras, abalorios, telas bordadas y otras muchas cosas. Hizo un par de adquisiciones de poca importancia, más para corresponder a las atenciones de los vendedores que por ninguna otra cosa.

—Ahora, tengo un coche preparado —le dijo el infatigable guía —, y la llevaré a dar un paseo de una hora más o menos para que vea el hermoso paisaje, y luego regresaremos al hotel. —Y agregó, asumiendo una expresión muy discreta—: Esta joven la acompañará primero al bonito tocador.

La muchacha que había servido el té la contemplaba sonriente.

—Sí, sí, *madame* —dijo en inglés—. Venga conmigo. Tenemos un tocador muy bonito. Idéntico al del Hotel Ritz. Como los de Nueva York o Chicago. ¡Ya verá!

Sonriendo, Hilary siguió a la muchacha. El tocador apenas hacía honor a la propaganda, pero por lo menos tenía agua corriente. Había un lavabo y un espejo rajado que reflejó un rostro tan

desfigurado que Hilary se asustó al verse. Se lavó las manos y se las secó, cosa que hizo con su propio pañuelo, porque no se fiaba de la toalla, y se volvió dispuesta a salir.

Sin embargo, la puerta del tocador parecía haberse atascado.

Continuó forcejeando, pero no se movió. Hilary se preguntó si la habrían cerrado desde fuera, y se puso furiosa. ¿A qué venía que la encerraran allí?

Entonces observó que había otra puerta al fondo. Se acercó, trató de abrirla y lo consiguió sin dificultad. Se encontró con una pequeña sala de aspecto oriental sólo iluminada por la luz que penetraba por unas aberturas muy cerca del techo. Sentado en un diván y fumando estaba el francés que conociera en el tren: *monsieur* Henri Laurier.

2

No se levantó para saludarla, sino que se limitó a decir con voz algo distinta:

—Buenas tardes, *Mrs*. Betterton.

Por unos instantes Hilary quedó paralizada por el asombro. De modo que era esto. Se rehízo.

«Esto es lo que esperabas. Actúa como imaginas que ella lo haría». Se adelantó con vehemencia:

—¿Tiene alguna noticia para mí? ¿Puede ayudarme?

El francés asintió y luego manifestó en tono de reproche:

—En el tren la encontré algo obtusa, *madame*. Tal vez es que está demasiado acostumbrada a hablar del tiempo.

—¿Del tiempo? —Hilary lo miraba desorientada. ¿Qué es lo que había dicho del tiempo? ¿Qué hacía frío? ¿Que la niebla era muy espesa? ¿La nieve? ¡«Nieve»! Esa era la palabra que Olive Betterton le susurró antes de morir. Y luego tarareó una tonadilla. ¿Cómo era?

¡Snow, snow, beautiful snow!
You slip on a lump, and over you go![3]

Hilary la repitió ahora con voz quebrada.

—¡Exacto! —exclamó Laurier—. ¿Por qué entonces no respondió inmediatamente como le ordenaron?

—¿No lo comprende? He estado enferma. Sufrí un accidente de aviación y luego estuve en el hospital con conmoción cerebral. Me ha afectado la memoria. Las cosas ocurridas hace mucho tiempo las recuerdo bastante bien, pero tengo algunas lagunas terribles. —Se llevó las manos a la cabeza y no le costó hacer que su voz temblara realmente—. No puede imaginar lo que asusta eso. Me da la sensación de que he olvidado cosas importantes, realmente importantes y, cuanto más me esfuerzo por recordarlas, menos me acuerdo.

—Sí —replicó Laurier—, el accidente del avión fue un contratiempo. —Habló en tono frío y práctico—. Será cuestión de ver si tendrá el valor y la energía suficiente para continuar su viaje.

—Por supuesto que continuaré el viaje —exclamó Hilary—. Mi marido… —su voz se quebró.

El francés sonrió, pero su sonrisa gatuna no era agradable.

—Tengo entendido que su marido la aguarda con impaciencia.

—No tiene usted idea —continuó la joven con la voz rota— de lo que han sido estos meses sin él.

—¿Cree que las autoridades británicas han llegado a una conclusión definitiva de lo que usted sabía o no sabía?

Hilary extendió las manos en actitud indefensa.

—¿Cómo voy a saberlo y cómo puedo asegurarlo? Parecieron satisfechos.

—De todas maneras… —El hombre se detuvo.

—Creo posible que me hayan seguido hasta aquí —señaló Hilary —. No puedo señalar a nadie en particular, pero desde que salí de Inglaterra siento la firme sensación de que me siguen.

—Naturalmente —replicó Laurier con frialdad—. No esperábamos menos.

—Pensé que debía advertirle.

—Mi querida *Mrs*. Betterton, no somos niños y sabemos lo que hacemos.

—Lo siento —dijo Hilary con humildad—. Supongo que soy muy ignorante.

—Eso no importa mientras sea obediente.

—Lo seré —afirmó la joven en voz baja.

—No tengo la menor duda de que ha sido estrechamente vigilada en Inglaterra desde la marcha de su marido. Sin embargo, recibió usted el mensaje, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora —continuó Laurier con el mismo tono práctico—, le daré sus instrucciones, *madame*.

La joven prestó atención.

—De aquí saldrá para Marrakech pasado mañana, según tenía planeado y de acuerdo con las reservas hechas.

—Sí.

—Al día siguiente de su llegada, recibirá un telegrama desde Inglaterra. Ignoro lo que dirá, pero será suficiente para que usted empiece inmediatamente a hacer los preparativos para regresar a Inglaterra.

—¿Tengo que regresar a Inglaterra?

—Por favor, escuche. No he terminado. Reservará un billete para el avión que sale de Casablanca al día siguiente.

—Suponga que no consigo billete, que todos los asientos están ocupados.

—No lo estarán. Todo está arreglado. Ahora, ¿ha comprendido las instrucciones?

—Sí.

—Entonces haga el favor de regresar junto a su guía, que la está esperando. Ya lleva demasiado rato en el tocador. A propósito, ¿ha trabado usted amistad con una americana y una inglesa en el *Palais Djamai?*

—Sí. ¿Ha sido un error? Fue muy difícil de evitar.

—En absoluto. Eso facilita nuestros planes. Si pudiera convencer a una de ellas para que la acompañara a Marrakech sería mucho mejor. Adiós, *madame*.

—*Au revoir, monsieur*.

—No es probable que volvamos a vernos —le dijo Laurier con una completa falta de interés.

Hilary regresó al tocador. Esta vez encontró la puerta abierta.

Pocos minutos después se reunía con el guía en el salón de té.

—Tengo esperando un coche muy bonito —manifestó el guía. Ahora la llevaré a dar un paseo muy agradable e instructivo.

La excursión continuó de acuerdo con el plan.

3

—De modo que se marcha mañana a Marrakech —dijo *miss* Hetherington—. No ha estado mucho tiempo en Fez, ¿verdad? ¿No le hubiera sido mucho más fácil ir primero a Marrakech, luego a Fez y después volver a Casablanca?

—Supongo que sí —contestó Hilary—, pero es difícil hacer las reservas. Aquí hay mucha gente.

—No ingleses —contestó *miss* Hetherington, bastante desconsolada—. Hoy en día resulta penoso no encontrar a algún compatriota. —Miró a su alrededor con desprecio—. Todos son franceses.

Hilary sonrió ligeramente. Para *miss* Hetherington parecía no tener importancia el hecho de que Marruecos fuese una colonia francesa. Consideraba que los hoteles en cualquier país extranjero eran una prerrogativa de los turistas ingleses.

—Franceses, alemanes y griegos —intervino *Mrs*. Calvin Baker con una risita—. Aquel hombre creo que es griego.

—Eso me han dicho —replicó Hilary.

—Parece una persona importante —afirmó *Mrs*. Baker—. Fíjese con qué rapidez le atienden los camareros.

—Y en cambio a los ingleses apenas les prestan atención hoy en día —señaló *miss* Hetherington en un tono lúgubre—. Siempre les dan las peores habitaciones, las que ocupaban antiguamente las doncellas y ayudas de cámara.

—Bueno, yo no puedo decir que haya encontrado ninguna deficiencia en los hoteles desde que he llegado a Marruecos —dijo *Mrs*. Baker—. Siempre me las he arreglado para conseguir una habitación confortable con cuarto de baño.

—Usted es norteamericana —replicó *miss* Hetherington con algo de encono. Entrechocó con violencia las agujas de su labor de punto.

—Me gustaría poder convencerlas para que vinieran a Marrakech conmigo —les dijo la joven—. Ha sido tan agradable

conocerlas y poder charlar con ustedes. La verdad, resulta aburrido viajar sola.

—Yo ya he estado en Marrakech —dijo *miss* Hetherington.

En cambio, *Mrs*. Calvin Baker pareció entusiasmada con la idea.

—Desde luego es una buena idea. Ya ha pasado casi un mes desde que estuve allí, y me gustaría volver; podría acompañarla a todas partes e impedir que la engañen, *Mrs*. Betterton. Hasta que se ha estado en un sitio no se conocen los trucos. Voy a ir ahora mismo a la agencia a ver si puedo arreglarlo.

—Es igual que todas las norteamericanas —comentó *miss* Hetherington con acritud, en cuanto se hubo marchado *Mrs*. Baker —, van de una parte a otra sin quedarse en ninguna. Un día en Egipto, otro en Palestina. Algunas veces creo que no saben siquiera en qué país están.

Apretó los labios, recogió su labor cuidadosamente y abandonó el Salón Turco, dedicando a Hilary una inclinación de cabeza. La joven miró su reloj. Esta noche no tenía ganas de cambiarse de ropa para la cena. Permaneció sola y casi a oscuras en el salón de cortinas orientales. Un camarero asomó la cabeza y se marchó después de encender dos lámparas. No daban mucha luz y la penumbra resultaba agradable. Había un ambiente de calma oriental Hilary se recostó en el diván pensando en el futuro.

Ayer mismo se había preguntado si todo aquel asunto en que se había metido no sería una fantasía absurda. Y ahora… ahora se disponía a emprender el verdadero viaje. Debía tener cuidado, mucho cuidado. No podía cometer el menor error. Debía ser Olive Betterton, moderadamente bien educada, sin aficiones artísticas, convencional, pero con claras simpatías izquierdistas y muy enamorada de su marido. «No debo cometer el menor error», se dijo. ¡Qué extraño le parecía encontrarse aquí sentada, sola, en Marruecos! Le daba la impresión de haber entrado en un mundo misterioso y encantador. ¡Aquella lámpara que ardía junto a ella! ¿Si la tomaba entre sus manos y la frotaba, aparecería el genio de la lámpara? No había acabado de pensarlo cuando dio un respingo. Más allá de la lámpara había aparecido el rostro menudo, arrugado y la perilla de *Mr*. Aristides, que la saludó cortésmente antes de sentarse a su lado.

—¿Me permite, *madame*?

Hilary correspondió al saludo con amabilidad.

Mr. Aristides sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó de buen grado, y él encendió otro.

—¿Le gusta este país, *madame*? —preguntó.

—Llevo aquí muy poco tiempo, pero hasta ahora me parece encantador.

—¡Ah! ¿Ha estado usted en la ciudad antigua? ¿Le ha gustado?

—Es maravillosa.

—Sí, lo es. Allí está el pasado, un pasado de comercios, intrigas, susurros, actividades secretas, todo el misterio y la pasión de una ciudad encerrada entre sus muros y callejuelas. ¿Sabe lo que pienso cuando paseo por las calles de Fez?

—No.

—Pienso en la Great West Road de Londres, en las grandes fábricas a ambos lados de la carretera. Pienso en esos grandes edificios iluminados con luces fluorescentes y en la gente que está dentro y que se ven con tanta claridad al pasar en automóvil por la carretera. No hay nada escondido, nada misterioso. Ni siquiera hay cortinas en las ventanas. No, realizan su trabajo ante los ojos de todo el que quiera observarlos. Es como ver con detenimiento el interior de un hormiguero.

—¿Quiere decir que es el contraste lo que interesa?

Mr. Aristides asintió con su cabeza de tortuga.

—Sí. Allí todo está a la vista. En cambio, en las viejas calles de Fez todo está escondido, oscuro. No hay nada *á jour*. Pero… —se inclinó y golpeó con un dedo la mesita de cobre— pero ocurren las mismas cosas, las mismas crueldades, las mismas opresiones y las mismas ansias de poder, los mismos regateos y discusiones.

—¿Usted cree que la naturaleza humana es la misma en todas partes?

—En todos los países. En el pasado, lo mismo que en el presente, hay siempre dos cosas que gobiernan: la crueldad y la benevolencia. Una u otra. A veces ambas —continuó con el mismo tono—. Me han dicho que el otro día sufrió usted un terrible accidente en Casablanca.

—Sí, es cierto.

—La envidio —dijo *Mr*. Aristides inesperadamente.

Hilary le miró asombrada, y él volvió a asentir vigorosamente.

—Sí. Merece que la envidien. Ha vivido una gran experiencia. Me gustaría haber estado tan cerca de la muerte. Ya que ha tenido la suerte de sobrevivir, ¿no se siente distinta desde entonces, *madame*?

—Sí, pero resulta algo desagradable —dijo Hilary—. Sufrí una fuerte conmoción, tengo muchos dolores de cabeza y también me ha afectado la memoria.

—Eso son meros inconvenientes —replicó Aristides con un gesto —, pero ha pasado por una gran aventura del espíritu, ¿no es cierto?

—Es cierto que ha sido una gran aventura —respondió Hilary lentamente, pensando en una botella de agua de Vichy y un montoncito de pastillas para dormir.

—Yo nunca he pasado por esa experiencia —afirmó *Mr*. Aristides con disgusto—. Por muchas otras sí, pero esa no.

Se levantó, se inclinó ligeramente, dijo: «*Mes hommages, madame*», y se marchó.

Capítulo VIII

«¡Qué parecidos son todos los aeropuertos!», pensaba Hilary.

Poseían un extraño anonimato. Todos se encontraban a cierta distancia de la ciudad que servían y, en consecuencia, el pasajero tenía la sensación de estar en ninguna parte. ¡Se podía volar desde Londres a Madrid, Roma, Estambul, El Cairo y a tantas otras ciudades y, si el viaje se realizaba siempre por aire, no se tenía la menor idea de cómo eran esas ciudades! Vistas desde el aire, sólo eran un mapa a gran escala, algo edificado con un juego de construcciones infantil.

«¿Y por qué hay que llegar siempre a los aeropuertos con tanta antelación?», pensó irritada, mirando a su alrededor.

Había pasado casi media hora en la sala de espera. *Mrs*. Calvin Baker, que se había decidido a acompañar a la joven a Marrakech, había estado hablando sin parar desde que llegaron. Hilary le había contestado casi mecánicamente, pero ahora se dio cuenta de que *Mrs*. Baker dedicaba su atención a otros dos viajeros sentados cerca de ella. Un estadounidense con una sonrisa franca, y el otro, un danés o noruego de aspecto serio. Este último hablaba pesadamente en un inglés pedante y cuidado. El estadounidense estaba encantado de haber encontrado a una compatriota. *Mrs*. Baker se volvió hacia Hilary.

—¿*Mr*…? Quiero presentarle a mi amiga, *Mrs*. Betterton.

—Andrew Peters. Andy para los amigos.

El otro joven se puso en pie.

—Torquil Ericsson.

—Ahora ya nos conocemos todos —dijo *Mrs*. Baker alegremente —. ¿Van también a Marrakech? Es la primera visita de mi amiga.

—Yo también voy por primera vez —comentó Ericsson.

—Y yo también —aseguró Peters.

Se activó el altavoz y una voz ronca hizo un anuncio en francés.

Apenas se podían entender las palabras, pero, al parecer, les avisaba de su vuelo.

Había dos pasajeros más aparte de ellos cuatro: un francés alto y delgado y una monja de rostro severo.

Hacía un día claro y soleado; las condiciones de vuelo eran excelentes. Hilary, reclinada en el asiento, con los párpados entornados, se dedicó a estudiar a sus compañeros de viaje, buscando olvidar de esa manera las angustiosas preguntas que acudían a su mente.

Un asiento delante del suyo y al otro lado del pasillo, *Mrs*. Calvin Baker, con su traje gris, parecía una gallina rolliza y satisfecha. Posado en sus cabellos azules, llevaba un sombrerito con alas y se entretenía pasando las páginas de una revista. De vez en cuando daba unos golpecitos en el hombro del joven sentado ante ella, que no era otro que Peters, el simpático norteamericano. Entonces él se volvía con su agradable sonrisa para responder a sus observaciones.

«Qué francos y abiertos son los norteamericanos», pensó Hilary, «y qué distintos de los ingleses». No podía imaginar a la tiesa *miss* Hetherington charlando con un joven en un avión, aunque fuera de su misma nacionalidad, y dudaba de que el inglés le hubiese contestado de tan buen grado como aquel joven.

Al otro lado del pasillo y a su misma altura estaba el noruego Ericsson.

Al tropezar con su mirada, le hizo una inclinación de cabeza y le ofreció una revista que acababa de leer. Ella le dio las gracias. Detrás de él iba el francés delgado y moreno, que al parecer dormía.

Hilary volvió la cabeza para mirar quién ocupaba el asiento posterior al suyo. Se trataba de la monja de rostro severo que le devolvió la mirada sin la menor expresión. Permanecía muy quieta y con las manos juntas. Resultaba curioso ver a una mujer con un tradicional atuendo medieval viajando en un avión en pleno siglo XX.

Seis personas que, durante unas horas, volarían juntas dirigiéndose a distintos puntos con diversos propósitos, para luego separarse y no volverse a encontrar nunca más. Había leído una

novela con un tema similar, y en la que se seguían cada una de las seis vidas. El francés debía estar de vacaciones. Parecía muy cansado. El joven norteamericano tal vez fuese un estudiante, y Ericsson iría a tomar posesión de un empleo. La monja era evidente que iba a su convento.

Hilary cerró los ojos, olvidándose de sus compañeros de viaje y, como la noche anterior, volvieron a intrigarle las órdenes recibidas. ¡Debía regresar a Inglaterra! ¡Era una locura! Tal vez no confiaran en ella por alguna razón, quizá por haber dejado de pronunciar ciertas palabras, o carecer de las credenciales que la verdadera Olive Betterton habría presentado. Suspiró intranquila. «Bueno», se dijo. «No puedo hacer más de lo que hago. Si fracaso, habré fracasado. De todas maneras, lo hago lo mejor que sé».

Entonces le asaltó otro pensamiento. Henri Laurier había aceptado como natural e inevitable que la vigilaran estrechamente en Marruecos. ¿Sería éste un medio de disipar las sospechas? Con el brusco retorno de *Mrs*. Betterton a Inglaterra darían por hecho que no había ido a Marruecos para «desaparecer», como su marido.

Dejarían de sospechar y entonces la considerarían una viajera de *bona fide*. Volvería a salir de Inglaterra con Air France, y quizás en París… «Sí, claro, en París. En París había desaparecido Tom Betterton. Allí sería mucho más sencillo. Tal vez Betterton no había salido de París. Tal vez…».

Cansada de especulaciones tan poco provechosas, Hilary se quedó dormida. Se despertó, volvió a cabecear, hojeó una revista. Luego, al despertarse de una cabezada, observó que el avión iba perdiendo altura mientras volaba en círculos. Miró su reloj, pero aún faltaba rato para la hora de llegada. Además, desde la ventanilla no vio la menor señal de un aeropuerto.

Por un momento se sintió alarmada. El francés delgado y moreno se puso en pie, bostezó, estiró los brazos y, mirando al exterior, dijo algo que ella no comprendió.

—Parece que vamos a aterrizar aquí —comentó Ericsson, inclinándose hacia ella—. Pero ¿por qué?

—Sí, parece que aterrizamos —dijo Hilary al mismo tiempo que *Mrs*. Baker asentía enérgicamente.

El avión siguió trazando círculos cada vez a menor altura. El campo que se extendía debajo parecía prácticamente desierto, sin

señales de casas o pueblos. Las ruedas tocaron tierra con brusquedad y el avión siguió corriendo hasta que al fin se detuvo. Había sido un aterrizaje un poco brusco en medio de la nada. ¿Habrían sufrido alguna avería en el motor, o les faltaba combustible? El piloto, un apuesto joven muy moreno por el sol, salió de la cabina y echó a andar por el pasillo del avión.

—Hagan el favor de apearse todos.

Abriendo la puerta posterior, bajó la escalerilla y se quedó allí hasta que todos salieron. Se agruparon temblando ligeramente. Hacía frío y el viento procedente de las montañas era cortante. Hilary observó que las montañas estaban cubiertas de nieve y eran muy hermosas. El aire limpio y puro resultaba tonificante. El piloto bajó del aparato y les dirigió la palabra en francés.

—¿Están todos? ¿Sí? Hagan al favor de tener paciencia. Tal vez tengan que esperar un poco. ¡Ah, no, veo que ahí llega!

Señaló un punto en el horizonte que iba acercándose gradualmente.

—Pero —preguntó Hilary, con voz perpleja—, ¿por qué hemos aterrizado aquí? ¿Qué ocurre? ¿Cuánto tiempo esperaremos?

—Me parece —dijo el viajero francés— que aquello que viene es una furgoneta. Podremos pedir que nos lleven.

—¿Es un fallo mecánico? —inquirió la joven.

—Yo no diría eso —contestó Andy Peters, alegremente—. A mí los motores me sonaban bien. Sin embargo, no dudo de que arreglarían algo así.

Ella la miró extrañada.

—Cielos, aquí te hielas —murmuró *Mrs*. Baker—. Esto es lo peor de este clima. Parece muy caluroso, pero refresca en cuanto se pone el sol.

—*Toujours des retards insupportables* —murmuró el piloto entre dientes.

La furgoneta se acercó a una velocidad suicida. El chófer beréber la frenó con violencia. Se apeó de un salto y se enfrascó en una acalorada discusión con el piloto. Hilary se sorprendió de que *Mrs*. Baker interviniera en la disputa y lo hiciera en francés.

—No pierdan el tiempo —les dijo—. ¿De qué sirve discutir? Tenemos que salir de aquí.

El chófer se encogió de hombros, volvió a la furgoneta y abrió la

puerta trasera. En su interior había una enorme caja. Con la ayuda del piloto, Ericsson y Peters la bajaron al suelo. Por el esfuerzo que les costó parecía pesar mucho. *Mrs*. Baker se apoyó en el brazo de Hilary y le dijo cuando el hombre alzaba la tapa de la caja:

—Yo de usted no miraría, querida. Nunca es agradable.

Se llevó a la joven al otro lado del vehículo. El francés y Peters fueron con ellas.

—¿Qué es todo esto —preguntó el francés en su lengua—, esa maniobra que realizan ahora?

—¿Es usted el doctor Barron? —le preguntó *Mrs*. Baker.

El francés asintió.

—Encantada de conocerle —dijo *Mrs*. Baker. Le ofreció la mano como una anfitriona que recibe a un invitado a su fiesta.

—No lo entiendo. ¿Qué hay en esa caja? ¿Por qué es mejor no mirar? —preguntó Hilary intrigada.

Andy Peters la contempló apreciativamente. Hilary pensó que tenía un rostro muy agradable y franco que inspiraba confianza.

—Yo lo sé. Me lo ha dicho el piloto. Tal vez no sea muy bonito, pero supongo que es necesario. —Y agregó discretamente—: Contiene cadáveres.

—¡Cadáveres! —Le miró asustada.

—¡Oh, no es que hayan muerto asesinados! Nada de eso. —Sonrió para tranquilizarla—. Han sido obtenidos de forma perfectamente legítima para investigación médica.

—No lo comprendo.

—¡Ah! Comprenda, *Mrs*. Betterton, aquí es donde termina el viaje. Quiero decir su viaje.

—¿Termina?

—Sí. Colocarán los cadáveres en el avión, luego el piloto arreglará las cosas y, mientras tanto nos vamos de aquí, veremos desde la distancias cómo se elevan las llamas. Otro avión que se estrella incendiándose, y ¡no hay supervivientes!

—¿Por qué? ¡Es increíble!

—Seguramente —le dijo el doctor Barron—, usted ya sabe adónde nos dirigimos.

—¡Claro que lo sabe! —aseguró *Mrs*. Baker alegremente mientras se acercaba—. Pero quizá no esperaba que sucediera tan pronto.

Hilary permaneció callada durante unos segundos.

—¿Se refieren a todos nosotros? —dijo Hilary mirando alrededor.

—Somos compañeros de viaje —afirmó Peters gentilmente.

—¡Sí, compañeros de viaje! —repitió el joven noruego con entusiasmo casi fanático.

Capítulo IX

1

El piloto se acercó a ellos.

—Deben marcharse ahora, por favor. Cuanto antes mejor. Hay mucho que hacer y vamos muy retrasados.

Hilary retrocedió por un instante. En un gesto nervioso, se llevó la mano a la garganta. El collar de perlas que llevaba se rompió bajo la presión de sus dedos. Recogió las perlas sueltas y se las guardó en su bolsillo.

Subieron todos a la furgoneta. Hilary se sentó apretujada en el largo banco entre Peters y *Mrs*. Baker.

—¿De modo que usted es lo que llamaríamos el enlace, *Mrs*. Baker? —le preguntó la joven.

—Exacto. Y aunque no está bien que yo lo diga, soy la persona más adecuada. A nadie le extraña encontrar a una norteamericana que viaja continuamente de un lado a otro.

Seguía siendo la mujer regordeta y sonriente, pero Hilary creyó ver en ella una diferencia. Su ligera fatuidad y su convencionalismo superficial habían desaparecido. Ahora era una mujer eficiente y probablemente despiadada.

—Causará sensación en los titulares de los periódicos —comentó *Mrs*. Baker riendo divertida—. Me refiero a usted, querida. Dirán que la persiguió la mala suerte. Primero casi pierde la vida en el accidente de Casablanca y luego se mata en otra catástrofe.

Hilary comprendió de pronto lo inteligente del plan.

—¿Y estos otros? ¿Son lo que dicen que son?

—Sí. El doctor Barron es bacteriólogo. Ericsson es un físico eminente. Peters, químico investigador. Fráulein Needheim, por

supuesto, no es ninguna monja, sino endocrinóloga. Yo sólo soy el oficial de enlace. No pertenezco al grupo científico. —Volvió a reír —: La Hetherington ni siquiera lo sospechó.

—¿*Miss* Hetherington era… era…?

Mrs. Baker asintió.

—Si quiere saber mi opinión, creo que la seguía a usted. En Casablanca relevó a su anterior perseguidor.

—Pero no vino con nosotros, aunque se lo propuse.

—No hubiera correspondido a su papel. Hubiese resultado demasiado obvio volver a Marrakech habiendo estado allí antes. No, seguramente envió un telegrama o llamó por teléfono para que haya alguien esperándola en Marrakech cuando llegue. ¡Cuando llegue usted! Qué risa, ¿no le parece? ¡Mire! ¡Mire allí ahora! Ya está.

Habían estado avanzando a toda velocidad por el desierto y cuando la joven se inclinó para mirar a través de la estrecha ventanilla, vio un gran resplandor seguido de una explosión. Peters soltó una carcajada.

—¡Seis personas mueren al estrellarse un avión cuando se dirigían a Marrakech!

—Asusta bastante —murmuró Hilary.

—¿El caminar hacia lo desconocido? —preguntó Peters con un tono muy grave—. Sí, pero es el único medio. Dejamos el pasado para entrar en el futuro. —Su rostro se iluminó con súbito entusiasmo—. Debemos abandonar todo lo malo y lo viejo. Los gobernantes corruptos y los belicistas. Vamos a un mundo nuevo: el mundo de la ciencia, lejos de la escoria y la desidia.

Hilary exhaló un profundo suspiro.

—Ésas son las cosas que solía decir mi marido —declaró Hilary con toda intención.

—¿Su marido? —Él la miró fugazmente—. ¿Acaso es Tom Betterton?

La joven asintió.

—Bueno, esto es fantástico. Nunca llegué a conocerlo en Estados Unidos, a pesar de que estuve a punto de tropezar con él más de una vez. La fisión ZE es uno de los más brillantes descubrimientos de esta era. Sí, desde luego, me descubro ante él. ¿Trabajó con el viejo Mannheim, verdad?

—Sí.

—Me dijeron que se había casado con la hija de Mannheim, pero sin duda usted no es…

—Yo soy su segunda esposa —replicó la joven, enrojeciendo un tanto—. Elsa falleció en Estados Unidos.

—Ya recuerdo. Luego él se fue a trabajar al Reino Unido y luego desapareció. —Se echó a reír—. Se marchó de no sé qué congreso en París hacia lo desconocido. —Y agregó como si hubiera sacado una conclusión—: Cielos, no puede decirse que no lo organizaron bien.

Hilary estaba de acuerdo con él. Las excelencias de aquella organización empezaban a atemorizarla. Todos los planes, contraseñas y réplicas que habían preparado ahora serían inútiles, porque no habría ningún rastro.

Habían arreglado las cosas de modo que todos los ocupantes del avión siniestrado fueran compañeros de viaje hacia el mismo destino desconocido donde les aguardaba Thomas Betterton. No dejaban rastro alguno. Nada, sólo un avión incendiado. ¿Era posible que Jessop y su organización adivinaran que ella, Hilary, no era uno de esos cadáveres carbonizados? Lo dudaba. El accidente había sido tan convincente, tan bien planeado.

Peters volvió a hablar con un entusiasmo infantil. Para él no existían escrúpulos, ni nostalgia por el pasado; sólo la ansiedad por seguir adelante.

—Quisiera saber adónde iremos desde aquí.

Hilary también se lo preguntaba, porque de eso dependían muchas cosas. Tarde o temprano tendrían que ponerse en contacto con el resto del mundo y, si se realizaba una investigación, era posible que alguien hubiera visto a seis personas en una furgoneta que coincidían con la descripción de los seis pasajeros que habían salido del avión aquella mañana. Se volvió a *Mrs*. Baker para preguntarle en el mismo tono del joven norteamericano:

—¿Adónde vamos? ¿Qué ocurrirá ahora?

—Ya lo verá —replicó *Mrs*. Baker y, pese a lo amable de su tono, se adivinaba algo amenazador en sus palabras.

Siguieron adelante. Detrás seguía viéndose el resplandor de las llamas del avión, ahora con más claridad a medida que el sol se ocultaba tras el horizonte. Se hizo de noche. Continuaron su viaje, aunque cada vez se hacía más incómodo porque no iban por

ninguna carretera. A ratos les parecía ir por caminos de carro y otros campo a través.

Hilary permaneció despierta un buen rato mientras le daba vueltas a todos sus temores, dudas y recelos. Pero, al fin, pese al traqueteo y las sacudidas, la venció el cansancio y se quedó dormida.

Fue un sueño intranquilo. Los baches y las rodadas la despertaban.

Había instantes en que se preguntaba dónde estaba, pero en seguida volvía a la realidad. Se despabilaba unos momentos, volvían a asaltarle sus tristes presagios y, una vez más, inclinaba la cabeza y se dormía.

2

Se despertó de pronto cuando el coche se detuvo bruscamente. Peters le sacudió un brazo con suavidad.

—Despierte. Hemos llegado a alguna parte.

Se apearon cansados y maltrechos. Todavía era de noche y se habían detenido ante una casa rodeada de palmeras. A cierta distancia se distinguían algunas luces que podían ser de algún pueblo.

Guiados por la luz de una linterna entraron en la vivienda. Era una casa nativa en la que había un par de mujeres bereberes que contemplaron con curiosidad a Hilary y a *Mrs*. Baker, haciendo caso omiso de la monja.

Las tres mujeres fueron acompañadas a una reducida habitación en el piso de arriba. Había tres colchones en el suelo y algunas mantas, pero ningún mueble.

—Estoy tiesa —comentó *Mrs*. Baker—. Viajar de esta forma te deja maltrecha.

—Las molestias no importan —afirmó la monja en tono duro y gutural. Su inglés era bueno y fluido, a pesar de su mala pronunciación.

—Interpreta su papel a la perfección, fráulein Needheim —dijo la norteamericana—. Ya la veo en el convento arrodillada sobre el

duro suelo a las cuatro de la mañana.

Miss Needheim sonrió despectivamente.

—El cristianismo ha convertido en estúpidas a las mujeres. Tanta glorificación de la debilidad, una humillación repugnante. En cambio, las mujeres paganas son fuertes. ¡Disfrutan y conquistan! Y en aras de la conquista, no hay incomodidad que no se pueda soportar. No importan los sufrimientos.

—Yo, en cambio, quisiera estar en la cama del *Palais Djamai* en Fez —bostezó—. ¿Y usted cómo se encuentra, *Mrs*. Betterton? Supongo que el traqueteo no le habrá ido muy bien a su cabeza.

—No, desde luego.

—Ahora nos subirán algo de comer. Le daré una aspirina y lo mejor será que duerma todo lo que pueda.

Se oyeron unos pasos en la escalera y voces femeninas. Luego las dos mujeres bereberes entraron llevando una bandeja con un gran plato de sémola y carne estofada. La dejaron en el suelo para traer al poco rato una palangana llena de agua y una toalla. Una de ellas palpó el abrigo de Hilary, pasando la tela entre sus dedos, al tiempo que hablaba unas palabras con su compañera, que asintió varias veces e hizo lo propio con el de *Mrs*. Baker. Ninguna de las dos se fijó en la monja.

—¡Fuera! —exclamó *Mrs*. Baker agitando las manos—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Era como si ahuyentase a las gallinas. Las mujeres se retiraron riendo.

—Qué criaturas más tontas —dijo *Mrs*. Baker—, es difícil tener paciencia con ellas. Supongo que lo único que les interesa son los trapos y los niños.

—Es para lo único que sirven —replicó fráulein Needheim—. Pertenecen a una raza de esclavos. Son útiles para servir a sus superiores, pero nada más.

—¿No es usted algo dura? —exclamó Hilary, irritada ante su actitud.

—No soporto el sentimentalismo. Hay unos pocos que gobiernan y muchos que obedecen.

—Pero, sin duda…

Mrs. Baker intervino con ademán autoritario.

—Me figuro que cada una de nosotras tiene ideas sobre estas

cosas y todas muy interesantes. Pero ahora no es momento de discutirlas. Necesitamos descansar todo lo posible.

Llegó el té a la menta. Hilary se tomó una aspirina de muy buena gana, porque su dolor de cabeza era auténtico. Luego las tres mujeres se tendieron en los colchones y se quedaron dormidas.

Durmieron hasta bien entrada la mañana. No proseguirían el viaje hasta última hora de la tarde, les informó *Mrs*. Baker. En el exterior de la habitación donde habían dormido había una escalera que llevaba a una terraza desde la que se divisaba algo del paisaje circundante.

A poca distancia había un pueblo, pero aquella casa estaba aislada en medio de un gran jardín de palmeras. Al despertar, *Mrs*. Baker les indicó tres montones de ropa que habían sido colocados junto a la puerta.

—En la próxima etapa seremos moras —explicó la americana—. Dejaremos nuestros trajes aquí.

De modo que el elegante vestido de *Mrs*. Baker, el traje chaqueta de Hilary y el hábito de la monja quedaron amontonados en el suelo, en tanto que tres nativas se sentaban en la terraza para charlar. Todo aquello resultaba extraño e irreal.

Hilary se dedicó a estudiar más de cerca a fráulein Needheim, ahora que había abandonado el disfraz de religiosa. Era mucho más joven de lo que había supuesto, a lo sumo tendría treinta y tres o treinta y cuatro años. Su aspecto era pulcro, tenía la tez pálida, los dedos cortos y una mirada fría, que de cuando en cuando se iluminaba con un entusiasmo fanático que más que atraer repelía.

Hablaba con brusquedad y daba la impresión de que consideraba a Hilary y a *Mrs*. Baker indignas de su compañía. A Hilary, esta arrogancia le resultaba insultante. En cambio, *Mrs*. Baker parecía no darse cuenta de nada. La joven inglesa sentía más simpatía por las dos mujeres que le habían servido la comida que por sus dos compañeras occidentales. A la joven alemana le era indiferente la impresión que pudiera causar. En sus ademanes se adivinaba cierta impaciencia. Era evidente que su deseo era continuar el viaje y no sentía el menor interés por sus dos acompañantes.

A Hilary le costaba más trabajo definir la personalidad de *Mrs*. Baker. Al principio le pareció sencilla y natural comparada con la

insensibilidad de la científica alemana, pero, a medida que pasaban las horas, le intrigaba y repelía casi más que Helga Needheim. Sus modales eran de una perfección casi mecánica. Todos sus comentarios y observaciones eran absolutamente normales. Sin embargo, daba la impresión de una actriz repitiendo su papel quizá por centésima vez, mientras su pensamiento estaba en otra parte.

«¿Quién era *Mrs*. Calvin Baker?», se preguntó Hilary. «¿Cómo había llegado a representar su papel con semejante perfección? ¿Sería otra fanática? ¿Era una revolucionaria enfrentada con el sistema capitalista? ¿Habría abandonado su vida normal a causa de sus ideas políticas y aspiraciones?». Era imposible saberlo.

Aquella tarde reemprendieron el viaje, esta vez en un coche.

Todos habían adoptado las ropas de los nativos: los hombres con sus blancas *djellabas* y las mujeres con sus rostros ocultos. Bastante apretujados continuaron viajando toda la noche.

—¿Cómo se encuentra, *Mrs*. Betterton?

Hilary le sonrió a Andy Peters. El sol acababa de salir y se detuvieron para desayunar: Huevos, pan ácimo y té.

—Como si estuviera soñando.

—Sí, tengo esa sensación.

—¿Dónde estamos?

Él se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe? Sin duda nuestra querida *Mrs*. Baker, pero nadie más.

—Es un país muy solitario.

—Sí, prácticamente desierto. Pero así debía ser, ¿no le parece?

—¿Para no dejar rastro, quiere decir?

—Sí. Uno se da cuenta de que todo tiene que estar cuidadosamente planeado. Cada etapa de nuestro viaje es independiente de las otras. Se incendia un avión. Una vieja camioneta nos conduce a través de la noche. Si alguien la ha visto, dirán que pertenece a una expedición arqueológica que realiza excavaciones por estos lugares. Al día siguiente parte un coche lleno de bereberes, algo que se ve frecuentemente por las carreteras. Y en cuanto a la próxima etapa ¿quién puede saberlo?

—Pero ¿adónde vamos?

Andy Peters meneó la cabeza.

—Es inútil preguntarlo. Ya lo sabremos.

El francés se había unido a ellos.

—Sí —les dijo—, ya lo sabremos. Pero lo cierto es que no podemos evitar las preguntas. Es la sangre occidental. Nunca decimos: «Es suficiente por hoy». Siempre pensamos en el mañana. Dejar atrás el ayer y seguir hacia el mañana. Es lo que pedimos.

—Usted quiere que el mundo vaya más deprisa, doctor, ¿no es cierto? —le preguntó Peters.

—Hay tanto que alcanzar y la vida es tan corta —manifestó el doctor Barron—. Tendríamos que tener más tiempo, mucho más tiempo. —Levantó las manos en un gesto apasionado…

Peters se volvió hacia Hilary.

—¿Cuáles son las cuatro libertades de que hablan en su país?

Verse libres de necesidades, de temores.

El francés le interrumpió.

—Libre de tontos —dijo amargamente—. ¡Eso es lo que yo quiero! Eso es lo que necesita mi trabajo. ¡Quiero verme libre de mezquindades! ¡Libre de todas las trabas que dificultan mi trabajo!

—Es usted bacteriólogo, ¿verdad, doctor Barron?

—Sí. ¡Y no tiene usted idea, amigo mío, de lo fascinante que es! Pero precisa paciencia, infinita paciencia, repetir los experimentos, y dinero, mucho dinero. Se necesitan equipos, ayudantes y materias primas. Con todo eso, ¿quién no alcanza el éxito?

—¿Y la felicidad? —preguntó Hilary.

Él le dedicó una rápida sonrisa, volviendo a convertirse en un ser humano.

—¡Ah, usted es una mujer, *madame*! Sólo las mujeres preguntan siempre por la felicidad.

—¿Y rara vez la alcanzan? —dijo la joven.

Él se encogió de hombros.

—Es posible.

—La felicidad individual no importa —dijo Peters en tono grave —. Debe haber felicidad para todos, la hermandad del espíritu. Los obreros libres y unidos, dueños de los medios de producción, libres de los belicistas, de los hombres insaciables y codiciosos que tienen el poder. La ciencia es para todos, y no debe ser guardada celosamente por uno u otro poder.

—¡Cierto! —dijo Ericsson en tono apreciativo—. Tiene usted razón. Los científicos deben ser los amos, controlar y regir. Ellos y

sólo ellos son los superhombres. Y únicamente importan los superhombres. Los esclavos deben ser bien tratados, pero son esclavos.

Hilary se apartó un poco del grupo y a los pocos minutos la siguió Peters.

—Parece usted un poco asustada —comentó en tono festivo.

—Creo que lo estoy. —La joven rio con nerviosismo—. Claro que lo que ha dicho el doctor Barron es bien cierto. Sólo soy una mujer. No soy científica, no me dedico a investigar, ni a la cirugía, ni a la bacteriología. Supongo que no poseo una gran inteligencia. Como ha dicho el doctor Barron, busco la felicidad como cualquier otra mujer.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Tal vez me siento algo desplazada entre ustedes. Comprenda, sólo soy una mujer que va a reunirse con su marido.

—Es perfecto —replicó Peters—. Usted representa lo fundamental.

—Es usted muy amable al considerarlo así.

—Es la verdad. —Y agregó bajando la voz—: ¿Quiere mucho a su marido?

—¿Estaría aquí de no ser así?

—Supongo que no. ¿Comparte sus opiniones? Tengo entendido que es comunista.

Hilary evitó una respuesta directa.

—Hablando de ser comunista —le dijo—, ¿no hay algo en nuestro grupo que le resulta curioso?

—¿A qué se refiere?

—Pues que a pesar de que todos nos dirigimos al mismo destino, las ideas de nuestros compañeros de viaje no son muy parecidas.

—Vaya —respondió Peters, pensativo—. No lo había pensado, pero creo que tiene usted razón.

—No creo que el doctor Barron tenga la misma opinión política —continuó Hilary—. Sólo quiere dinero para sus experimentos. Helga Needheim habla como una fascista, no como una comunista. Y Ericsson…

—¿Qué pasa con Ericsson?

—Me da cierto miedo. Tiene una de esas mentes obsesivas. ¡Es como esos científicos locos que salen en las películas!

—Yo creo en la fraternidad de todos los hombres, y usted es una esposa amante. Y a nuestra *Mrs*. Calvin Baker, ¿dónde la sitúa usted?

—No lo sé. Es la que más me cuesta clasificar.

—¡Oh, yo no diría eso! A mí me parece muy sencillo.

—¿Qué quiere decir?

—Yo diría que lo único que le importa es el dinero. Es sólo un engranaje muy bien remunerado de la maquinaria.

—También me asusta —dijo Hilary.

—¿Por qué? ¿Por qué diablos ha de asustarla? No tiene nada del científico loco.

—Me asusta porque es tan corriente, comprenda, como cualquier otra persona. Y no obstante, está metida en todo esto.

—El partido es realista, ya sabe —afirmó Peters muy serio—. Utiliza a los mejores hombres y mujeres.

—¿Una persona que sólo ambiciona dinero es la persona mejor? ¿No desertará para pasarse al lado contrario?

—Eso sería correr un gran riesgo —respondió Peters—. Y *Mrs*. Baker es muy lista. No creo que quiera correr ese riesgo.

Hilary se estremeció involuntariamente.

—¿Tiene frío?

—Sí, hace un poco de frío.

—Vamos a movernos un poco.

Pasearon arriba y abajo. Mientras lo hacían, Peters se agachó para recoger algo.

—Oiga, va perdiendo cosas.

—¡Oh, sí! —exclamó Hilary, cogiendo el objeto de su mano—. Es una perla de mi collar. Se rompió el otro día, no, ayer. Me parece que han pasado siglos desde entonces.

—Supongo que no serán auténticas.

Hilary sonrió.

—No, claro que no. Son de bisutería.

Peters sacó una pitillera de su bolsillo.

—Bisutería —exclamó—. ¡Qué expresión!

Le ofreció un cigarrillo.

—Aquí suena mal. —Ella cogió un pitillo—. Qué pitillera más curiosa. Cómo pesa.

—Es porque está hecha de plomo. Es un recuerdo de la guerra,

hecha con un trozo de bomba que no me mató.

—¿Estuvo en la guerra?

—Era de los que jugaban con las bombas para ver si estallaban. No hablemos de guerras. Concentrémonos en el mañana.

—¿Adónde vamos? —preguntó Hilary—. Nadie me ha dicho nada. ¿Es que…?

Él la detuvo.

—No se estimulan las preguntas. Se va donde a uno le dicen que vaya y se hace lo que le ordenan.

—¿Le gusta que le manden, que le den órdenes, no poder decir su opinión? —protestó Hilary con una súbita pasión.

—Estoy dispuesto a aceptarlo si es necesario. Y lo es, si queremos tener un mundo en paz, disciplina y un orden mundial.

—¿Y eso es posible? ¿Puede conseguirse?

—Cualquier cosa es mejor que esta confusión en que vivimos. ¿No está de acuerdo conmigo?

Por un breve instante, llevada por la fatiga, por la soledad y por la extraña belleza de la luz del amanecer, casi lo negó apasionadamente.

Estuvo tentada de decir: «¿Por qué desprecia el mundo en que vivimos? Hay buenas personas. ¿No es la confusión un campo mucho mejor para defender la bondad y al individuo, que un mundo impuesto y ordenado, un mundo que tal vez esté bien hoy, pero que será un error mañana? Prefiero un mundo amable habitado por seres humanos, aunque tengan sus defectos, a un mundo de autómatas superiores que digan adiós a la piedad, a la comprensión y a la simpatía».

Pero se contuvo a tiempo y en cambio dijo con entusiasmo:

—Cuánta razón tiene. Estaba cansada. Debemos obedecer y seguir adelante.

Él sonrió.

—Eso está mejor.

Capítulo X

Un sueño. Eso parecía; y cada día más. Hilary pensaba que era como si hubiera estado viajando toda su vida con aquellos cinco compañeros tan distintos. Habían saltado del camino trillado al vacío.

En cierto sentido aquel viaje no podía llamarse huida. Todos eran libres, es decir, libres de ir adonde quisieran. Por lo que ella sabía no habían cometido ningún crimen, ni estaban reclamados por la policía.

No obstante, se habían tomado toda clase de precauciones para borrar su rastro. A menudo se preguntaba la razón, porque no eran fugitivos. Era como si estuvieran en el proceso de ser otras personas.

Aquello, en su caso, era bien cierto. Salió de Inglaterra como Hilary Craven, y se había convertido en Olive Betterton, y tal vez su extraña sensación de irrealidad tuviera algo que ver con esto. Cada día los manidos eslóganes políticos acudían a sus labios con mayor facilidad. Se iba volviendo cada vez más ansiosa y apasionada, y eso también lo atribuía a la influencia de sus compañeros.

Ahora los temía. Nunca había tratado de cerca a ningún genio.

Aquellas personas eran eminencias y tenían ese algo anormal que intimida a los seres vulgares. Los cinco eran distintos y, no obstante, cada uno de ellos vivía intensamente su ideal y poseía esa fuerza de voluntad que resulta impresionante. Ignoraba si sería una cualidad interna o sólo intensidad aparente, pero cada uno de ellos era un idealista apasionado. Para el doctor Barron la vida consistía únicamente en un deseo intenso de estar una vez más en su laboratorio para poder calcular, experimentar y trabajar sin limitación de medios ni dinero. ¿Trabajar para qué? Dudaba de que

se hubiera hecho siquiera esa pregunta. Una vez le habló de los poderes destructivos capaces de arrasar un continente y que podían caber en un pequeño frasco.

Ella le había dicho:

—¿Usted podría hacer eso? ¿De veras lo haría?

—Sí, sí, desde luego, si fuera necesario. Sería interesantísimo ver el curso exacto, el desarrollo —contestó él mirándola con ligera sorpresa y agregando con un suspiro—: ¡Queda tanto por conocer, tanto por descubrir!

Por un momento, Hilary le comprendió, entendió que su ansia de conocimiento le llevara a descartar como poco importante la vida de millones de seres humanos. Era un punto de vista y, en cierto modo, nada indigno. Con Helga Needheim le pasaba lo contrario: su arrogancia y su soberbia le eran repelentes. Peters le agradaba, aunque de cuando en cuando la atemorizaba el fanatismo de su mirada.

—Usted no desea crear un mundo nuevo, sino que disfrutaría destruyendo el viejo —le dijo en cierta ocasión.

—Se equivoca, Olive. ¡Qué cosas dice!

—No, no me equivoco. En usted hay odio. Lo siento. Odio. El deseo de destruir.

Ericsson era el más complejo de todos ellos: un soñador, menos práctico que el francés, muy alejado de la pasión destructiva del norteamericano. Poseía el extraño y fanático idealismo de los escandinavos.

—Nosotros debemos conquistar el mundo —le dijo—. Entonces podremos gobernar.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros, los pocos que contamos. Los cerebros. Eso es todo lo que importa.

«¿Adonde iremos a parar?», pensó Hilary. «¿A qué conduce todo esto? Esta gente está loca, pero cada uno tiene una locura distinta. Es como si todos tuvieran distintas metas, distintos espejismos. Sí, aquélla era la palabra: espejismo».

Contempló a *Mrs*. Calvin Baker. En ella no había fanatismo, odio, sueños, arrogancia ni aspiraciones. Nada que llamara la atención. Era una mujer sin corazón ni conciencia. Sólo un instrumento eficiente en manos de una gran fuerza desconocida.

Era el ocaso del tercer día. Habían llegado a una pequeña ciudad e hicieron alto en un hotel. Allí volverían a vestir ropas europeas. Aquella noche Hilary durmió en una pequeña habitación desnuda y encalada, bastante parecida a una celda. Al amanecer *Mrs*. Baker la despertó.

—Nos vamos ahora mismo —le anunció—. El avión nos espera.

—¿El avión?

—Sí, querida. Volvemos a viajar como seres civilizados, gracias a Dios.

El viaje en coche duró casi una hora. Parecía un aeródromo militar abandonado. El piloto era francés. Volaron durante varias horas por encima de las montañas. Desde aquella altura, Hilary pensó que todos los lugares se parecían. Montañas, valles, carreteras, casas. A menos que fuese un verdadero experto en perspectiva aérea, todo se veía igual. Lo único que podía decirse era que unos lugares parecían más poblados que otros. Y la mitad del tiempo se viajaba por encima de las nubes.

A primera hora de la tarde comenzaron a descender volando en círculos. Se encontraban sobre un país montañoso, pero se iban acercando a un llano donde se veía una pista muy bien señalizada y un edificio blanco. Hicieron un aterrizaje perfecto.

Mrs. Baker abrió la marcha hacia el edificio junto al que se veían dos magníficos automóviles con sus respectivos chóferes. Sin duda, debía tratarse de un campo de aviación privado, porque no se veían agentes ni personal aeronáutico.

—Final de trayecto —les anunció *Mrs*. Baker en tono jovial—. Ahora nos refrescaremos y acicalaremos, y luego subiremos a los coches.

—¿Final de trayecto? —Hilary la miró asombrada—. ¡Pero si no hemos cruzado el mar!

—¿Es eso lo que esperaba? —replicó *Mrs*. Baker divertida.

—Sí, eso esperaba. Creía que…

Se detuvo. *Mrs*. Baker meneó la cabeza.

—Eso es lo que imaginan muchas personas. Se han dicho muchas tonterías sobre el Telón de Acero, pero lo que yo digo es que en cualquier parte puede haber uno. La gente no lo piensa.

Dos criadas árabes los recibieron. Después de acicalarse, tomaron bocadillos, café y dulces.

Luego *Mrs*. Baker miró su reloj.

—Bueno, hasta la vista, amigos —les dijo—. Aquí es donde yo los dejo.

—¿Regresa usted a Marruecos? —preguntó Hilary sorprendida.

—No sería muy apropiado considerando que me creen muerta en un accidente de aviación. No, me toca una ruta distinta.

—Pero alguien podría reconocerla —dijo Hilary—, alguien que la haya visto en los hoteles de Casablanca o Fez.

—¡Ah! Pero se equivocaran. Ahora tengo otro pasaporte, pero es muy cierto que una hermana mía, una tal *Mrs*. Calvin Baker, murió de esa manera. Se supone que mi hermana y yo éramos muy parecidas. —Y agregó—: Para las personas que coinciden en los hoteles, una norteamericana siempre se parece a otra.

«Sí, es plausible», pensó la muchacha. Todas las características exteriores y poco importantes estaban presentes en *Mrs*. Baker: la pulcritud, la corrección, el pelo azulado bien peinado, la voz altisonante y monótona. Las características interiores estaban muy bien disimuladas o no existían. *Mrs*. Calvin Baker presentaba al mundo y a sus compañeros una fachada, pero lo que se escondía tras ella no era fácil de adivinar. Era como si hubiese anulado deliberadamente esos toques individualistas que distinguen una personalidad de otra.

Hilary se sintió inclinada a decírselo. Ella y *Mrs*. Baker se encontraban algo apartadas de los demás.

—No sé en absoluto cómo es usted en realidad.

—¿Por qué iba a saberlo? —replicó.

—Sí, es cierto y, no obstante, tendría que saberlo. Hemos viajado juntas con bastante intimidad y me parece extraño no saber nada de usted. Me refiero a nada esencial acerca de lo que piensa o siente, de lo que le gusta y disgusta, y lo que tiene o no importancia para usted.

—Es usted demasiado curiosa, querida. Si quiere aceptar un consejo, modere esa tendencia.

—Ni siquiera sé de qué parte de Estados Unidos procede.

—Eso tampoco importa. He terminado con mi país. Existen razones por las que no podré regresar nunca allí. Y si puedo vengarme de ese país, disfrutaré haciéndolo.

Por un segundo la vehemencia dominó su expresión y el tono de

su voz. Luego volvió a ser la alegre turista de siempre.

—Bien, hasta la vista, *Mrs*. Betterton. Espero que sea muy feliz al reunirse con su marido.

—Ni siquiera sé dónde estoy —aseguró Hilary indefensa—. Me refiero en qué parte del mundo.

—¡Oh, eso es fácil! Ahora no es necesario ocultarlo. En un punto remoto del Gran Atlas. Con eso es suficiente.

Mrs. Baker fue a despedirse de los demás. Con un alegre ademán, se alejó por la pista. El aparato estaba repostando combustible y el piloto ya la esperaba. Un estremecimiento sacudió a Hilary. Se iba su último lazo de unión con el mundo exterior. Peters pareció adivinar su temor.

—El país del «no volverás» —dijo suavemente—. Me figuro que éste es el nuestro.

—¿Todavía tiene el coraje, *madame* —intervino el doctor Barron —, o en este momento desea correr tras su amiga, subir con ella al avión y regresar al mundo que ha abandonado?

—¿Podría volver si lo deseara? —preguntó Hilary.

El francés se encogió de hombros.

—Quién sabe.

—¿Quiere que la llame? —se ofreció Andy Peters.

—Claro que no —replicó Hilary tajante.

—Aquí no hay un lugar para las mujeres débiles —afirmó Helga despectivamente.

—Ella no lo es —afirmó el doctor Barron—, pero hace las preguntas que haría cualquier mujer inteligente.

Acentuó esta última palabra como si aludiera a la alemana. Ella, sin embargo, no se dio por aludida por su insinuación. Despreciaba a todos los franceses, y estaba felizmente convencida de su valía.

—Pero cuando al fin se ha alcanzado la libertad —intervino Ericsson con su voz aguda y nerviosa—, ¿cómo se puede pensar en regresar?

—Pero si no es posible regresar o escoger entre seguir adelante y regresar, entonces ya no hay libertad —exclamó Hilary.

Se acercó uno de los criados.

—Si tienen la bondad, los coches los esperan.

Salieron por la otra puerta del edificio. Dos Cadillacs aguardaban con sus chóferes uniformados. Hilary pidió sentarse

delante, explicando que detrás se mareaba. Lo aceptaron como cosa natural y, durante el trayecto, Hilary pudo cruzar algunas palabras con el conductor: el tiempo, las cualidades del automóvil y de otros temas. Hablaba el francés bastante bien. El chófer le respondió de un modo natural.

—¿Cuánto tiempo se tarda? —le preguntó al cabo de un rato.

—¿Desde el aeródromo al hospital? Tal vez unas dos horas, *madame*.

Sus palabras la sorprendieron desagradablemente. Había observado, sin darle mucha importancia, que Helga Needheim se había cambiado al llegar y ahora iba vestida de enfermera. Esto coincidía.

—Háble me del hospital —le pidió al chófer.

Su respuesta fue entusiasta.

—¡Ah, *madame*! ¡Es magnífico! El equipo es el más moderno del mundo. Vienen muchos médicos de visita y todos se van elogiándolo. Allí se hace un gran bien a la humanidad.

—Tiene que ser así —dijo Hilary—. Sí, sí, tiene que serlo.

—En el pasado, a estos pobres los enviaban a morir a una isla desierta. Pero aquí el nuevo tratamiento del doctor Kolini cura un porcentaje muy elevado, incluso a los que se encuentran en el período ya más avanzado de la enfermedad.

—Parece un lugar muy solitario para un hospital.

—¡Ah, *madame*! Pero tiene que ser así dadas las circunstancias. Las autoridades insistieron en que fuera así. Pero aquí el aire es muy puro, maravilloso. Mire, *madame*, allá es dónde nos dirigimos.

Se estaban acercando a las estribaciones de un macizo montañoso y, en la ladera, se alzaba un gran edificio de una blancura resplandeciente.

—Qué proeza levantar un edificio semejante en este sitio —comentó el chófer—. Han tenido que gastar una suma fabulosa.

»Debemos mucho a los ricos filántropos del mundo, *madame*. No son como los gobernantes que siempre hacen las cosas con la mayor economía posible. Aquí se ha gastado el dinero a manos llenas.

»Nuestro patrón es uno de los hombres más ricos del mundo. Y aquí ciertamente ha construido una obra magnífica para aliviar los sufrimientos de la humanidad.

Fueron subiendo por un camino serpenteante. Por fin se

detuvieron ante una gran verja de hierro.

—Deben apearse aquí, *madame*. No está permitido que el coche pase de esta puerta. Los garajes están a un kilómetro de distancia.

Los viajeros bajaron del vehículo. Había un gran tirador en la entrada, pero, antes de que pudieran usarlo, la verja se abrió lentamente. Una figura vestida de blanco, de rostro tostado y sonriente, se inclinó al franquearles la entrada. Cruzaron la verja. A un lado, detrás de un alto enrejado de alambre, había un gran patio por el que paseaban varios hombres.

Se volvieron para mirar a los recién llegados y Hilary lanzó un grito de espanto.

—Pero si son leprosos —exclamó—. ¡Leprosos!

Y un estremecimiento de horror recorrió todo su cuerpo.

Capítulo XI

Las puertas de la colonia de leprosos se cerraron detrás de los viajeros con un sonido metálico que resonó en la conciencia de Hilary como un terrible acorde final. «Abandonad toda esperanza los que entréis aquí», parecía decir. Éste era el fin, el verdadero final de todo.

Aquí no había medio alguno para poder escapar.

Ahora se encontraba sola entre enemigos y, dentro de pocos minutos, se vería enfrentada al descubrimiento y al fracaso. Claro que eso ya lo sabía de antemano, pero cierto indomable optimismo del espíritu, la creencia de que no podía dejar de existir así como así, le había enmascarado el hecho real. En Casablanca le había dicho a Jessop: «¿Y cuándo me encuentre con Tom Betterton?». Y él le había contestado que entonces sería el momento de mayor peligro, y agregó que, en aquel momento, esperaba encontrarse en posición de poder prestarle ayuda. Pero ahora Hilary era consciente de que aquella esperanza había fallado.

Si «*miss* Hetherington» era el agente en quien Jessop confiaba, habría tenido que confesar su fracaso en Marrakech. Pero, de todas maneras, ¿qué podría haber hecho «*miss* Hetherington»?

Los viajeros habían llegado al lugar del «no volverás». Hilary había jugado con la muerte y había perdido, y ahora se daba cuenta de que el diagnóstico de Jessop había sido correcto. Ya no deseaba morir, sino vivir. El amor a la vida había vuelto a ella con toda su fuerza. Podía pensar en Nigel y en la tumba de Brenda con tristeza y piedad, pero no con la fría desesperación que le impulsaba al olvido con la muerte. «Vuelvo a vivir, sana, entera», pensó, «y ahora me encuentro como un ratón en la ratonera. Si hubiera algún modo de escapar…».

No es que no hubiese pensado en el problema hasta ahora. Muy al contrario, pero le parecía que, una vez frente a Betterton, no tendría escape posible. «Ésta no es mi mujer», exclamaría Betterton, y allí mismo se acabaría la historia. Todos la mirarían, dándose cuenta de que era una espía entre ellos.

Porque ¿qué otra solución podría haber? Supongamos que fuera ella la que hablara primero. Supongamos que ella pudiera exclamar antes de que Tom Betterton abriera la boca: «¿Quién es usted? ¡Usted no es mi marido!». Si pudiera simular su indignación, sorpresa y horror, ¿conseguiría hacerlos dudar de que Betterton fuese Betterton, o algún otro científico enviado para sustituirlo? En otras palabras, un espía. Claro que, si la creían, Betterton se encontraría en un apuro. Pero si Betterton era un traidor, un hombre deseoso de vender los secretos de su país, ¿podría haber algo demasiado malo para él? «Qué difícil es distinguir lo que es lealtad o juzgar a las personas o cosas». De todas formas valía la pena probarlo, despertar sus dudas.

Dominada por una sensación de mareo, volvió a fijarse en lo que le rodeaba. Sus pensamientos habían estado dando vueltas en círculo con el frenesí de un gato enjaulado, pero durante aquel tiempo su consciente siguió representando su papel.

La pequeña embajada del mundo exterior fue recibida por un hombre alto y bien parecido. Un políglota, al parecer, puesto que dedicó algunas palabras a cada uno de ellos en su propia lengua.

—*Enchanté de faire votre connaissance, mon cher docteur* —murmuró ante el doctor Barron. Luego se dirigió a ella—: ¡Ah, *Mrs*. Betterton, nos complace darle la bienvenida! Ha sido un viaje largo y desconcertante, ¿verdad? Su marido se encuentra perfectamente y, desde luego, aguardándola con impaciencia. —Acompañó sus palabras con una discreta sonrisa que no dulcificó la mirada de sus fríos ojos claros—: Sin duda, debe estar deseando verlo.

Hilary sintió que le aumentaba el mareo. Las personas que la rodeaban se alejaban y aproximaban como las olas del mar. Andy Peters, que se encontraba a su lado, la sostuvo.

—Me figuro que no se habrá enterado —dijo a su anfitrión—. *Mrs*. Betterton sufrió una fuerte conmoción en un lamentable accidente ocurrido en Casablanca, y este viaje no le ha hecho ningún bien, así como tampoco la excitación y ansiedad de ver a su

marido. Yo creo que debería acostarse en seguida en una habitación a oscuras.

Hilary notó la amabilidad de su voz y de su apoyo.

Volvió a tambalearse. Sería sencillo, sencillísimo, caer de rodillas y desplomarse, fingiendo un desmayo o casi un desmayo.

Dejar que la acostaran en una habitación a oscuras y retardar, aunque no fuera más que unos momentos, el momento de ser descubierta. Pero Betterton iría a verla. Cualquier marido lo haría. Se inclinaría sobre la cama en la penumbra y, al primer murmullo de su voz, o cuando sus ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad y distinguiera su perfil, comprendería que ella no era Olive Betterton.

Hilary recobró el valor. Se irguió. El color acudió de nuevo a sus mejillas y alzó la cabeza.

Si aquél era el fin, que fuese un fin intrépido. Iría a ver a Betterton y, cuando la rechazara, intentaría la última farsa y diría confiada y sin temor:

«No, claro que no soy su esposa. Su esposa, lo siento muchísimo, ha muerto. Yo estaba en el hospital cuando murió y le prometí llegar hasta usted como fuese y darle su último mensaje. Yo quería hacerlo. Comprenda, simpatizo con sus ideas, con todo lo que hacen ustedes. Por eso quiero ayudarles».

Todo muy endeble. Mucho. Y tendría que explicar todas aquellas tontas fruslerías: el pasaporte falsificado, la carta de crédito.

Sí, pero había personas que salían adelante con las mentiras más audaces. Lo importante era mentir con el aplomo necesario y echarle cara al asunto. Por lo menos moriría luchando.

Se irguió apartando gentilmente el brazo de Peters.

—¡Oh, no! Debo ver a Tom. Debo ir a verle en seguida. Ahora mismo, por favor.

El gigante se mostró comprensivo, aunque su mirada seguía siendo fría y vigilante.

—Claro, claro, *Mrs*. Betterton. La comprendo perfectamente. ¡Aquí está *miss* Jennson!

Una joven delgada y con lentes se unió a ellos.

—*Miss* Jennson, le presento a *Mrs*. Betterton, a fráulein Needheim, al doctor Barron, a *Mr*. Peters y al doctor Ericsson. ¿Quiere acompañarlos al Registro? Sírvales una copa. Yo me reuniré

con ustedes dentro de unos minutos. Acompañaré a *Mrs*. Betterton junto a su marido. No tardaré en volver con ustedes. —Miró a Hilary—: Sígame, *Mrs*. Betterton.

Echó a andar y ella le siguió. Antes de doblar un recodo del pasillo, miró por encima del hombro. Andy Peters seguía mirándola con expresión ligeramente preocupada y, por un momento, pensó que iba a acompañarla.

«Se debe haber dado cuenta de que algo va mal, nota algo raro en mí —se dijo Hilary—, aunque no sabe lo que es. —Se estremeció al pensarlo—. Tal vez sea la última vez que lo vea».

Por eso, al doblar la esquina tras su guía, alzó la mano para decirle adiós.

El hombretón charlaba alegremente.

—Por aquí, *Mrs*. Betterton. Al principio encontrará nuestros edificios algo desconcertantes, con tantos pasillos y todos tan parecidos.

Era como una pesadilla. Interminables pasillos blancos e impolutos por los que caminaba sin descanso y sin encontrar nunca la salida.

—No imaginaba que sería un hospital —comentó.

—No, no, desde luego. Usted no podía imaginarse nada, ¿no es cierto?

En su voz había un ligero matiz de malvado regocijo.

—Usted ha tenido, como dicen, que «volar a ciegas». A propósito, mi nombre es van Heidem, Paul van Heidem.

—Es todo un poco extraño y bastante aterrador —dijo la joven —. Esos leprosos…

—Sí, sí, desde luego. Pintorescos y, por lo general, tan inesperados. Trastornan a los recién llegados, pero ya se acostumbrará a ellos. ¡Oh, sí! Ya se acostumbrará con el tiempo.

Soltó una risita.

—Siempre lo he considerado muy divertido.

De pronto se detuvo.

—Suba ese tramo de escalones sin apresurarse. Con calma. Casi hemos llegado.

Casi había llegado. ¡Qué cerca estaba! ¿Cuántos escalones faltaban para morir? Arriba, arriba, eran unos escalones muy altos, mucho más que los europeos. Y luego enfilaron otro de los

higiénicos pasillos hasta que van Heidem se detuvo ante una puerta. Llamó, esperó y luego la abrió.

—Ah, Betterton, aquí estamos por fin. ¡Su esposa!

Se hizo a un lado con un ligero ademán.

Hilary entró en la habitación decidida. Sin miedo, la cabeza erguida a enfrentarse con su destino. Casi vuelto hacia la ventana se encontraba un hombre extraordinariamente apuesto. Ella lo contempló con un sentimiento casi de sorpresa. No se correspondía con su idea de Tom Betterton. La fotografía que le habían enseñado de él no se parecía en lo más mínimo.

Fue la confusa sensación de sorpresa lo que la decidió. Pondría en práctica su primera tentativa desesperada. Avanzó rápidamente y luego exclamó:

—Pero éste no es Tom —exclamó con voz sorprendida, rota—. Éste no es mi marido.

Lo hizo muy bien. Estuvo dramática, pero sin exagerar la nota.

Interrogó a van Heidem con la mirada.

Entonces Betterton se echó a reír. Una risa discreta, tranquila, divertida, casi triunfante.

—Muy bien, ¿eh, van Heidem? ¡Ni siquiera mi mujer me conoce!

En cuatro zancadas se acercó a ella para estrecharla entre sus brazos.

—Olive, querida. Claro que me conoces. Soy Tom, aunque no tengo la misma cara de antes.

Apretó su rostro al suyo y murmuró a su oído:

—¡Disimule, por Dios! ¡Estamos en peligro!

Dejó de abrazarla por un momento y luego la volvió a abrazar.

—¡Querida! ¡Parece que hayan pasado años y años! ¡Pero aquí estás por fin!

Hilary sintió la presión de sus dedos en la espalda, como una advertencia, transmitiéndole un mensaje urgente.

Sólo al cabo de unos instantes la soltó, apartándola para contemplar su rostro.

—Todavía no puedo creerlo —dijo con una risa nerviosa—. No obstante ahora sabes que soy yo, ¿verdad?

Sus ojos, fijos en los de ella, seguían transmitiéndole su mensaje.

Hilary no comprendía nada, no podía comprenderlo, pero era un milagro y se apresuró a seguirle el juego.

—¡Tom! —dijo con una emoción que la satisfizo—. ¡Oh, Tom! Pero ¿cómo…?

—¡Cirugía estética! El doctor Hertz de Viena está aquí. ¡Es una maravilla! No me digas que echas de menos mi vieja nariz aplastada.

Tom volvió a besarla, ligeramente esta vez, y luego se volvió hacia el vigilante van Heidem con una risa de disculpa.

—Perdone las expansiones, van Heidem.

—Es muy natural. —El holandés sonrió con benevolencia.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo Hilary—, y yo… —Se tambaleó un poco—. Yo… por favor, ¿puedo sentarme?

Tom se apresuró a acomodarla en una silla.

—Por supuesto, querida. Estás agotada. Ese terrible viaje y el accidente del avión. Dios mío, ¡escapaste de milagro!

De modo que estaban bien comunicados. Lo sabían todo del accidente.

—Tengo la cabeza como si fuera de corcho —se disculpó Hilary —. Me olvido de las cosas, las confundo, y tengo unos terribles dolores de cabeza. Y luego, encontrarte convertido en un desconocido. Estoy algo confundida, querido. ¡Espero no ser un estorbo para ti!

—¿Tú, un estorbo? Nunca. Tienes que descansar un poco, eso es todo. Aquí tenemos todo el tiempo del mundo.

Van Heidem se dirigió a la puerta.

—Ahora les dejo. Dentro de un rato, ¿querrá llevar a su esposa al Registro, Betterton? Por el momento preferirán estar solos.

En cuanto salió, Betterton cayó de rodillas junto a Hilary y escondió su rostro en su hombro.

—¡Querida, querida! —Una vez más, Hilary sintió la presión de advertencia. El susurro, que apenas resultaba audible, era apremiante—. Siga fingiendo. Puede haber un micrófono en alguna parte, nunca se sabe.

Eso era, por supuesto. Nunca se sabe. En aquel ambiente percibía temor, inquietud, peligro, siempre el peligro.

Betterton se sentó sobre los talones.

—¡Es tan maravilloso volver a verte! —dijo con voz apagada—. Y no obstante es como un sueño, no del todo real, ¿sabes? ¿También tú sientes lo mismo?

—Sí, eso es, un sueño. Estar aquí contigo al fin. No puedo creer todavía que sea verdad, Tom.

Había colocado las manos sobre sus hombros y le miraba con una ligera sonrisa. También podía haber una mirilla además de un micrófono.

Con calma y fríamente valoró lo que veía: un hombre nervioso y bien parecido, de unos treinta y tantos años que estaba terriblemente asustado. Un hombre casi al final de su resistencia, que tal vez hubiera llegado aquí lleno de esperanzas y se había convertido en esto.

Ahora que había pasado con éxito el primer obstáculo, Hilary sentía un curioso entusiasmo por representar su papel. Debía ser Olive Betterton. Actuar como ella hubiera sentido lo que ella debiera haber sentido. Y la vida era tan irreal que le parecía natural. Una joven llamada Hilary Craven había muerto en un accidente de aviación. A partir de ahora ya para siempre nunca la recordaría.

En seguida recordó las lecciones que había estudiado con tanta voluntad.

—Parece que han pasado siglos desde Fairbank —le dijo—. Whiskers, ¿te acuerdas de Whiskers? Tuvo gatitos casi en seguida de que tú te marcharas. Hay tantas cosas tontas, de esas que ocurren a diario que ni siquiera sabes. ¡Me resulta tan extraño!

—Lo sé. Es romper con la antigua vida y comenzar otra nueva.

—¿Y qué tal por aquí? ¿Eres feliz?

Una pregunta necesaria que toda mujer haría a su marido.

—Es maravilloso. —Tom Betterton enderezó sus hombros y echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos asustados y tristes contrastaron con el rostro sonriente—. Tenemos todas las facilidades. No reparan en gastos. Y las condiciones para el trabajo son perfectas. ¡Y la organización es increíble!

—¡Estoy segura de ello! Mi viaje. ¿Viniste tú del mismo modo?

—No se habla de esas cosas. Oh, no es que te riña, querida, pero tienes que aprenderlo todo.

—¿Y los leprosos? ¿Es realmente una leprosería?

—Oh, sí. Desde luego. Hay un equipo médico que está realizando unos trabajos de investigación de primera. Pero están aislados y son autosuficientes. No necesitas preocuparte. Es sólo un

buen camuflaje.

—Ya. —Hilary miró a su alrededor—. ¿Son éstas nuestras habitaciones?

—Sí. La sala, allí está el baño y más allá el dormitorio. Vamos, te lo enseñaré.

Hilary le siguió, atravesando un baño muy bien dispuesto, hasta un amplio dormitorio con dos camas gemelas, grandes armarios empotrados, un tocador y una librería. Hilary miró uno de los armarios con cierto regocijo.

—No sé lo que voy a poner aquí dentro —observó—. Sólo traigo lo que llevo puesto.

—Oh, no te preocupes. Podrás tener todo lo que desees. Hay un departamento de modas y toda clase de accesorios, cosméticos y demás. Todo de primera clase. La Unidad se autoabastece, encontrarás todo lo que quieras en el edificio. No hay ninguna necesidad de volver a salir al exterior.

Lo dijo a la ligera, pero a Hilary le pareció que tras aquellas palabras se escondía la desesperación.

No es necesario salir de aquí. No hay oportunidad de salir nunca de este lugar. ¡Abandonad toda esperanza los que entréis aquí! ¡Una jaula de oro! ¿Y por esto todas aquellas personalidades habían abandonado su patria y sus hogares? El doctor Barron, Andy Peters, el joven Ericsson con su rostro soñador y la altiva Helga Needheim. ¿Sabían lo que iban a encontrar? ¿Les llenaría? ¿Era esto lo que deseaban?

«Será mejor que no haga demasiadas preguntas por si alguien está escuchando». ¿Les estarían espiando? Tom Betterton lo creía así, pero ¿estaba en lo cierto? ¿O era sólo su histerismo, sus nervios los que le hacían pensar así? Tom Betterton estaba muy próximo a derrumbarse. Sí, y quizá lo estaría ella dentro de seis meses. ¿Qué efectos produciría en las personas vivir así?

—¿No te gustaría echarte un rato y descansar? —le preguntó Tom.

—No —vaciló Hilary—. No, creo que no.

—Entonces será mejor que vengas conmigo al Registro.

—¿Qué es el Registro?

—Todo el que entra aquí pasa el Registro. Anotan todas las particularidades. Salud, dentadura, presión de la sangre, tipo

sanguíneo, reacciones psicológicas, gustos, antipatías, aptitudes, preferencias.

—Eso parece una revisión militar. ¿O debo decir médica?

—Ambas cosas —replicó Betterton—. Esta organización es verdaderamente formidable.

—Siempre lo he oído decir —dijo Hilary—. Todo lo que está tras el Telón de Acero está bien planeado.

Trató de hablar con entusiasmo. Al fin y al cabo, Olive Betterton supuestamente simpatizaba con el partido aunque, tal vez por orden del propio partido no estuviese afiliada.

—Hay muchas cosas que tienes que ir comprendiendo —dijo Betterton en todo evasivo, y agregó a toda prisa—: Será mejor que no trates de asimilar demasiadas a un tiempo.

Volvió a besarla con frialdad, aunque con ternura aparente.

—Sigue fingiendo —murmuró junto a su oído y luego agregó en voz alta—: Y ahora, vamos al Registro.

Capítulo XII

La responsable del Registro era una mujer con el aspecto de una severa institutriz. Llevaba los cabellos recogidos en un moño bastante estrafalario y usaba gafas sin montura. Asintió aprobadoramente al ver entrar a los Betterton en la austera oficina.

—¡Ah! Ha traído usted a *Mrs*. Betterton. Muy bien.

Su inglés era perfecto, pero con una dicción tan formal que Hilary pensó que debía ser extranjera. En realidad era suiza. Hizo sentar a Hilary, abrió un cajón y sacó un montón de formularios que comenzó a rellenar rápidamente.

—Bueno, Olive, yo te dejo ahora —dijo Betterton.

—Sí, por favor, doctor Betterton. Será mucho mejor que acabemos ahora todas las formalidades.

Betterton salió. La autómata, pues esa impresión le produjo a Hilary, continuó escribiendo.

—Bien —agregó—: Dígame su nombre completo, edad, lugar de nacimiento, nombre del padre y de la madre. Cualquier enfermedad grave. Gustos, aficiones. Hágame una lista de los empleos que ha tenido. Títulos universitarios y sus preferencias en cuanto a comidas y bebidas.

Continuó preguntando las cosas más inverosímiles. Hilary respondía casi mecánicamente. Ahora se alegraba de la esmerada instrucción que recibiera de Jessop. Lo hizo tan bien, que las respuestas acudían a sus labios sin tener que detenerse a pensar.

—Bien —anunció la autómata al rellenar la última casilla—, eso es todo para este departamento. Ahora la visitará el doctor Schwartz para la revisión médica.

—¡De veras! —exclamó Hilary—. ¿Es necesario todo eso? Lo encuentro absurdo.

—Oh, nos gusta hacer las cosas a conciencia, *Mrs*. Betterton. Nos gusta tener informes bien completos. El doctor Schwartz la aguarda. Luego irá a ver al doctor Rubec.

Schwartz resultó ser una doctora rubia y muy amable. Revisó a la joven minuciosamente.

—¡Ya está! —dijo finalmente—. Hemos terminado. Ahora vaya a ver al doctor Rubec.

—¿Quién es el doctor Rubec? —quiso saber Hilary—. ¿Otro médico?

—El doctor Rubec es psicólogo.

—No quiero ver a un psicólogo. No me gustan los psicólogos.

—Vamos, *Mrs*. Betterton, no se inquiete. No van a administrarle ningún tratamiento. Sólo se trata de un test de inteligencia y otro para conocer el tipo de su personalidad.

El doctor Rubec era un suizo alto y melancólico de unos cuarenta años de edad. Saludó a Hilary, echó un vistazo a la ficha que le había entregado el doctor Schwartz y asintió.

—Celebro ver que su salud es excelente. Tengo entendido que sufrió usted un accidente de aviación, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó Hilary—. Estuve cuatro o cinco días en un hospital de Casablanca.

—Cuatro o cinco días no es suficiente —afirmó Rubec—. Debería haber estado más tiempo.

—No quería permanecer más tiempo. Deseaba continuar mi viaje.

—Eso, desde luego, es muy comprensible, pero es necesario mucho reposo después de una conmoción. Aparentemente puede estar bien y normal, pero puede haber sufrido serios trastornos. Sí, veo que sus reflejos no son los que debieran. En parte debido a la excitación del viaje y, en parte, sin duda, a la conmoción. ¿Tiene dolores de cabeza?

—Sí, fortísimos. Me confundo muy a menudo y luego no recuerdo algunas cosas.

Hilary consideró prudente insistir sobre este punto. El doctor Rubec asentía comprensivo.

—Sí, sí, sí, pero no se preocupe. Todo esto pasará. Ahora le iré diciendo algunas palabras para ver si es capaz de asociar ideas y saber qué tipo de mentalidad es la suya.

Hilary se sentía algo nerviosa, pero al parecer todo fue bien. El test parecía ser un mero trámite. El doctor Rubec iba anotando sus respuestas en un amplio formulario.

—Es un placer —comentó al fin— tratar con alguien que no es ningún genio. Perdóneme y no tome equivocadamente lo que le digo, *madame*.

Hilary rio.

—¡Oh, desde luego que no soy ningún genio!

—Afortunadamente para usted. Puedo asegurarle que su vida será mucho más tranquila. —Suspiró—. Aquí, como comprenderá, trato principalmente con inteligencias privilegiadas, más del tipo sensitivo, expuestas a desequilibrarse con facilidad y en las que la tensión emocional es muy fuerte. El hombre de ciencia, *madame*, no es el individuo ecuánime y frío que suelen pintar en las novelas. De hecho —señaló Rubec, pensativo—, entre un jugador de tenis de primera categoría, una prima donna y un físico nuclear existe muy poca diferencia en cuanto a inestabilidad emocional se refiere.

—Tal vez tenga razón —dijo Hilary, recordando que según su nueva personalidad había vivido algunos años en estrecha relación con científicos—. Sí, son algo temperamentales algunas veces.

El doctor Rubec levantó las manos en un gesto harto expresivo.

—No creería usted las emociones que se originan aquí. Las peleas, las envidias, ¡las suspicacias! Tenemos que estar preparados para saber cómo tratarlas. Pero usted, *madame* —sonrió—, forma parte de una clase que aquí es una pequeña minoría. A la clase afortunada, si me permite decirlo.

—No lo comprendo del todo. ¿Qué clase de minoría?

—A la de las esposas. Aquí no hay muchas. Se permite venir a muy pocas. En conjunto, están libres de los arrebatos de sus esposos y los colegas de sus esposos.

—¿Y qué hacen aquí? —preguntó Hilary, y añadió disculpándose—. Todo esto resulta nuevo. Todavía no comprendo nada.

—Naturalmente. Es lo más lógico. Aquí hay entretenimientos, diversiones y cursos. Tiene un amplio campo para elegir. Disfrutará, espero de una vida muy agradable.

—¿Como usted?

Era una pregunta bastante osada y Hilary se planteó si había

sido sensato hacerla. Pero al doctor Rubec le pareció divertida.

—Tiene usted razón, *madame*. Aquí la vida me parece tranquila y en extremo interesante.

—¿No siente nostalgia de Suiza?

—En absoluto. No. Eso es en parte porque, en mi casa, el ambiente no era propicio. Tenía mujer y varios hijos. No estoy hecho para ser hombre de familia. Aquí el ambiente es infinitamente mucho más agradable. Tengo amplias oportunidades para estudiar ciertos aspectos de la inteligencia humana que me interesan y sobre los que estoy escribiendo un libro. No tengo preocupaciones domésticas, ni distracciones o interrupciones. Todo está de perlas.

—¿A dónde tengo que ir ahora? —preguntó Hilary mientras él se ponía de pie y le estrechaba la mano con mucha formalidad.

—*Mademoiselle* La Roche la llevará a la sección de ropa y estoy seguro de que el resultado será admirable. —Se inclinó.

Después de las severas autómatas que había tratado hasta ahora, Hilary se vio agradablemente sorprendida por *mademoiselle* La Roche. Esta señorita había sido *véndeuse* en una casa de *haute couture* de París, y sus modales eran exquisitamente femeninos.

—Estoy encantada de conocerla, *madame*. Espero poder servirla. Puesto que acaba de llegar y, sin duda, estará cansada, le sugiero que ahora escoja sólo lo más urgente. Mañana, y por supuesto durante la semana que viene, podrá examinar nuestra colección con toda calma. Siempre he pensado que es muy fatigoso tener que escoger a toda prisa. Estropea todo el placer de la *toilette*. Le sugiero que escoja solamente ropa interior, un vestido para ir al comedor y tal vez un *tailleur*.

—¡Qué agradable resulta! —comentó Hilary—. No puede imaginarse lo extraño que es no tener más que un cepillo de dientes y una esponja.

Mademoiselle La Roche rio alegremente. Tomó medidas a Hilary y la condujo a un gran apartamento con armarios empotrados. Allí había toda clase de vestidos con telas de primera calidad, un corte excelente y en todas las tallas. La joven seleccionó lo esencial de la *toilette* y luego pasaron a la sección de cosméticos, donde Hilary escogió polvos, cremas y otros artículos de tocador. Una joven nativa de rostro moreno, vestida de blanco, recogió todo lo escogido

para llevarlo al apartamento de Hilary.

A Hilary todo aquello le parecía un sueño.

—Espero que en breve tengamos el gusto de verla de nuevo —le dijo *mademoiselle* La Roche—. Será un gran placer ayudarla a escoger sus modelos, *madame*. Entre *nous*, mi trabajo resulta a veces ingrato. Estas damas científicas se preocupan muy poco por su *toilette*. Por ejemplo, no hará ni media hora que estuvo aquí una de sus compañeras de viaje.

—¿Helga Needheim?

—Sí, ése es su nombre. Naturalmente es una boche, y los *boches*[4] no nos son simpáticos. No estaría de más si cuidara un poco su figura. Si escogiera una línea que la favoreciese resultaría mucho más atractiva. ¡Pero no! No tiene el menor interés por la ropa. Creo que es médico. Especialista en no sé qué. Esperemos que demuestre un poco más de interés por sus pacientes que por su *toilette*. ¿Qué hombre la miraría dos veces?

Miss Jennson, la joven delgada, morena y con gafas que les recibiera a su llegada, entró en el apartamento.

—¿Ya ha terminado aquí, *Mrs*. Betterton? —le preguntó.

—Sí, gracias.

—Entonces tal vez quiera acompañarme a ver al subdirector.

Hilary dijo *au revoir* a *mademoiselle* La Roche y siguió a *miss* Jennson.

—¿Quién es el subdirector? —preguntó.

—El doctor Nielson.

«Aquí todos son doctores en algo», reflexionó Hilary.

—¿Qué es exactamente el doctor Nielson? —insistió—. ¿Médico, científico o qué?

—No, no es médico, *Mrs*. Betterton. Está encargado de la administración. Todas las quejas hay que presentarlas a él. Es el jefe administrativo de la Unidad, y siempre tiene una entrevista con todo el que llega. Después, no creo que vuelva usted a verlo, a menos que ocurra algo muy importante.

—Ya —replicó Hilary dócilmente. Tenía la divertida sensación de que le habían parado los pies.

Para entrar en los dominios del doctor Nielson, tuvieron que pasar por dos oficinas donde trabajaban varias mecanógrafas. Al fin fueron admitidas en el despacho del doctor Nielson, quien se puso

en pie detrás de su enorme escritorio. Era un hombre corpulento y de modales corteses. Hilary supuso que debía ser norteamericano, aunque tenía muy poco acento.

—¡Ah! —exclamó, adelantándose para estrechar la mano de Hilary—. Usted es… sí, déjeme pensar… sí, *Mrs*. Betterton.

»Encantado de darle la bienvenida, señora. Esperamos que sea muy feliz entre nosotros. Lamento el desgraciado accidente que sufrió durante su viaje, pero celebro que no haya sido nada. Sí, tuvo usted mucha suerte. Muchísima. Bien, su marido la estaba esperando con impaciencia y confío en que ahora que ya está usted aquí se instalen a gusto y estén contentos y felices.

—Gracias, doctor Nielson.

Hilary tomó asiento en la silla que él le acercó.

—¿Desea usted hacerme alguna pregunta? —le dijo Nielson inclinándose sobre su escritorio.

—Eso sí que es difícil de responder —le dijo ella—. La verdad es que tengo tantas que no sé por dónde empezar.

—Claro, claro. Lo comprendo. Si quiere seguir mi consejo, es sólo un consejo y nada más, yo en su lugar no preguntaría nada. Acomódese y vea lo que ocurre. Créame, es el mejor sistema.

—¡Sé tan pocas cosas! ¡Y es todo tan inesperado!

—Sí, la mayoría piensa eso. La idea general es que deberían haber llegado a Moscú. —Rio alegremente—. Nuestro hogar en el desierto sorprende a casi todos.

—Desde luego para mí fue una sorpresa.

—Bueno, no decimos muchas cosas de antemano. Podrían no ser discretos, y la discreción es bastante importante. Pero ya verá qué cómoda se encontrará aquí. Cualquier cosa que no le guste, o algo particular que desee, sólo tiene que pedirlo y veremos de arreglarlo. Cualquier afición artística, pintura, escultura, música, tenemos un departamento para cada cosa.

—Temo no ser ningún talento en este sentido.

—Aquí también hay mucha vida social. Tenemos toda clase de juegos, pistas de tenis, de *squash*. Hemos comprobado que la gente tarda unas dos semanas en situarse, sobre todo las esposas. El marido tiene su trabajo y está ocupado, y algunas veces las esposas tardan algún tiempo en congeniar con otras esposas. Ya me comprende.

—Pero ¿hay que quedarse aquí?

—¿Quedarse aquí? No la comprendo, *Mrs*. Betterton.

—Quiero decir si uno se queda aquí o va a algún otro sitio.

El doctor Nielson se mostró poco concreto.

—¡Ah! Eso depende de su marido. Ah, sí, sí, eso depende en gran parte de él. Hay posibilidades. Varias posibilidades. Le sugiero que… bueno, que vuelva a verme dentro de unas tres semanas, y me diga qué tal se encuentra aquí y demás.

—¿No se sale de aquí para nada?

—¿Salir, *Mrs*. Betterton?

—Quiero decir fuera de las verjas.

—Es una pregunta muy natural —señaló Nielson—. Sí, sí, muy natural. La mayoría la hacen cuando vienen aquí. Pero el caso es que nuestra Unidad constituye un mundo en sí misma. No hay nada por qué salir. Estamos en pleno desierto. No se lo reprocho, *Mrs*. Betterton. La mayoría de personas sienten lo mismo la primera vez que vienen aquí. Ligera claustrofobia. Así es como la define el doctor Rubec. Pero yo le aseguro que eso pasa. Es un lastre, por así decirlo, del mundo que acaba de dejar. ¿Ha observado alguna vez un hormiguero, *Mrs*. Betterton? Es muy interesante, interesante e instructivo. Cientos de miles de insectos negros yendo de un lado a otro, tan decididos, activos y con un fin determinado. Y no obstante todo el conjunto es un embrollo. Así es el viejo mundo que usted ha abandonado. Aquí hay comodidad, trabajo y tiempo indefinido. Se lo aseguro, es el paraíso terrenal.

Capítulo XIII

—Es como un colegio —comentó Hilary. Se encontraba de nuevo en sus habitaciones. Los vestidos y cosméticos que había escogido le aguardaban en su dormitorio. Colgó los trajes en el armario y dispuso las demás cosas a su gusto.

—Sí, lo sé —confirmó Betterton—. Al principio yo pensaba lo mismo.

Su conversación era prudente y un tanto formal. Seguía pesando sobre ellos la sombra de un posible micrófono. Thomas añadió de una manera un tanto ambigua:

—Todo va bien. Creo que probablemente todo fuera producto de mi imaginación. De todas maneras…

Dejó la frase sin terminar, pero Hilary comprendió que lo que quedaba por decir era: «… pero de todas maneras, será mejor que andemos con cuidado».

Todo aquello, pensó Hilary, era como una fantástica pesadilla.

Allí estaba ella con un extraño y, no obstante, la incertidumbre y el peligro hacia que ninguno de los dos se sintiera violento. Era como escalar una montaña suiza donde se comparte una cabaña con los guías y otros escaladores como algo muy natural.

—Cuesta un poquitín acostumbrarse —añadió Betterton al cabo de unos instantes—: Seamos muy naturales, corrientes. Más o menos como si todavía estuviésemos en casa.

Ella comprendió lo acertado de su consejo. Aquella sensación de irrealidad persistiría durante algún tiempo. No era momento para tratar las razones, las esperanzas y las desilusiones que impulsaron a Betterton a abandonar Inglaterra. Eran dos personajes que representaban su papel con una amenaza indefinida sobre sus cabezas.

—He tenido que pasar por un montón de formalidades médicas, psicológicas y todo eso.

—Sí. Siempre se hace. Es natural, supongo.

—¿Tú hiciste lo mismo?

—Más o menos.

—Luego fui a ver al subdirector, así creo que le llaman.

—Sí. Es quien dirige este sitio. Un hombre muy capaz y un buen administrador.

—¿Pero no es la cabeza de todo esto?

—¡Oh, no! Ése es el director.

—¿Lo veré?

—Supongo que sí, pero no suele dejarse ver a menudo. De cuando en cuando viene y nos echa un discurso. Posee una personalidad muy estimulante.

Betterton frunció el entrecejo muy levemente. Hilary consideró prudente abandonar el tema.

—La cena es a las ocho —dijo Betterton, mirando su reloj—. De ocho a ocho y media. Será mejor que bajemos, si estás dispuesta.

Habló en el mismo tono de quien está en un hotel.

Hilary se había puesto el vestido que acababa de adquirir. Era de un tono gris verdoso muy suave que resaltaba su roja cabellera.

Se puso un collar bastante bonito y dijo que estaba lista. Bajaron la escalera y, tras recorrer varios pasillos, llegaron al gran comedor.

Miss Jennson salió a su encuentro.

—Le he preparado una mesa algo más grande, Tom. Dos compañeros de viaje de su esposa se sentarán con ustedes, y los Murchison, desde luego.

Se dirigieron a la mesa indicada. La mayoría eran para cuatro, ocho o diez personas. Andy Peters y Ericsson ya estaban sentados y se pusieron en pie al acercarse Hilary y Tom. La joven les presentó a «su marido». Luego se unió a ellos otra pareja. Betterton les presentó como el doctor Murchison y su esposa.

—Simon y yo trabajamos en el mismo laboratorio —explicó.

Simon Murchison era un hombre joven, delgado y de aspecto anémico. Tendría unos veintiséis años. Su esposa era una robusta morena. Hablaba con fuerte acento extranjero, e Hilary supuso que debía ser italiana. Se llamaba Bianca. Saludó a la joven cortésmente, aunque, al menos eso le pareció a ella, con cierta

reserva.

—Mañana le enseñaré este lugar. Usted no es científica, ¿verdad?

—No, no recibí formación científica —replicó Hilary—. Antes de casarme era secretaria.

—Bianca es abogada —comentó su esposo—. Ha estudiado económicas y derecho mercantil. Algunas veces da conferencias, pero es difícil encontrar en qué ocupar todo el tiempo disponible.

Bianca se encogió de hombros.

—Ya me las apaño. Después de todo, Simon, vine aquí para estar contigo y creo que hay muchas cosas que podrían organizarse. Estoy estudiando las condiciones. Quizá *Mrs*. Betterton, que no está ligada a ningún trabajo científico, pueda ayudarme en estas cosas.

Hilary se apresuró a aceptar. Andy Peters les hizo reír a todos diciendo tristemente:

—Me siento como un niño pequeño que acaba de ingresar en un colegio y siente nostalgia de su casa. Celebraré comenzar a trabajar.

—Es un lugar maravilloso para el trabajo —afirmó Simon Murchison con entusiasmo—. Sin interrupciones y con todos los aparatos que se desean.

—¿Cuál es su especialidad? —le preguntó Andy Peters.

Los tres hombres se enfrascaron en una conversación técnica que Hilary apenas entendía. Se dirigió a Ericsson que estaba reclinado en su silla mirando al vacío.

—¿Y usted? —le preguntó—. ¿También se siente como un niño nostálgico?

Él la miró como si regresara de muy lejos.

—Yo no necesito un hogar. Todas estas cosas: hogar, lazos afectivos, padres, hijos son grandes estorbos. Para trabajar hay que ser completamente libre.

—¿Y usted cree que aquí lo será?

—Todavía no puedo decirlo. Eso espero.

—Después de cenar se puede escoger entre varias cosas —le dijo Bianca a Hilary—. Hay un salón de juego en el que se puede jugar a *bridge*. También hay un cine, tres noches por semana se ofrecen representaciones teatrales. De cuando en cuando también organizan un baile.

Ericsson frunció el entrecejo.

—Todas esas cosas son innecesarias —comentó—. Disipan energías.

—Para las mujeres, no —respondió Bianca—. Para nosotras son necesarias.

Él la miró con frialdad y disgusto.

«Para Ericsson, las mujeres también somos innecesarias», pensó Hilary.

—Yo me acostaré temprano —comentó en voz alta bostezando deliberadamente—. Creo que esta noche no me apetecerá ver ninguna película ni jugar al *bridge*.

—Sí, querida —se apresuró a decir Tom Betterton—. Es mucho mejor que te acuestes pronto y descanses. Recuerda que has tenido un viaje agotador. —Se levantaron de la mesa y añadió—: Aquí el aire es maravilloso de noche. Solemos dar una vuelta por la terraza-jardín, antes de ir a divertirnos o estudiar. Subiremos un rato y luego te acuestas.

Subieron en un ascensor manejado por un nativo de magnífico aspecto, vestido de blanco. Hilary se fijó en que los asistentes eran más morenos y más corpulentos que los delgados bereberes, que tenían el tipo del desierto.

A la joven le sorprendió la inesperada belleza de la terraza y también por el gasto que representaba. Debían haber subido hasta allí toneladas de tierra, y el resultado era como un cuento de *Las mil y una noches*. Se oía el murmullo del agua, y había gran cantidad de altas palmeras, bananos y plantas tropicales, y caminos de azulejos con multicolores dibujos de flores persas.

—¡Es increíble! ¡Aquí, en medio del desierto! —Y dijo lo que había pensado—: Parece un cuento de *Las mil y una noches*.

—Estoy de acuerdo con usted, *Mrs*. Betterton —dijo Murchison —. ¡Parece exactamente la obra del genio de la lámpara! Supongo que ni siquiera en el desierto hay nada que no pueda conseguirse teniendo agua y dinero en abundancia.

—¿De dónde viene el agua?

—De un manantial que nace de lo más profundo de la montaña. Esa es la *raison d'étre* de la Unidad.

Muchas personas paseaban por el jardín, pero poco a poco se fueron retirando. Los Murchison se excusaron. Iban a asistir a la representación de un *ballet*.

Quedaba ya muy poca gente. Betterton guio a Hilary con una mano sobre su brazo hasta un lugar despejado cerca del parapeto.

Las estrellas brillaban sobre sus cabezas y el aire era ahora fresco y estimulante. Estaban solos. Hilary se sentó en un banco y Betterton permaneció de pie.

—Ahora, dime —le dijo en voz baja y alterada—. ¿Quién diablos eres tú?

Ella le miró un instante sin responder. Antes de contestar a su pregunta, había algo que ella necesitaba saber una cosa:

—¿Por qué me reconociste como tu esposa?

Se miraron. Ninguno de los dos deseaba ser el primero en hablar. Era un duelo de voluntades, pero Hilary sabía que, por fuerte que fuera la de Tom Betterton cuando dejó Inglaterra, ahora era inferior a la suya. Ella había llegado allí dispuesta a organizar su propia vida. Tom Betterton vivía una existencia planeada. Ella era la más fuerte.

Al fin, Tom apartó la vista y susurró de mala gana:

—Fue sólo un impulso. Probablemente fui un tonto. Imaginé que te habían enviado para sacarme de este lugar.

—Entonces, ¿quieres salir de aquí?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes preguntarlo?

—¿Cómo llegaste hasta aquí desde París?

Tom Betterton soltó una risa amarga.

—No me secuestraron ni nada parecido, si eso es lo que piensas. Vine por mi propia voluntad, y lleno de entusiasmo.

—¿Sabías que venías aquí?

—No tenía la menor idea de que venía a África, si es eso a lo que te refieres. Me pillaron con el cebo habitual. La paz en la tierra, la libertad de compartir los secretos científicos con todos los hombres de ciencia del mundo, la desaparición del capitalismo y los belicistas, ¡la palabrería de costumbre! Ese individuo, Peters, que vino contigo, se ha tragado el mismo anzuelo.

—¿Y cuando llegaste aquí, descubriste que no era así?

De nuevo se volvió a oír su risa amarga.

—Ya lo verás por ti misma. Oh, tal vez sea así, más o menos. Pero no de la manera que uno imagina. No hay libertad.

Se sentó a su lado con el entrecejo fruncido.

—Eso es lo que me hundió en casa. La sensación de ser vigilado

continuamente y las medidas de seguridad. El tener que dar cuenta de todos tus actos, de los amigos. Todo necesario, tal vez, pero que al fin termina por hundirte. Y entonces, cuando alguien se presenta con una proposición, le escuchas. Todo suena muy bonito. —Rio de nuevo—. ¿Y dónde terminas? ¡Aquí!

—¿Quieres decir que estás exactamente en las mismas circunstancias de las que tratabas de escapar? ¿Estás vigilado como antes, del mismo modo, o quizá peor?

Betterton apartó un mechón de pelo de su frente con un gesto nervioso.

—No lo sé. Francamente, lo ignoro. No puedo estar seguro. Tal vez sean cosas de mi imaginación. No sé si me vigilan. ¿Por qué habían de espiarme? ¿Por qué habrían de preocuparse? Me tienen aquí prisionero, en una cárcel.

—¿Y no es eso lo que habías imaginado?

—Eso es lo más extraño de todo. Supongo que, en cierto modo, sí. Las condiciones de trabajo son perfectas. Se tienen todas las facilidades y toda clase de aparatos. Puedo trabajar durante tanto tiempo como quiera, o sólo un rato. Tenemos toda clase de comodidades: alimentos, vestidos, vivienda, pero no olvidas nunca que estás en prisión.

—Lo sé. Cuando las puertas se cerraron sentí esa horrible sensación —señaló Hilary con un estremecimiento.

—Bien —Betterton pareció recobrarse—. Ya he contestado a tu pregunta. Ahora responde a la mía. ¿Qué es lo que haces aquí pretendiendo ser Olive?

—Olive… —se detuvo buscando las palabras.

—Sí. ¿Qué le ha ocurrido a Olive? ¿Qué es lo que intentas decirme?

Ella contempló con tristeza el rostro macilento y nervioso.

—He estado temiendo tener que decírtelo.

—¿Es que le ha ocurrido algo?

—Sí. No sabes cuánto lo siento. Tu esposa ha muerto. Venía a reunirse contigo y el avión se estrelló. La llevaron a un hospital, donde murió dos días después.

Él miró a lo lejos como si no estuviera dispuesto a demostrar emoción alguna.

—¿De modo que ha muerto? —preguntó tranquilamente.

Se hizo un prolongado silencio. Luego Tom se volvió hacia ella.

—Muy bien. Sigamos. Tú ocupaste su puesto y viniste aquí. ¿Por qué?

Esta vez Hilary estaba dispuesta a responder. Betterton creía que había sido enviada «para sacarlo de allí», pero no era así. Su posición era más bien la de una espía. La habían enviado para conseguir información, no para planear la huida de un hombre que se había situado por gusto en la posición en que se encontraba. Además, ella no contaba con ningún medio. Estaba tan prisionera como él.

Confiar en Tom podría resultar peligroso. Betterton estaba próximo a desmoronarse. En cualquier momento podían fallarle los nervios y, en semejante circunstancias, sería una locura esperar que guardara un secreto.

—Yo estaba en el hospital con tu esposa cuando falleció. Me ofrecí a ocupar su puesto y tratar de llegar hasta ti. Quiso que te trajera un mensaje a toda costa.

Betterton frunció el entrecejo.

—Pero seguramente…

Ella se apresuró a continuar antes de que comprendiera lo endeble de su historia.

—No es tan absurdo como parece. Comprende. Yo simpatizo con todas estas ideas, esas ideas de las que acabas de hablarme. Compartir los secretos científicos con todas las naciones, un nuevo orden mundial. Sentía entusiasmo por todo esto. Y luego el pelo. Si ellos esperaban a una mujer pelirroja aproximadamente de mi edad, pensé que lograría pasar por Olive. Me pareció que, de todas maneras valía la pena probarlo.

—Sí —le miró la cabeza—. Tienes el mismo pelo de Olive.

—Y luego, comprende, tu esposa insistió mucho en el mensaje que quería que te transmitiera.

—¡Oh, sí, el mensaje! ¿Qué mensaje?

—Decirte que tuvieras cuidado, mucho cuidado. Que estabas en peligro y que no te fiaras de alguien llamado Boris.

—¿Boris? ¿Te refieres a Boris Glydr?

—Sí, ¿lo conoces?

—Nunca lo he visto, pero lo conozco de nombre. Es un pariente de mi primera esposa. Sé quien es.

—¿Por qué es peligroso?

—¿Qué? —exclamó distraído.

Hilary repitió la pregunta.

—¡Oh, eso! —Pareció volver de muy lejos—. No sé por qué habría de ser peligroso para mí, pero es cierto que en todos sentidos es un individuo peligroso.

—¿En qué sentido?

—Es uno de esos idealistas medio chalados que matarían satisfechos a media humanidad si por alguna razón lo considerara conveniente.

—Conozco la clase de persona a la que te refieres. —Creía saberlo muy bien—. Pero ¿por qué?

—¿Olive lo había visto? ¿Qué te dijo?

—No sé qué decirte. Esto es todo lo que me dijo. Habló del peligro… ¡Ah, sí, que no podía creerlo!

—¿Creer qué?

—No lo sé. —Vaciló un momento y luego dijo—: Comprende, estaba agonizando.

Un espasmo de dolor contrajo su rostro.

—Lo sé, lo sé. Ya me iré acostumbrando con el tiempo. Ahora no puedo creerlo. Pero me intriga lo de Boris. ¿Cómo podría ser peligroso para mí, aquí? Supongo que si vio a Olive, debía estar en Londres.

—Sí, estaba en Londres.

—Entonces, sencillamente, no lo entiendo. Oh, bueno, ¿qué importa? ¿Qué diablos importa nada? Aquí estamos hundidos en esta maldita Unidad y rodeados de un montón de autómatas.

—Esa es la impresión que me dan.

—Y no podemos salir. —Dejó caer su puño crispado sobre el banco—. No podemos salir.

—¡Oh, sí podemos! —afirmó Hilary.

Él la miró con sorpresa.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Encontraremos el medio —insistió confiada.

—Mi querida amiga —ser rio con sarcasmo—, ¡no tienes la menor idea de lo que es este lugar!

—La gente escapó de los sitios más inverosímiles durante la guerra. Cavando túneles, o lo que sea.

—¿Cómo se puede hacer un túnel en la roca viva? ¿Y en qué dirección? Estamos en medio del desierto.

—Entonces tendrá que ser «lo que sea».

Tom la miró. Ella sonreía con una confianza más voluntariosa que auténtica.

—¡Eres una criatura extraordinaria! ¡Pareces muy segura de ti misma!

—Siempre hay un medio. Supongo que requerirá tiempo y mucho cálculo.

—Tiempo. —El rostro de Tom volvió a ensombrecerse—. Eso es lo que yo no tengo.

—¿Por qué?

—No sé si serás capaz de comprenderlo. La verdad es que no puedo trabajar aquí.

—¿Qué quieres decir? —Hilary frunció el entrecejo.

—¿Cómo explicártelo? No puedo trabajar. No puedo pensar. En mi trabajo hay que concentrarse muchísimo. En parte es creativo. Desde que he llegado aquí he perdido el estímulo. Todo lo que puedo hacer son cosas rutinarias que haría cualquier científico barato, pero no me trajeron aquí para eso. Ellos quieren algo original y yo no puedo hacerlo. Cuanto más nervioso me pongo, más miedo tengo y estoy en peores condiciones para hacer nada que valga la pena. Y eso me está volviendo loco, ¿comprendes?

Sí, ahora lo comprendía. Recordó los comentarios del doctor Rubec acerca de las *prima donna* y los científicos.

—Si yo no hago nada de provecho, ¿para qué sirvo en una organización como ésta? Me liquidarán.

—¡Oh, no!

—¡Claro que sí! Aquí no hay sentimentalismos. Lo que me ha salvado hasta ahora es el asunto de la cirugía estética. Lo hacen poco a poco. Y es lógico que un individuo que sufre constantes operaciones no pueda concentrarse. Pero ahora ya han terminado.

—Pero ¿por qué lo han hecho? ¿Con qué objeto?

—Oh, por seguridad. Quiero decir por mi seguridad personal. Se hace si eres un hombre «buscado».

—Entonces, ¿eres un hombre «buscado»?

—Sí, ¿no lo sabías? ¡Oh, supongo que no lo publicaron en los periódicos! Quizá ni siquiera Olive lo sabía. Pero me buscan, desde

luego.

—¿Quieres decir por traición? ¿Es que les has vendido secretos atómicos?

Él rehuyó la mirada.

—No les he vendido nada. Les conté todo lo que sabía de nuestros procedimientos sin recibir nada a cambio. No sé si podrás creerme, pero deseaba hacerlo. Reunir todos los conocimientos científicos, formaba parte de este tinglado. ¿Me comprendes, no?

Lo comprendía perfectamente. También comprendía a Andy Peters. Incluso veía a Ericsson con sus ojos de fanático soñador traicionando alegremente a su patria. No obstante, le costaba imaginar a Tom Betterton haciendo una cosa semejante, y comprendió asustada que era por la misma diferencia que existía entre el Betterton que había llegado unos meses atrás pletórico de entusiasmo y el de ahora, nervioso, fracasado, deshecho, un hombre cualquiera terriblemente asustado.

Y mientras ella consideraba la lógica de estos pensamientos, Betterton miró nervioso a su alrededor.

—Todos han bajado —dijo—. Será mejor que…

Hilary se puso en pie.

—Sí. Pero no te preocupes. Todos lo encontrarán natural, dadas las circunstancias.

—Tendremos que seguir adelante con toda esa farsa. Quiero decir que tendrás que seguir siendo mi esposa —dijo con voz ronca.

—Desde luego.

—Pero no te preocupes. Quiero decir que no debes temer nada. Yo dormiré en la salita. —Tragó saliva avergonzado.

«¡Qué guapo es!», pensó Hilary, mirando su perfil. «¡Y qué poco me atrae!».

—No creo que debamos preocupamos por eso —dijo alegremente—. Lo importante es salir de aquí con vida.

Capítulo XIV

En una habitación del hotel *Mamounia*, de Marrakech, el hombre llamado Jessop hablaba con *miss* Hetherington. Esta vez se trataba de una *miss* Hetherington muy distinta de la que Hilary conociera en Casablanca y Fez. La misma apariencia, el mismo vestido, el mismo deprimente peinado, pero su actitud había cambiado. Ahora era una mujer enérgica y competente que daba la sensación de ser mucho más joven de lo que representaba. El tercer hombre de la habitación era un hombre moreno y robusto, de mirada inteligente. Tabaleaba con los dedos sobre la mesa, tarareando por lo bajo una cancioncilla francesa.

—… y que usted sepa —decía Jessop—, ésas son las únicas personas con las que habló en Fez.

Janet Hetherington asintió.

—Esa mujer llamada Calvin Baker a quien ya habíamos conocido en Casablanca. Confieso francamente que no he conseguido formarme una opinión de ella. Hizo todo lo posible para agradar a Olive Betterton y a mí también. Pero las norteamericanas son así, les gusta entablar conversación con las personas en los hoteles y acompañarlas en sus viajes.

—Sí —confirmó Jessop—, es todo demasiado evidente para lo que buscamos.

—Y además —prosiguió Janet Hetherington—, ella también iba en ese avión.

—Usted, da por hecho que el accidente fue premeditado —dijo Jessop, mirando de soslayo al hombre moreno y cuadrado—. ¿Y usted, Leblanc, qué opina?

El aludido dejó de tabalear con los dedos por unos momentos e interrumpió la tonadilla.

—*Ça se peut*. Pudo tratarse de un sabotaje y por eso se estrelló. Nunca lo sabremos. El aparato se incendió al estrellarse y todos los que iban a bordo perdieron la vida.

—¿Qué sabe del piloto?

—¿Alcadi? Joven y bastante competente. Nada más, y que le pagaban muy mal. —Esto último lo añadió después de una breve pausa.

—Por lo tanto, dispuesto a aceptar otro empleo, pero no un candidato al suicidio —comentó Jessop.

—Se encontraron siete cadáveres —continuó Leblanc. Carbonizados, irreconocibles, pero siete cadáveres. No podemos apartarnos de esto.

Jessop se volvió a Janet Hetherington.

—¿Qué estábamos diciendo? —le preguntó.

—En Fez había una familia francesa con la que *Mrs*. Betterton cambió algunas palabras, y un hombre de negocios suizo muy rico con una muchacha muy atractiva, y el magnate del petróleo, *monsieur* Aristides.

—¡Ah, sí, ese personaje fabuloso! —exclamó Leblanc—. Me he preguntado a menudo, ¿qué debe sentirse al tener tanto dinero? Yo me lo gastaría en las carreras, en las mujeres y en todas las cosas que ofrece el mundo, pero el viejo Aristides se encierra en el castillo que tiene en España; desde luego, lo tiene, *mon cher*, y colecciona, dicen, porcelana china. Pero hay que tener en cuenta —agregó— que ha cumplido los setenta, y es posible que a esa edad lo único que le interese sea la porcelana china.

—Según los chinos —replicó Jessop—, entre los sesenta y los setenta años es cuando se vive más intensamente y uno es capaz de apreciar la belleza y los placeres de la vida.

—*¡Pas moi!* —exclamó Leblanc.

—En Fez había también algunos alemanes —continuó Janet Hetherington—, pero que yo sepa no cruzaron palabra alguna con Olive Betterton.

—Tal vez un camarero, o un criado —dijo Jessop.

—Eso siempre es posible.

—¿Y dice que fue sola a la ciudad antigua?

—Fue con uno de los guías oficiales. Alguien pudo ponerse en contacto con ella durante la excursión.

—De todas formas la decisión de ir a Marrakech fue muy repentina.

—No tanto —le corrigió Janet—. Ya tenía hechas las reservas.

—¡Ah, me equivoqué! Lo que quise decir es que *Mrs*. Calvin Baker se decidió un tanto repentinamente a acompañarla. —Se levantó para caminar arriba y abajo—. Voló hacia Marrakech, el avión se estrella y es pasto de las llamas. Parece que a las personas llamadas Olive Betterton les es fatídico el viaje por el aire. Primero el accidente de Casablanca, y luego este otro. ¿Fue un accidente o lo provocaron? Si había personas que deseaban librarse de Olive Betterton, hubieran encontrado medios más sencillos que estrellar un avión, digo yo.

—Nunca se sabe —replicó Leblanc—. Compréndame, *mon cher*. Cuando se llega a ese estado de ánimo en el que las vidas humanas no cuentan, entonces es más fácil poner un explosivo debajo del asiento del avión, que aguardar en una esquina una noche oscura y clavarle un cuchillo por la espalda. Así que se deja el paquete y el hecho de que mueran otras seis personas ni siquiera se toma en consideración.

—Claro que estoy en minoría —dijo Jessop—, pero todavía sigo pensando que existe una tercera posibilidad: que simularon el accidente.

Leblanc le miró con interés.

—Sí, eso pudo hacerse. Pudieron aterrizar y luego prender fuego al avión. Pero no podemos apartarnos del hecho, *mon cher* Jessop, de que había personas a bordo. Y que los cuerpos carbonizados estaban allí.

—Lo sé —contestó Jessop—. Ese es el obstáculo. Oh, no dudo de que mis ideas son fantásticas, pero es un fin demasiado perfecto para nuestra cacería. Demasiado, eso es lo que yo siento. Significa que se acabó. Escribir RIP en el margen de nuestro informe y darlo por terminado. Ya no tenemos rastro alguno que seguir. —Se volvió a Leblanc—. ¿Están rastreando la zona?

—Desde hace dos días —contestó el aludido—. Hombres expertos. Claro que el lugar donde se estrelló el avión es un punto particularmente solitario. Por cierto, se había desviado de su ruta.

—Lo cual es significativo —intervino Jessop.

—Se está investigando a fondo en todos los pueblos cercanos, las

rodadas muy próximas de un coche, las viviendas, todo. En este país tanto como en el suyo, comprendemos la importancia de la investigación. También Francia ha perdido alguno de sus jóvenes científicos. En mi opinión, *mon cher*, es más fácil controlar a los temperamentales cantantes de ópera que a los científicos. Estos jóvenes son geniales, excéntricos rebeldes, y lo más peligroso es que son de los más crédulos. ¿Qué es lo que imaginan que ocurre *lá-bas*? ¿Dulzuras, luz, deseos de descubrir la verdad o el secreto de la longevidad? ¡Cielos, qué desilusión les espera, pobrecillos!

—Repasemos de nuevo la lista de pasajeros —dijo Jessop.

El francés alargó la mano para coger un papel de una bandeja y tendérsela a su colega. Los dos hombres lo repasaron juntos.

—*Mrs*. Calvin Baker, estadounidense; *Mrs*. Betterton, inglesa; Torquil Ericsson, noruego. A propósito, ¿qué se sabe de él?

—Nada que llame la atención —afirmó Leblanc—. Era joven, no tendría más de veintisiete o veintiocho años.

—Me suena ese nombre —dijo Jessop con el entrecejo fruncido —. Creo… estoy casi seguro de que dio una conferencia en la Royal Society.

—Luego está la *religieuse* —continuó Leblanc, volviendo la lista —. La hermana Marie no-sé-qué. Andrew Peters, también de Estados Unidos. El doctor Barron. Era muy conocido le docteur Barron. Un hombre eminente. Un experto en enfermedades infecciosas.

—Guerra biológica —señaló Jessop—. Concuerda. Todo concuerda.

—Un hombre mal pagado y descontento —dijo el francés—. ¿Cuántos fueron a Saint-Ives? —murmuró Jessop.

Leblanc le dirigió una rápida mirada de incomprensión y el otro se disculpó.

—Es una antigua canción infantil. En lugar de Saint-Ives ponga un interrogante. Quiere decir «a ninguna parte».

Sonó el teléfono y Leblanc lo atendió.

—*¿Alló? ¿Qu'est-ce qu' il y a?* Ah, sí, hágalo subir. —Miró a Jessop con el rostro súbitamente animado—. Era uno de mis hombres que me informaba. Parece ser que han descubierto algo. *Mon cher collègue*, es posible, y no digo más, que su optimismo sea justificado.

Casi en seguida dos hombres entraron en la estancia. El primero recordaba algo a Leblanc. El mismo tipo macizo, moreno e inteligente. Sus ademanes eran respetuosos, pero se notaba su satisfacción. Vestía a la europea, aunque sus ropas estaban muy manchadas y cubiertas de polvo. Evidentemente acababa de llegar de viaje. Le acompañaba un nativo con el típico vestido blanco, que mostraba la digna compostura de aquellos que viven en lugares remotos. Sus maneras eran corteses, aunque no serviles. Miraba a su alrededor con algo de asombro mientras el otro hablaba rápidamente en francés.

—Se ofreció una recompensa —explicó—, y este tipo, su familia y muchos de sus amigos, han estado buscando diligentemente. Lo he traído para que él mismo le entregue lo que encontró y por si quiere hacerle alguna pregunta.

Leblanc miró al beréber.

—Ha realizado un buen trabajo —dijo, empleando el lenguaje nativo—. Tiene los ojos de un halcón. Muéstrenos su descubrimiento.

De un pliegue de la blanca túnica, sacó un objeto diminuto y lo depositó sobre la mesa. Era una perla sintética bastante grande de un gris rosáceo.

—Es como la que me enseñaron a mí y a los otros —dijo—. Tiene valor y yo la he encontrado.

Jessop alargó la mano y cogió la perla. De su bolsillo sacó otra exactamente igual para examinarlas conjuntamente. Luego, se acercó a la ventana y las contempló a través de una lupa.

—Sí, la marca está aquí. —Su voz vibró excitada mientras volvía a la mesa—. Buena chica —dijo—, buena chica. ¡Lo hizo!

Leblanc estaba interrogando al beréber en árabe. Cuando acabó se volvió hacia Jessop.

—Le presento mis excusas, *mon cher collègue*. Esta perla fue encontrada casi a media milla del aparato.

—La cual demuestra —señaló Jessop— que Olive Betterton sobrevivió al accidente y, a pesar de que se encontraron siete cadáveres carbonizados, uno de ellos, desde luego, no era el suyo.

—Ahora extenderemos la búsqueda —dijo Leblanc. Volvió a dirigirse al beréber, que sonrió contento y abandonó la habitación con el hombre que le había acompañado—. Será recompensado

como se le prometió, y ahora buscarán por todas partes esas perlas. Esta gente tiene ojos de halcón y la noticia de que pueden ganar un buen dinero como recompensa correrá como un reguero de pólvora. ¡Creo, *mon cher collègue*, que obtendremos resultados! Confiemos en que no hayan adivinado lo que estaba haciendo.

Jessop meneó la cabeza.

—Era algo muy natural. Se rompe el collar, se recogen aparentemente las perlas que se han caído y se guardan en un bolsillo, que tiene un pequeño agujero. Además, ¿por qué iban a sospechar de ella? Es Olive Betterton, ansiosa por reunirse con su marido.

—Debemos revisar este asunto bajo este nuevo aspecto. —Leblanc le pasó la lista de pasajeros—. Olive Betterton y el doctor Barron. Dos por lo menos que iban adonde tenían que ir. La norteamericana, *Mrs*. Calvin Baker. En cuanto a ella mantendremos una actitud abierta. Dice usted que Torquil Ericsson dio una conferencia ante la Royal Society. Peters, el norteamericano, según su pasaporte, era químico investigador. La *religieuse*… bueno, podría ser un buen disfraz. En resumen, una serie de personas traídas desde distintos puntos para que viajaran en el mismo aparato en ese preciso día. Y luego el avión es descubierto en llamas y en su interior aparece un número conveniente de cadáveres carbonizados. Y yo me pregunto: ¿Cómo pudieron hacerlo? *¡Enfin, c'est colossal!*

—Sí —comentó Jessop—. Fue el último toque convincente. Pero ahora sabemos que seis o siete personas emprendieron un nuevo viaje, y sabemos cuál fue su punto de partida. ¿Qué haremos ahora, visitar el lugar?

—Exacto —replicó Leblanc—. Montaremos nuestro cuartel general en la vanguardia. Si no me equivoco, ahora que estamos sobre la pista surgirán nuevas pruebas.

—Si nuestros cálculos son exactos —concluyó Jessop—, tendrá que haber resultados.

Los cálculos fueron muchos y diversos. La velocidad promedio de un coche, las paradas para repostar gasolina, los pueblos donde los viajeros pudieron pasar la noche. Las pistas eran muchas y confusas, las desilusiones eran constantes, pero de cuando en cuando se obtenía un resultado positivo.

—*¡Voilá, mon capitaine!* Una búsqueda en las letrinas como usted

ordenó. En un rincón oscuro de la letrina de la casa de un tal Abdul Mohamed se encontró una perla incrustada en un pedazo de goma de mascar. Él y sus hijos fueron interrogados. Al principio negaban, pero al fin tuvieron que confesar. Una camioneta con seis personas, que dijeron ser de una expedición arqueológica alemana, pasaron la noche en su casa. Les pagaron mucho dinero y les dijeron que lo mantuvieran en secreto, con la excusa de que pensaban realizar algunas excavaciones ilícitas. Unos niños del pueblo de El Kaif también trajeron otras dos perlas. Ahora sabemos la dirección. Y aún hay más, *monsieur le capitaine*, la mano de Fátima fue vista como usted predijo. Este tipo se lo dirá.

El «tipo» en cuestión era un beréber de aspecto salvaje.

—Estaba con mi rebaño por la noche y oí un coche. Cuando pasó junto a mí vi la mano de Fátima recortada en uno de sus costados. Le digo que resplandecía en la oscuridad.

—La aplicación del fósforo en un guante puede resultar muy eficaz —murmuró Leblanc—. Le felicito por la idea, *mon cher*.

—Es efectiva, pero peligrosa —contestó Jessop—. Quiero decir que también pudo ser vista fácilmente por los fugitivos.

Leblanc se encogió de hombros.

—No podía ser vista a la luz en pleno día.

—No, pero si se hubieran detenido y apeado del coche en la oscuridad…

—Incluso, en ese caso. Es una superstición árabe muy conocida. La pintan a menudo en los carros y vagones. Sólo hubiesen pensado que un piadoso musulmán la había pintado con pintura fosforescente en su vehículo.

—Es cierto, pero debemos estar prevenidos. Porque si nuestros enemigos lo notaron, es muy posible que nos proporcionen una pista falsa de manos de Fátima fosforescentes.

—Ah, en cuanto a esto, estoy de acuerdo con usted. Debemos estar ojo avizor. Siempre, siempre alerta.

A la mañana siguiente Leblanc recibió otras tres perlas falsas dispuestas en forma de triángulo en un pedazo de goma de mascar.

—Esto significa —dijo Jessop— que la próxima etapa del viaje fue en avión.

Interrogó a Leblanc con la mirada.

—Está usted en lo cierto —replicó el otro—. Esto fue encontrado

en un aeródromo militar abandonado en un lugar solitario y remoto. Había señales recientes del aterrizaje y despegue de un avión. —Se encogió de hombros—. Un avión desconocido que, una vez más, partió con rumbo ignorado. Esto nos deja de nuevo parados y sin saber dónde recuperar el rastro.

Capítulo XV

«Es increíble», pensó Hilary. «Es increíble que lleve aquí diez días». Lo más preocupante, pensaba Hilary, era ver con qué facilidad se acostumbraba una a todo. Recordó que en una ocasión había visto en Francia un peculiar instrumento de tortura de la Edad Media: una jaula de hierro donde se encerraba al prisionero que no podía tenderse, estar de pie ni sentarse. El guía les contó que el último hombre encerrado allí había vivido dieciocho años, y luego, otros veinte más cuando lo sacaron de la jaula hasta que murió ya anciano.

Esta adaptabilidad era lo que diferenciaba al hombre de los animales.

El hombre puede vivir en cualquier clima, comiendo de todo y en las condiciones que sean. Puede sobrevivir libre o en cautiverio.

Al llegar a la Unidad, Hilary sintió un pánico ciego, una horrible sensación de encierro y frustración, y el hecho de que la cárcel estuviera disimulada con toda clase de lujos hacía que le resultara aún más temible. Y no obstante, ahora y después de tan sólo una semana, había ya comenzado a aceptar aquellas condiciones de vida como naturales. Era una existencia extraña. Nada parecía del todo real, y sentía que el sueño duraba ya bastante tiempo y que seguiría durando algún tiempo más. Quizá para siempre. Viviría siempre allí, en la Unidad. Esto era la vida y no había nada más en el exterior.

Esta peligrosa adaptación, pensó, se debía en parte a su condición de mujer. Las mujeres eran adaptables por naturaleza. Es su fortaleza y su debilidad: examinan el entorno, lo aceptan y, como son realistas, procuran sacar el mayor provecho posible.

Lo que más interesaba a la joven eran las reacciones de las

personas que llegaron con ella. A Helga Needheim apenas la veía, como no fuera algunas veces a la hora de las comidas. Cuando se encontraban, la alemana le dedicaba una inclinación de cabeza, pero nada más. Por lo que podía ver, Helga era feliz y estaba satisfecha.

Evidentemente la Unidad correspondía a la imagen que se había formado. Pertenecía al tipo de mujer absorta en su trabajo y que se apoya en su natural arrogancia. Su superioridad y la de sus compañeros científicos era el primer artículo en el credo de Helga Needheim. No creía en la paz del mundo, ni en la hermandad de los hombres, ni en la libertad de mente y espíritu. Para ella el futuro se reducía a la conquista. La raza superior, de la que ella era miembro, gobernaría al resto del mundo constituido por esclavos que, de portarse bien, serían tratados con condescendencia. A Helga no le importaba si los puntos de vista de sus compañeros de trabajo eran distintos, si sus ideas eran comunistas más que fascistas. Si hacían bien su trabajo, eran necesarios y sus ideas ya cambiarían.

El doctor Barron era más inteligente que Helga Needheim.

Algunas veces Hilary sostenía alguna breve conversación con el francés. Estaba absorto en su trabajo y plenamente satisfecho de las condiciones para realizarlo, pero su mentalidad gala le impulsaba a investigar y analizar el medio en que se encontraba.

—No era lo que yo esperaba. No, francamente —dijo un día—. Entre *nous*, *Mrs*. Betterton, no me gustan las cárceles, y esto es una verdadera cárcel, por muy dorada que sea.

—¿No existe la libertad que buscaba? —le preguntó Hilary.

—No, se equivoca —respondió sonriendo—. Yo no buscaba la libertad. Soy un hombre civilizado, y los hombres civilizados sabemos que no existe semejante cosa. Sólo las naciones más jóvenes e inexpertas ponen la palabra «Libertad» en su estandarte. Siempre ha de haber un muro de seguridad. Y la esencia de la civilización es que el estilo de vida sea moderado. El término medio. Siempre se vuelve al término medio. Seré franco con usted: yo vine aquí por dinero.

Hilary le devolvió la sonrisa enarcando una ceja.

—¿Y de qué le sirve el dinero aquí?

—Paga los equipos de laboratorio más caros —replicó el doctor Barron—. No estoy obligado a ponerlo de mi bolsillo y, de este

modo, puedo servir a la ciencia y satisfacer mi propia curiosidad intelectual.

»Soy un hombre que ama su trabajo de veras, pero no por el bien a la humanidad. En general, he descubierto que los que van de benefactores son bastante tontos y, a menudo, incompetentes. No, lo que yo aprecio es el puro goce intelectual de la investigación. En cuanto al resto, antes de salir de Francia me pagaron una fuerte suma de dinero. La ingresé en un banco bajo otro nombre y, a su debido tiempo, cuando todo esto termine, podré gastarlo como mejor me plazca.

—¿Cuando todo esto termine? —repitió Hilary—. Pero ¿por qué ha de terminar?

—Hay que tener sentido común —replicó el doctor Barron—. No hay nada permanente. He llegado a la conclusión de que este lugar está dirigido por un loco. Permítame que le diga que un loco puede tener mucha lógica. Si uno es rico, lógico y al mismo tiempo loco, puede tener éxito y vivir sus ilusiones durante muchísimo tiempo. Pero al final —se encogió de hombros—, al final fracasará. Porque lo que ocurre aquí no es razonable. Y todo lo que no lo es, al final siempre sufre las consecuencias. Entretanto —volvió a encogerse de hombros—, me viene de perlas.

Torquil Ericsson, a quien Hilary suponía terriblemente desilusionado, parecía encontrarse muy a gusto en el ambiente de la Unidad. Menos práctico que el francés, vivía su propia ilusión. El mundo en que vivía era tan extraño para Hilary que no lo comprendía. Generaba una especie de austera felicidad, una inmersión en los cálculos matemáticos y una interminable lista de posibilidades. La extraña y despiadada rudeza de su carácter, asustaba a la joven. Le consideraba uno de esos seres que, en un rapto de idealismo, enviaría a la muerte a tres cuartas partes de la humanidad, para que la cuarta parte restante pudiera participar de una utopía impracticable, existente sólo en su imaginación.

Con Andy Peters, el norteamericano, Hilary estaba más de acuerdo. Quizá porque Peters era un hombre de talento, pero no un genio. Por lo que decían los demás, había deducido que era un químico de primera, hábil y cuidadoso, pero no un pionero. Peters, al igual que ella, en seguida odió y temió el ambiente de la Unidad.

—La verdad es que no sabía lo que me esperaba. Creí saberlo,

pero me equivocaba. El Partido no tiene nada que ver con este lugar. No estamos en contacto con Moscú. Esto es un montaje solitario, tal vez fascista.

—¿No cree usted que es demasiado aficionado a poner etiquetas? —le contestó Hilary.

Él reflexionó unos instantes.

—Tal vez tenga razón. Pensándolo bien, estas palabras no significan gran cosa. Pero sé una cosa: que quiero salir de aquí y saldré.

—No será fácil —replicó Hilary en voz baja.

Estaban paseando cerca de las cantarinas fuentes de la terraza-jardín después de la cena. La oscuridad y la luz de las estrellas creaban la sensación de encontrarse en los jardines del palacio de algún sultán. Los funcionales edificios de cemento quedaban ocultos de la vista.

—No, no será sencillo, pero no hay nada imposible.

—Me gusta oírle decir eso —exclamó Hilary—. ¡Oh, cómo me agrada!

Él la miró con comprensión.

—¿A usted también le desanima? —preguntó.

—Muchísimo. Pero no es eso lo que temo en realidad.

—¿No? ¿Qué, entonces?

—Lo que temo es llegar a acostumbrarme.

—Sí —dijo Peters pensativo—. Sí, sé a lo que se refiere. Aquí hay una especie de «sugestión de masas». Creo que tal vez tenga razón.

—Me parecería mucho más natural que la gente se rebelara.

—Sí, sí; yo he pensado lo mismo. La verdad es que me he preguntado más de una vez si no habrá algún truco.

—¿Truco? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, hablando con toda franqueza, como si nos dieran alguna droga.

»Sí. Pudiera ser. Algo en la comida o en la bebida que nos induzca a… ¿cómo diría yo…?, a la docilidad.

—¿Existe una droga semejante?

—No es mi especialidad, pero hay cosas que se administran a las personas para calmarlas, para sedarlas antes de una operación quirúrgica. Lo que no sé es si existe algo que pueda administrarse

durante un largo período de tiempo y que, al mismo tiempo, no disminuya el rendimiento de las personas. Me inclino a creer que producen este efecto mentalmente. Quiero decir que alguno de estos organizadores y administradores están muy versado en hipnosis, psicología y demás, y que, sin que nos demos cuenta, continuamente nos ofrecen sugestiones sobre nuestro bienestar, de que estamos consiguiendo el objetivo final (el que sea), y todo esto produce un efecto definitivo. Se pueden conseguir muchas cosas por ese camino, si se sabe cómo hacerlo.

—Pero nosotros no debemos someternos —exclamó Hilary con calor—. No debemos pensar ni por un momento que es bueno estar aquí.

—¿Qué opina su marido?

—¿Tom? No lo sé. Es tan difícil. Yo… —No pudo seguir.

No podía contarle al hombre que le escuchaba toda la fantasía de su vida a medida que se desarrollaba. Durante diez días había vivido muy cerca de un hombre que era un extraño para ella.

Compartían el dormitorio y, si se despertaba por la noche, oía su respiración en la otra cama. Ambos habían aceptado el arreglo como inevitable. Ella era una impostora, una espía, dispuesta a representar cualquier papel y asumir cualquier personalidad. A Tom Betterton no lo entendía.

Lo consideraba un terrible ejemplo de lo que podía ocurrirle a un joven y brillante científico después de vivir varios meses en la enervante atmósfera de la Unidad. De todas formas, él no aceptaba con calma su destino. Lejos de encontrar placer en su trabajo, se preocupaba cada vez más por la falta de concentración. De cuando en cuando le reiteraba lo que le dijo la noche de su llegada.

«No puedo pensar. Es como si me hubieran secado el cerebro».

Sí, pensó, Tom Betterton, por ser un verdadero genio, necesitaba más que nadie la libertad. La sugestión no había podido compensarlo de la pérdida de la libertad. Sólo gozando de plena libertad era capaz de producir un trabajo creador.

Era un hombre próximo a sufrir una fuerte depresión nerviosa.

A la propia Hilary la trataba con extraña desatención. Para él no era una mujer, ni siquiera una amiga. Incluso dudaba de que hubiera sentido la muerte de su esposa. Lo único que le preocupaba incesantemente era el problema de su reclusión.

«Tengo que salir de aquí», repetía una vez y otra vez. Y en otras ocasiones: «No lo sabía esto. No tenía idea de que fuera así. ¿Cómo voy a salir de aquí? ¿Cómo? Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo».

En el fondo era muy parecido a lo que decía Peters, pero el modo de expresarlo era muy distinto. Peters hablaba como un hombre joven, furioso, enérgico, desilusionado, seguro de sí mismo y resuelto a poner toda su inteligencia en contra del cerebro de aquella organización en la cual se encontraba. Pero las expresiones de rebeldía de Tom Betterton eran las de un hombre a punto de hundirse, un hombre casi loco por la obsesión de escapar. Aunque tal vez, pensó Hilary de pronto, así estarían ella y Peters dentro de seis meses. Quizá lo que comenzó siendo sana rebeldía y una razonable confianza en el propio ingenio terminaría convirtiéndose en la frenética desesperación de un gato enjaulado.

Deseó poder hablar de todo aquello con su acompañante. Si pudiera decirle: «Tom Betterton no es mi marido. No sé nada de él. No sé cómo era antes de venir aquí, así que estoy a oscuras. No puedo ayudarle, porque no sé qué hacer o qué decirle». En cambio tuvo que escoger cuidadosamente sus palabras.

—Ahora Tom me parece un extraño. No me cuenta nada. Algunas veces pienso que el confinamiento, la sensación de saberse encerrado le está volviendo loco.

—Es posible que así sea —afirmó Peters.

—Pero, dígame, usted habla tan confiado de escapar. ¿Cómo podemos huir? ¿Qué ocasiones tenemos?

—No quiero decir que podamos marchamos pasado mañana, Olive. Hay que pensarlo y planearlo muy bien. No olvide que la gente se ha escapado de los lugares más inverosímiles. Muchos de los nuestros, y también de los suyos, han escrito libros acerca de sus fugas de las fortalezas alemanas.

—Aquello era otra cosa.

—No en lo esencial. Donde hay una entrada siempre existe una salida. Claro que aquí queda descartado excavar un túnel, de modo que eso suprime muchos otros medios. Pero como le digo, donde hay una entrada, tiene que haber una salida. Con ingenio, disimulo, engaño, sobornos, tendríamos que conseguirlo. Es una cosa que hay que estudiar y pensar. Le digo una cosa. Yo saldré de aquí, se lo

aseguro.

—Le creo —contestó Hilary—, pero ¿y yo?

—Bueno, para usted es distinto.

Su voz sonó avergonzada. Por un momento no comprendió lo que quería decirle. Luego se dio cuenta de que se refería a que ella ya había alcanzado su objetivo. Había ido para reunirse con el hombre que amaba y, junto a él, sus deseos de escapar no serían tan grandes. Estuvo tentada de decirle a Peters toda la verdad, pero su instinto la contuvo.

Le dio las buenas noches y dejó la terraza.

Capítulo XVI

1

—Buenas noches, *Mrs*. Betterton.

—Buenas noches, *miss* Jennson.

La joven con gafas parecía muy excitada y le brillaban los ojos.

—Esta noche tendremos reunión. ¡El director en persona nos dirigirá la palabra! —su tono era casi reverente.

—¡Estupendo! —exclamó Andy Peters, que no andaba muy lejos —. Estaba esperando la ocasión de echarle una ojeada al director.

Miss Jennson le dirigió una mirada de censura.

—El director es un hombre maravilloso —afirmó.

Mientras desaparecía por uno de los inevitables corredores blancos, Andy Peters silbó por lo bajo.

—No sé porqué, pero me huele un poco a *heil* Hitler.

—Desde luego que lo parece.

—Lo malo es que en esta vida nunca sabes realmente adonde irás a parar. Si hubiese sabido, cuando dejé Estados Unidos, lleno de ardor juvenil por el ideal de la vieja hermandad de los hombres, que acabaría en las garras de otro dictador iluminado… —Levantó las manos.

—Todavía no lo sabe —le recordó Hilary.

—Puedo olerlo en el aire.

—¡Cuánto me alegro de que esté usted aquí! —Enrojeció al ver cómo la miraba—. Es tan agradable y vulgar —añadió atolondrada.

Peters parecía divertido.

—En mi país, la palabra «vulgar» tiene otro significado que en el suyo. Quiere decir despreciable.

—Usted sabe que no he querido decir eso. Sino que es usted

como cualquier otro. ¡Oh, Dios mío, eso también suena muy mal!

—¿Usted se refiere al hombre corriente? ¿Está harta de genios?

—Sí, y usted también ha cambiado desde que vino aquí. Ha perdido ese toque de amargura y odio.

El rostro de Peters se puso repentinamente grave.

—No lo crea. Sigue aquí, en mi interior. Todavía puedo odiar. Créame, hay cosas que deben odiarse.

2

La reunión, como la llamaba *miss* Jennson, tuvo lugar después de la cena. Todos los miembros de la Unidad se congregaron en la gran sala de conferencias.

El auditorio no incluía lo que podría llamarse el personal técnico: los ayudantes de laboratorio, el cuerpo de *ballet*, el personal de servicio y el pequeño grupo de elegantes prostitutas que también servían en la Unidad, para atender las necesidades sexuales de los hombres solteros, y que no tenían una relación especial con el personal femenino.

Sentada junto a Betterton, Hilary aguardó con curiosidad la llegada de la figura casi mítica del director. Tom Betterton le había respondido vagamente a sus preguntas acerca de la personalidad del hombre que controlaba la Unidad.

«No es que sea gran cosa», le dijo, «pero produce una tremenda impresión. Sólo lo he visto un par de veces. No viene muy a menudo. Uno nota que es muy especial, pero no me preguntes por qué».

Por el modo en que *miss* Jennson y algunas otras mujeres hablaban de él, Hilary se había formado una imagen mental de un hombre alto, con barba y túnica blanca, una especie de abstracción divina.

Casi se sobresaltó cuando la gente se puso en pie y un hombre moreno, fornido, de mediana edad subió a la tarima. Por su apariencia no se distinguía de cualquier hombre de negocios. Su nacionalidad era difícil de precisar. Les habló en tres idiomas alternándolos y sin repetirse. En francés, en alemán e inglés, y todos

con la misma facilidad.

—En primer lugar permítanme dar la bienvenida a los nuevos colegas que se han unido a nosotros.

Luego dedicó algunas palabras de elogio a cada uno de los recién llegados.

Después se refirió a las ambiciones y creencias de la Unidad.

Cuando, más tarde, Hilary trató de recordar sus palabras, se vio incapaz de hacerlo con exactitud. O quizá fuese que, al recordarlas, resultaran triviales y vulgares. Pero escucharlas fue algo bien distinto.

Hilary recordó que una amiga que había vivido en Alemania antes de la guerra le había contado que había ido a un mitin impulsada por la curiosidad de oír «a ese absurdo Hitler» y que había llorado histéricamente, sobrecogida por una intensa emoción. Le describió lo sabias e inspiradas que le habían parecido cada una de sus palabras y que luego, al recordarlas, le parecieron bastante vulgares.

Algo por el estilo estaba ocurriendo ahora. A pesar suyo, Hilary se sentía exaltada. El director hablaba con sencillez y, principalmente, de la juventud. En la juventud estaba el futuro de la Humanidad.

> La acumulación de riquezas, el prestigio y las familias influyentes han sido los poderes del pasado. Pero hoy en día, el poder está en manos de la juventud. El poder está en los cerebros. En los cerebros de los químicos, los físicos, los científicos. De los laboratorios sale el poder para destruir a gran escala.
>
> Con ese poder se puede decir: ¡Rendíos o pereceréis! Ese poder no puede entregarse a esta o aquella nación. El poder debe estar en manos de aquellos que lo crearon. Esta Unidad es el punto de convergencia de todo el poder del mundo.
>
> Habéis venido aquí de todas las partes del globo, trayendo con vosotros vuestros conocimientos científicos y creativos. ¡Y con vosotros traéis la juventud! Ninguno de los que estáis aquí pasa de los cuarenta y cinco años. Cuando llegue el momento crearemos un «trust». El Trust de los Cerebros de la Ciencia. Y dirigiremos los asuntos mundiales.

Daremos órdenes a los capitalistas, a los reyes, a los ejércitos y a los empresarios. Proporcionaremos al mundo la *Pax scientifica*.

Sus palabras tenían un efecto embriagador, pero no eran sus palabras en sí, era el poder del orador el que arrastraba a un auditorio que hubiera podido ser frío y escéptico de no haberse sentido invadido por la indescriptible emoción de la cual tan poco se sabe.

El director terminó bruscamente su discurso gritando:

—¡Valor y victoria! ¡Buenas noches!

Hilary abandonó la sala casi tambaleándose, con la mente dominada por sueños de gloria, y vio la misma sensación en los rostros de los que estaban a su alrededor. Ericsson, sobre todo, tenía la mirada perdida y echaba la cabeza ligeramente hacia atrás, como en éxtasis.

Entonces sintió la mano de Andy Peters en el brazo.

—Sube conmigo a la terraza —le sugirió—. Necesitamos un poco de aire.

Subieron en el ascensor sin pronunciar palabra, y echaron a andar entre las palmeras, alumbrados por la luz de las estrellas.

Peters aspiró con fuerza.

—Sí. Esto es lo que necesitábamos. Aire para disipar las nubes de gloria.

Hilary exhaló un profundo suspiro. Todavía seguía soñando.

Él la sacudió amablemente por el brazo.

—Despierta, Olive.

—Nubes de gloria. La descripción exacta.

—Despierta, te digo. ¡Vuelve a ser mujer! ¡Vuelve a la tierra y a las realidades básicas! Cuando se te pasen los efectos del síndrome de la Gloria te darás cuenta de que es la misma cantinela de siempre.

—Pero estuvo bien. Quiero decir que es un hermoso ideal.

—Al demonio los ideales. Atengámonos a los hechos: Juventud, cerebros, gloria, gloria, ¡aleluya! ¿Quiénes son la juventud y los cerebros? Helga Needheim, una egoísta despiadada. Torquil Ericsson un soñador. El doctor Barron, que vendería a su mismísima abuela por conseguir material para su trabajo. Mírame, un tipo

vulgar, como tú misma dijiste, útil con el microscopio y los tubos de ensayo, pero sin ningún talento para llevar la administración de una oficina, y mucho menos gobernar el mundo. Fíjate en tu marido. Sí, voy a decírtelo, un hombre con los nervios deshechos e incapaz de pensar en otra cosa excepto que lo liquidarán. Te he nombrado a las personas que conoces mejor, pero aquí todos son iguales, o por lo menos los que yo conozco. Los genios, algunos son fantásticos en su trabajo, pero como administradores del Universo, ¡olvídalos, no me hagas reír! Tonterías perniciosas, eso es lo que hemos estado escuchando.

Hilary se sentó en el parapeto y se pasó la mano por la frente.

—Creo que tienes razón. Pero las nubes de gloria te siguen arrastrando. ¿Cómo lo hace? ¿Se lo cree? Debe creerlo.

—Supongo que siempre se acaba en lo mismo. Un loco que se cree Dios —dijo Peters lamentándose amargamente.

—Supongo que sí —replicó Hilary—. Y no obstante, no me acaba de convencer.

—Pero ocurre. Una y otra vez se repite la historia, Y le convence a uno. Casi me convence a mí esta noche. Y a ti te convenció. Si no te traigo aquí en seguida… —Su actitud cambió bruscamente—. Supongo que no debí hacerlo. ¿Qué dirá Betterton? Lo encontrará extraño.

—No lo creo. Dudo de que lo haya notado siquiera.

Él la interrogó con la mirada.

—Lo siento, Olive. Esto debe ser infierno para ti. Ver cómo se desmorona.

—Tenemos que marcharnos —dijo Hilary apasionadamente—. Marcharnos como sea, escaparnos.

—Nos iremos.

—Eso ya lo dijiste antes, pero no hemos adelantado nada.

—¡Claro que sí! No he permanecido de brazos cruzados.

Ella le miró sorprendida.

—No es que tenga un plan preciso, pero he iniciado algunas actividades subversivas. Aquí hay muchos descontentos, más de los que se imagina nuestro endiosado *herr* director. Entre los humildes miembros de la Unidad, comida, lujos y mujeres no lo son todo. Yo te sacaré de aquí, Olive.

—¿Y también a Tom?

El rostro de Peters se ensombreció.

—Escucha, Olive, y cree lo que te digo. Tom hará mejor en quedarse aquí. Está… —vaciló— más seguro aquí que en el mundo exterior.

—¿Más seguro? ¡Qué extraño!

—Más seguro —repitió Peters—. He empleado esas palabras deliberadamente.

—No comprendo lo que quieres decir, Tom. ¿No pensarás que se ha vuelto loco?

—En absoluto. Está desmoralizado, pero yo aseguraría que está tan cuerdo como tú o yo.

—Entonces ¿por qué dices que estaría más seguro aquí?

—Una jaula —precisó Peters despacio— es un lugar seguro.

—¡Oh, no! —exclamó Hilary—. No me digas que tú también crees en eso. No me digas que ese hipnotismo en masa, sugestión o lo que sea, está haciendo mella en ti. ¡Seguros, sumisos y contentos! ¡Tenemos que rebelarnos! ¡Debemos querer ser libres!

—Sí, lo sé. Pero…

—Tom, de todas formas, desea desesperadamente salir de aquí.

—Es posible que Tom no sepa exactamente lo que le conviene.

De pronto, Hilary recordó lo que Tom le había insinuado. Si había pasado informaciones secretas era probable que le persiguieran, y eso sin duda era lo que Peters trataba de decirle sin saber cómo, pero ella no tenía dudas a este respecto. Era mejor cumplir una condena en la cárcel que permanecer allí. Y por ello dijo obstinada:

—Tom debe venir también.

Se sorprendió cuando Peters le replicó bruscamente en tono amargo:

—Como gustes. Ya te he advertido. Quisiera saber por qué diablos te importa tanto ese individuo.

Ella le miró consternada. Las palabras acudieron a sus labios, pero las contuvo. Hubiera querido decirle: «No me importa. No significa nada para mí. Era el marido de otra mujer y tengo una responsabilidad con ella. Tonto, si hay alguien que me importa en este mundo, ése eres tú…».

3

—¿Has estado divirtiéndote con tu manso amigo norteamericano?

Tom Betterton le espetó estas palabras cuando ella entró en el dormitorio. Estaba tendido en la cama, fumando un cigarrillo.

—Llegamos juntos aquí, y pensamos lo mismo sobre ciertos temas.

—¡No te lo reprocho! —Por primera vez la miró de otra manera —. Eres una mujer atractiva, Olive.

Desde el principio, Hilary le había insistido en que la llamara siempre por el nombre de su esposa.

—Sí, eres muy atractiva —repitió, mirándola de arriba abajo—. Ya lo había notado, pero ahora nada de esto me impresiona.

—Tal vez sea mejor así —contestó Hilary con sequedad.

—Soy un hombre perfectamente normal, querida, o lo era. Dios sabe lo que soy ahora.

Hilary se sentó a su lado.

—¿Qué te ocurre, Tom?

—Ya te lo dije. No puedo encontrarme a mí mismo. Como científico estoy hecho un desastre. Este sitio…

—Los otros, la mayoría, no parecen sentir como tú.

—Seguramente porque son un hatajo de insensibles.

—Algunos son bastante temperamentales —replicó Hilary—. Si tuvieras algún amigo, algún amigo de verdad…

—Bueno. Tengo a Murchison. A pesar de que es aburridísimo, también he tratado bastante a Ericsson.

—¿De veras? —Sin saber por qué, Hilary se sorprendió.

—Sí. Cielos, es muy inteligente. Ojalá tuviera yo su cerebro.

—Es muy extraño —dijo la joven—. Siempre me ha dado miedo.

—¿Miedo? ¿Torquil? ¡Si es inofensivo! En algunos aspectos es como un niño. No conoce el mundo.

—A mi me asusta —repitió Hilary.

—Tus nervios también se deben estar alterando.

—Todavía no. A pesar de que supongo que ocurrirá tarde o temprano. Tom, no intimes demasiado con Torquil Ericsson.

Betterton la miró extrañado.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Es un presentimiento.

Capítulo XVII

1

Leblanc se encogió de hombros.

—Han abandonado África, eso es seguro.

—No tan seguro.

—Es lo que señalan todas las probabilidades. —El francés meneó la cabeza—. Después de todo ya sabemos cuál era su destino, ¿verdad?

—Si se dirigían adonde suponemos, ¿por qué emprender el viaje desde África? Cualquier otro lugar de Europa hubiera sido más adecuado.

—Eso es cierto. Pero existe el lado contrario. Nadie imaginaría que iban a reunirse y partir desde aquí.

—Todavía sigo pensando que debe haber algo más. —Jessop insistió—. Además, en ese aeródromo sólo pudo aterrizar un aparato pequeño. Tendría que haber tomado tierra para proveerse de combustible antes de cruzar el Mediterráneo. Y en algún sitio hubiera dejado rastro.

—*Mon cher*, hemos realizado todas las averiguaciones posibles. Cada lugar ha sido…

—Los hombres con los contadores *Geiger* acabarán por conseguir algún resultado. El número de aparatos que han de ser examinados es reducido. Sólo un vestigio de radiactividad y sabremos cuál es el avión que buscamos.

—Eso si su agente ha podido utilizar el pulverizador. ¡Cielos! Demasiados «sí».

—Lo conseguiremos —aseguró Jessop obstinado—. Quisiera saber…

—¿Sí?

—Nosotros suponemos que fueron al norte, hacia el Mediterráneo. ¿Por qué no pensar que fueron hacia el sur?

—¿Volviendo sobre sus pasos? Pero entonces, ¿dónde podrían ir? Allí están las montañas del Gran Atlas y después las arenas del desierto.

2

—*Sidi*, ¿me jura usted que tendré lo prometido? ¿Una gasolinera en Estados Unidos, en Chicago? ¿Es cierto?

—Es cierto, Mohamed; es decir, si salimos de aquí.

—El éxito depende de la voluntad de Alá.

—Entonces esperemos que la voluntad de Alá sea que tengas una gasolinera en Chicago. ¿Por qué ha de ser en Chicago?

—*Sidi*, el hermano de mi mujer se fue a Estados Unidos y tiene una gasolinera en Chicago. ¿Usted cree que quiero permanecer toda mi vida en este lugar apartado del mundo? Aquí hay dinero, mucha comida, alfombras y mujeres, pero no es moderno. No es Estados Unidos.

Peters miró pensativo el digno rostro negro. Mohamed, con sus blancas vestiduras, tenía un magnífico aspecto. ¡Qué extraños eran los deseos del corazón humano!

—No sé si haces bien —le dijo con un suspiro—, pero lo tendrás. Naturalmente, si nos descubren…

Mohamed exhibió sus blancos dientes en una sonrisa.

—Entonces, será la muerte. Para mí, segura. Quizá para usted no, *sidi*, puesto que vale mucho.

—Aquí se mata con mucha facilidad, ¿verdad?

El beréber se encogió de hombros.

—¿Y qué es la muerte? Eso también depende de la voluntad de Alá.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Lo sé, *sidi*. Tengo que acompañarlo a la terraza después de oscurecer. Y también dejar en su habitación ropas como las que llevo yo y los demás criados. Más tarde, otras cosas.

—De acuerdo. Será mejor que ahora salga del ascensor.

Alguien puede haberse fijado que estamos subiendo y bajando, y tal vez sospeche.

3

Se celebraba un baile y Andy Peters bailaba con *miss* Jennson.

La apretaba entre sus brazos y parecía murmurarle al oído. Al pasar cerca de Hilary, le guiñó un ojo descaradamente.

Hilary tuvo que morderse los labios para contener una sonrisa y apartó la mirada rápidamente.

Se fijó en que Betterton estaba al otro lado de la sala charlando con Torquil Ericsson. Hilary frunció el entrecejo.

—¿Quieres bailar conmigo, Olive? —le preguntó la voz de Murchison que estaba a su lado.

—¡Claro que sí, Simon!

—¡No soy muy buen bailarín! —le advirtió.

La joven se concentró en colocar los pies donde él no pudiera pisárselos.

—Es lo que yo digo, por lo menos se hace ejercicio —comentó Murchison jadeando, porque bailaba con mucha energía—. Llevas un vestido precioso, Olive.

Su conversación siempre parecía sacada de una novela pasada de moda.

—Celebro que te guste.

—¿Es del departamento de modas?

Hilary, resistiendo la tentación de replicar: «¿De dónde, sino?», se limitó a contestar:

—Sí.

—Hay que reconocer que aquí saben hacer las cosas —continuó Simon mientras giraban por la sala—. Se lo decía a Bianca el otro día. Supera de lejos al estado del bienestar. No hay que preocuparse por el dinero, por los impuestos, por las reparaciones o el mantenimiento. Todo nos lo dan hecho. Debe ser una vida maravillosa para una mujer.

—Para Bianca lo es, ¿verdad?

—Al principio estaba un poco nerviosa, pero ahora se las ha arreglado para montar un par de comisiones y ha organizado una o dos cosas: debates y conferencias. Se lamenta de que no tomes parte en alguna cosa.

—Temo no ser de esa clase de personas, Simon. Nunca he tenido mucho espíritu público.

—Sí, pero vosotras tenéis que divertiros de un modo u otro. Aunque divertirse no sea la palabra exacta.

—¿Ocupadas, quizá?

—Sí. Quiero decir que la mujer moderna necesita ocuparse en algo. Comprendo que las mujeres como tú y Bianca han hecho un enorme sacrificio al venir aquí. Ninguna de las dos es científica, gracias a Dios. La verdad, esas científicas… ¡La mayoría son el colmo! Se lo dije a Bianca: «Dale tiempo a Olive, ya se irá amoldando». Se tarda algún tiempo en acostumbrarse a este lugar. Para empezar, uno siente una sensación de claustrofobia. Pero se pasa… se pasa.

—¿Quiere decir que uno se acostumbra a todo?

—A algunas personas les cuesta más que a otras. Por ejemplo, Tom se lo toma bastante mal. ¿Por dónde anda esta noche? Ah, sí, ya lo veo; está con Torquil. Son inseparables.

—Ojalá no fueran tan amigos. Quiero decir que nunca hubiera dicho que tuviesen nada en común.

—El joven Torquil parece fascinado por tu marido. Le sigue a todas partes.

—Ya lo he notado. Y me pregunto por qué.

—Siempre tiene alguna extraña teoría que contar. Está más allá de mi capacidad de comprensión. Su inglés es bastante deficiente. Pero Tom le escucha y lo entiende.

El baile terminó. Andy Peters se acercó para pedirle a Hilary el siguiente.

—He observado tus sufrimientos por una buena causa. ¿Te ha pisado mucho?

—¡Oh, soy muy ágil!

—¿Me has visto haciendo mi trabajo?

—¿Con la Jennson?

—Sí. Creo poder decir sin modestia que he realizado progresos palpables en este sentido. Estas jóvenes cortas de vista, feas y

angulosas responden inmediatamente al tratamiento debido.

—Desde luego dabas la impresión de estar enamorado de ella.

—Ésa era mi intención. Esa chica, Olive, convenientemente manejada, puede sernos útil. Conoce todas las cosas que ocurren aquí. Por ejemplo, mañana vendrán de visita varios personajes importantes. Doctores, funcionarios gubernamentales y un par de ricos mecenas.

—Andy, ¿crees que puede presentarse una ocasión?

—No lo sé. Apuesto a que tomarán precauciones extremas. De modo que no abrigues falsas esperanzas. Pero nos puede dar una idea de los procedimientos que utilizan. Y en la próxima ocasión… bueno, tal vez podamos hacer algo. Mientras tenga a *miss* Jennson comiendo en la palma de mi mano, puedo obtener múltiples informaciones.

—¿Qué saben los que vienen de visita?

—De nosotros, me refiero a la Unidad, nada en absoluto. O por lo menos eso me figuro. Sólo inspeccionarán las instalaciones y los laboratorios de investigaciones médicas. Este lugar ha sido construido deliberadamente como un laberinto, de modo que ninguno de los que entran pueda adivinar su extensión. Imagino que hay mamparas que se cierran para aislar esta área.

—Todo esto parece increíble.

—Lo sé. La mitad del tiempo uno se imagina que está soñando. Una de las cosas más increíbles es que nunca se ve ningún niño. ¡Gracias a Dios que no los hay! Debes estar contenta de no tener ninguno.

Notó la súbita rigidez de la muchacha.

—¡Vaya, lo siento, ya he dicho una tontería!

La sacó de la pista de baile para ir a sentarse.

—Lo siento muchísimo —repitió Andy—. Te he herido, ¿verdad?

—No tiene importancia. No, no es culpa tuya. Tuve una niña y murió. Eso es todo.

—¿Tuviste una hija? —La miró sorprendido—. ¡Creí que sólo llevabas seis meses casada con Betterton!

—Sí, desde luego —explicó rápidamente con el rostro arrebolado—. Pero antes estuve casada. Me divorcié de mi primer marido.

—¡Oh, ya comprendo! Esto es lo peor de este lugar. No se sabe

nada de las vidas de las personas que vienen aquí, y por eso uno va y dice lo menos apropiado. A veces me extraña no saber nada de ti.

—Ni yo sé tampoco nada de ti. Cómo fuiste creciendo, dónde, tu familia…

—Crecí en un ambiente estrictamente científico. Diría que mi biberón fue un tubo de ensayo. Nadie pensaba o hablaba de otra cosa. Pero nunca fui la lumbrera de la familia. El genio se lo llevó otro.

—¿Quién?

—Una chica. Era muy inteligente. Podía haber llegado a ser otra *madame* Curie, y abierto nuevos horizontes.

—¿Y qué le ocurrió?

—La mataron —respondió lacónico.

Hilary imaginó alguna tragedia de la guerra.

—¿La querías mucho?

—Más de lo que quise nunca a nadie. —Se reanimó bruscamente —. ¡Qué diablos! Ya tenemos bastantes problemas en el presente, aquí mismo. Mira a nuestro amigo noruego. Aparte de sus ojos, parece estar tallado en madera. Y su bonita y rígida reverencia da la impresión de que le mueven con una cuerda.

—Es porque es tan alto y delgado.

—No tan alto. Aproximadamente como yo, metro ochenta, no más.

—La altura engaña.

—Sí, es como las descripciones de los pasaportes. Ericsson, por ejemplo. Metro ochenta de altura, pelo rubio, ojos azules, nariz mediana, boca corriente. Incluso agregando a lo que dice el pasaporte que habla correctamente, pero con pedantería, seguirás sin tener la menor idea del aspecto real de Torquil Ericsson. ¿Qué ocurre?

—Nada.

Hilary miraba a Ericsson. ¡Aquella descripción de Boris Glydr! Era palabra por palabra la que le había dado Jessop. ¿Era por eso que Torquil Ericsson la inquietaba? ¿Sería posible que…? Se volvió bruscamente hacia Peters.

—Supongo que es Ericsson, pero ¿no podría ser cualquier otra persona?

Peters la miró estupefacto.

—¿Otra persona? ¿Quién?

—Quiero decir… por lo menos pretendo decir que podría ser alguien que fingiera ser Ericsson.

Andy Peters meditó unos instantes.

—Supongo. No, no creo que fuese factible. Tendría que ser un científico de todos modos, y Ericsson es muy conocido.

—Pero al parecer nadie de los que están aquí lo había visto antes. Supongo que podría ser Ericsson, pero también cualquier otro.

—¿Quieres decir que Ericsson podría llevar una doble vida? Es posible, pero no muy probable.

—No —replicó Hilary—. No, claro que no es probable.

Desde luego, Ericsson no era Boris Glydr. Pero ¿por qué tendría tanto interés Olive Betterton en prevenir a Tom contra Boris? ¿Podía ser porque sabía que Boris iba camino de la Unidad? ¿Y si el hombre que había ido a Londres haciéndose llamar Boris Glydr no fuese Boris Glydr? Que en realidad fuera Torquil Ericsson. La descripción coincidía. Desde que había llegado a la Unidad, había concentrado su atención en Tom. Ella estaba segura de que Ericsson era una persona peligrosa. No se sabía lo que ocultaba detrás de la mirada de sus ojos soñadores.

Se estremeció.

—Olive, ¿qué te ocurre? ¿De qué se trata?

—Nada. Mira, el subdirector va a anunciar algo.

El doctor Nielson había alzado la mano para pedir silencio. Habló por el micrófono colocado en el estrado de la sala.

—Amigos y colegas. Les rogamos que mañana permanezcan en el ala de emergencia. Por favor, reúnanse a las once. Se pasará lista.

»Estas órdenes de emergencia son sólo para las próximas veinticuatro horas. Siento tener que molestarlos. Se ha puesto un aviso en el tablero de anuncios.

Se retiró sonriente. La música volvió a sonar.

—Debo volver junto a *miss* Jennson —dijo Peters—. Veo que me mira impaciente desde una columna. Voy a enterarme qué es eso del ala de emergencia.

Se alejó. Hilary se quedó pensando. ¿Eran sólo imaginaciones tontas? ¿Boris Glydr era Torquil Ericsson?

4

Se pasó lista en la gran sala de conferencias. Cada uno fue contestando al oír su nombre. Luego formaron una columna y salieron.

La ruta fue, como siempre, a través de un laberinto de pasillos.

Hilary, que caminaba junto a Peters, sabía que él ocultaba en la mano una brújula diminuta con la que iba calculando la dirección.

—No es que nos ayude gran cosa —comentó por lo bajo—. No nos ayuda de momento, pero puede que nos sirva en alguna ocasión.

Al final del corredor había una puerta, y se detuvieron momentáneamente mientras se abría.

Peters sacó su pitillera, pero en seguida la voz de van Heidem sonó perentoria.

—No fumen, por favor. Ya se les ha advertido.

—Lo siento, señor.

Peters se quedó con la pitillera en la mano y luego todos siguieron adelante.

—Como borregos —dijo Hilary con disgusto.

—Anímese —murmuró Peters—. «Beeee… hay una oveja negra en el rebaño que sólo piensa en hacer daño». ¿Conoce el refrán?

La joven le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Los dormitorios de las señoras están a la derecha —anunció *miss* Jennson quien condujo a las mujeres en la dirección indicada.

Los hombres fueron hacia la izquierda.

El dormitorio era una gran sala impoluta como el pabellón de un hospital. Había camas junto a las paredes, separadas por unas cortinas de material plástico, que podían deslizarse a voluntad, y un armario al lado de cada cama.

—Lo encontrarán todo bastante sencillo —les dijo *miss* Jennson —, pero no demasiado. Los baños están a la derecha. El salón está al otro lado de la puerta del fondo.

El salón, donde se reunieron todos poco después estaba amueblado al estilo de las salas de espera de los aeropuertos. Había un bar y una barra a un lado. Al otro lado había varias estanterías con libros.

El día transcurrió agradablemente. Las películas se proyectaron

sobre una pantalla portátil.

Estaba iluminado como si fuese luz natural que disimulaba el hecho de que no hubiese ventanas. Hacia el anochecer encendieron otras lámparas de una luz más suave y discreta.

—Muy inteligente —comentó Peters en tono admirado—. Todo ayuda a disminuir la sensación de haber sido emparedado vivo.

Qué indefensos estaban, pensó Hilary. En algún sitio, muy cerca de ellos, había un grupo de gente del mundo exterior, y no tenían medio de comunicarse con ellos ni pedirles ayuda. Como de costumbre, todo había sido convenientemente planeado.

Peters estaba sentado junto a *miss* Jennson. Hilary propuso a los Murchison una partida de *bridge*. Tom Betterton se negó, diciendo que no podía concentrarse, pero el doctor Barron aceptó ser el cuarto jugador.

Por extraño que parezca, Hilary disfrutó jugando. Eran más de las once y media cuando terminaron el tercer *rubber*. Ella y el doctor Barron ganaron la partida.

—He disfrutado mucho —dijo echando un vistazo a su reloj—. Es bastante tarde. Supongo que los VIP ya se habrán marchado. ¿O tendremos que pasar la noche aquí?

—No lo sé, la verdad —respondió Simon Murchison—. Creo que un par de médicos entusiastas se quedan esta noche. De todas formas, mañana al mediodía se habrán marchado todos.

—¿Y entonces nos devolverán a la circulación?

—Sí. Ya está bien por ahora. Estas cosas trastornan toda nuestra rutina.

—Pero está muy bien organizado —comentó Bianca dando su aprobación.

Ella y Hilary se pusieron en pie y dieron las buenas noches a los dos hombres. Hilary se apartó para dejar que Bianca la precediera al entrar en el dormitorio escasamente iluminado, y al hacerlo notó que le tocaban en el brazo.

Se volvió sobresaltada y se encontró ante uno de los altos criados morenos, que le habló apresuradamente en francés.

—*S'il vous plait, madame*, tiene que venir.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Sígame, por favor.

Hilary permaneció indecisa unos instantes. Bianca había entrado

ya en el dormitorio y en la sala las pocas personas que quedaban charlaban animadamente.

De nuevo volvió a sentir que le tiraban del brazo con apremio.

—Sígame por favor, *madame*.

El criado anduvo unos pasos, parándose para ver si ella le seguía. La joven le siguió vacilante.

Observó que el hombre iba mucho mejor vestido que los otros criados. Sus ropas estaban bordadas con hilos de oro.

La hizo pasar por una puerta en una esquina del salón, y luego por los interminables pasillos anónimos. No le pareció que fuese el mismo camino por el que habían llegado al ala de emergencia, pero era difícil asegurarlo, porque todos los pasillos eran idénticos. Intentó hacer una pregunta, pero el guía, meneando la cabeza con impaciencia, apresuró el paso.

Se detuvieron al final de un pasillo. El hombre presionó un botón en la pared. Se corrió un panel, descubriendo un pequeño ascensor. Con un gesto le indicó que entrara, le siguió y subieron.

—¿Adonde me lleva? —preguntó Hilary irritada.

Los ojos oscuros la miraron con reproche.

—A ver al amo, *madame*. Es un gran honor para usted.

—¿Quiere decir el director?

—El amo.

El ascensor se detuvo. El hombre abrió las puertas y la hizo salir. Luego recorrieron otro pasillo hasta llegar a una puerta. Su guía llamó y les abrieron. Otro hombre de rostro moreno e impasible, vestido con la túnica blanca bordada en oro, se hizo cargo de ella.

La acompañó a través de una antesala alfombrada de rojo y descorrió unas cortinas para que pasase. Hilary se encontró inesperadamente en un ambiente oriental: divanes bajos, mesitas de centro y un par de hermosos tapices colgados de las paredes.

Sentado en uno de los divanes se hallaba un personaje a quien contempló con inmenso asombro. Pequeño, amarillo, viejo y arrugado, allí estaba *Mr*. Aristides mirándola sonriente.

Capítulo XVIII

—*Asseyez-vous, chère madame* —dijo Aristides. Hizo un gesto con una mano semejante a una garra, e Hilary se adelantó como en un sueño, hasta sentarse en otro diván frente a él.

Él dejó escapar una risita cascada.

—Está sorprendida. No es lo que usted esperaba, ¿verdad?

—No, desde luego —admitió Hilary—. Nunca pensé… nunca imaginé…

Pero ya su sorpresa comenzaba a desaparecer.

Al ver a *Mr*. Aristides, todo aquel mundo irreal en el que había vivido durante las últimas semanas se vino abajo hecho pedazos.

Ahora sabía por qué la Unidad le había parecido irreal: porque lo era.

Nunca fue lo que pretendía. El *herr* director con su voz arrebatadora tampoco era auténtico, sólo una ficción creada para ocultar la verdad.

La verdad estaba aquí en esta secreta estancia oriental. En aquel viejo menudo que reía tranquilamente. Con *Mr*. Aristides en el centro de aquel cuadro, todo tenía sentido: el sentido común, práctico y cotidiano.

—Ahora lo comprendo —comentó Hilary—. Esto es todo suyo, ¿verdad?

—Sí, *madame*.

—¿Y el director? ¿El que llaman director?

—Es muy bueno —manifestó *Mr*. Aristides— y le pago un sueldo muy elevado. Antes era predicador.

Fumó en silencio unos momentos. Hilary nada dijo.

—Junto a usted hay Delicias Turcas, *madame*, y otras golosinas si prefiere.

De nuevo se hizo el silencio. Luego prosiguió:

—Soy un filántropo, *madame*. Como ya sabe, soy rico. Uno de los hombres más ricos, probablemente el más rico del mundo hoy en día. Con mi riqueza me siento obligado a servir a la humanidad. He establecido aquí, en este lugar remoto, una leprosería y un gran centro para investigar el problema de curar la lepra. Ciertos tipos de lepra pueden curarse. Otros, por ahora, son incurables. Pero, de todas formas, estamos trabajando en ello y obteniendo buenos resultados.

»La lepra no es en realidad una enfermedad que se contagie fácilmente. No es ni la mitad de contagiosa o infecciosa que la viruela, el tifus, la tuberculosis o cualquier otra enfermedad parecida. Y no obstante, si se menciona una «leprosería», todo el mundo se estremece de horror y se aleja todo lo posible. Es un miedo ancestral. Un miedo que aparece en la Biblia y que ha perdurado a través de los siglos. El horror a los leprosos. Me ha sido muy útil para establecer este sitio.

—¿Lo estableció por esta razón?

—Sí. Tenemos también un departamento para investigaciones sobre el cáncer, y se realizan importantes trabajos sobre tuberculosis.

»También se investigan los virus por razones curativas; bien *entendu*, la guerra biológica no se menciona para nada. Todo muy humano, muy aceptable y redunda en mi honor. Conocidos médicos, cirujanos y químicos investigadores vienen aquí de vez en cuando, lo mismo que hoy, para ver los resultados que hemos obtenido. El edificio ha sido construido de tal manera que una parte está aislada y ni siquiera se ve desde el aire. Los laboratorios más secretos están en túneles construidos en la misma roca. En cualquier caso, yo estoy por encima de toda sospecha. —Sonrió antes de agregar sencillamente—: ¡Soy tan rico!

—Pero ¿por qué? —quiso saber Hilary—. ¿Por qué esta ansia de destruir?

—Yo no tengo ansia de destruir, *madame*. Me juzga usted mal.

—Entonces, no lo entiendo.

—Soy un hombre de negocios y también coleccionista —explicó *Mr*. Aristides—. Cuando la riqueza es abrumadora es lo único que cabe hacer. Yo he coleccionado muchísimas cosas. Pinturas, por

ejemplo. Tengo la mejor colección de Europa. Ciertas clases de cerámica. La filatelia, mi colección de sellos es famosa. Cuando una colección es bastante completa, paso a otra cosa. Soy un hombre viejo y no hay mucho más que coleccionar. De modo que al fin me dediqué a coleccionar cerebros.

—¿Cerebros?

—Sí, es lo que resulta más interesante. Poco a poco reúno aquí a todos los cerebros del mundo. Jóvenes, *madame*, esos son los que traigo aquí. Hombres jóvenes que prometen y jóvenes de éxito. Un día las viejas naciones del mundo despertarán para darse cuenta de que sus científicos son viejos y gastados, y que todos los jóvenes cerebros del mundo, médicos, químicos, investigadores, físicos y cirujanos, todos están aquí bajo mi custodia. ¡Y si quieren un científico, un cirujano plástico o un biólogo, tendrán que venir a comprármelo a mí!

—¿Quiere decir…? —Hilary se inclinó hacia delante mirándole fascinada—. ¿Quiere decir que todo esto es una gigantesca operación comercial?

—Sí —aseguró *Mr*. Aristides amablemente—. Es lógico. De otro modo no tendría sentido. ¿No le parece?

Hilary exhaló un profundo suspiro.

—No. Eso es lo que yo pensaba.

—Al fin y al cabo, comprenda —añadió *Mr*. Aristides casi disculpándose—. Es mi profesión. Soy financiero.

—¿Y quiere decir que no hay nada político en todo esto? ¿No quiere el poder mundial?

El anciano levantó una mano en un gesto de rechazo.

—Yo no quiero ser Dios —dijo—. Ésa es la enfermedad profesional de los dictadores: querer ser Dios. Soy un hombre religioso. Por ahora yo no he contraído esa enfermedad. —Reflexionó unos instantes y añadió—: Puede que llegue a contraerla. Sí, es posible, pero afortunadamente hasta ahora, no.

—¿Cómo ha conseguido que vengan aquí todas esas personas?

—Las compro, *madame*. En el mercado libre, como cualquier otra mercancía. Algunas veces con dinero. Otras, las más, con ideas. Los jóvenes son soñadores. Tienen ideales, creencias. A los que han violado las leyes les ofrezco seguridad.

—Eso lo explica. Quiero decir que eso explica algo que me

intrigó durante mi viaje aquí.

—¡Ah! ¿Le intrigó durante el viaje?

—Sí. La diferencia de objetivos. Andy Peters, el norteamericano, parecía completamente de izquierdas. Pero Ericsson creía fanáticamente en el superhombre. Helga Needheim era una fascista arrogante y pagana. Y el doctor Barron… —Vaciló.

—Sí, vino por dinero —afirmó *Mr*. Aristides—. El doctor Barron es un ser civilizado y cínico. No tiene ilusiones, pero ama genuinamente su trabajo. Deseaba tener dinero sin limitaciones, para continuar investigando. Es usted inteligente, *madame* —añadió —, lo comprobé en Fez.

Él volvió a reír con aquella risa que parecía un cloqueo.

—¿No sabe que fui a Fez únicamente para observarla? O mejor dicho, la hice llevar a Fez para que yo pudiera observarla.

—Ya —dijo Hilary, sin pasar por alto como había cambiado la frase.

—Me satisfizo pensar que iba usted a venir aquí. Compréndame, no encuentro a muchas personas inteligentes con quien poder hablar. —Hizo un gesto despectivo—. Los científicos, biólogos y químicos no son interesantes. Tal vez sean genios en su trabajo, pero no resulta agradable su conversación. Sus esposas por lo general también son muy aburridas. No me agrada que vengan aquí. Sólo les permito venir por una razón.

—¿Cuál es?

—En los pocos casos en que el marido es incapaz de realizar su trabajo adecuadamente, por pensar demasiado en su mujer —afirmó Aristides con un tono desabrido—. Ése parecía ser el caso de su marido. Thomas Betterton es conocido en el mundo como un joven genio, pero desde que está aquí sólo ha realizado trabajos mediocres y sin importancia. Sí, Betterton me ha decepcionado.

—¿No comprende que es algo que ocurre constantemente? Estas personas, al fin y al cabo, son prisioneros. ¿No se rebelan, por lo menos al principio?

—Sí —convino *Mr*. Aristides—. Es natural e inevitable. Es lo que ocurre cuando se mete un pájaro en una jaula por primera vez. Pero si él está en un aviario lo bastante grande, si tiene todo lo que precisa: una compañera, grano, agua, ramitas, todo lo que necesita para la vida, termina olvidándose de que alguna vez fue libre.

Hilary se estremeció.

—Me asusta usted.

—Aquí irá usted comprendiendo muchas cosas, *madame*. Permítame asegurarle que, si bien todos esos hombres de distintas ideologías se desilusionan y se rebelan al llegar aquí, al final acabarán por ponerse en la fila.

—No puede estar seguro de eso.

—En este mundo uno no puede estar seguro de nada. En eso estoy de acuerdo con usted, pero de todas formas es lo que ocurre en un noventa y nueve por ciento.

La joven le miró con horror.

—¡Es espantoso! —exclamó—. Es como una agencia de mecanógrafas, sólo que, en este caso, con cerebros.

—Exacto. Lo ha definido muy bien, *madame*.

—Y con esta agencia piensa que algún día abastecerá al mundo de científicos al mejor postor.

—Ése es, a grandes rasgos, la idea general.

—Pero usted no puede enviar a un científico como quien envía a una mecanógrafa.

—¿Por qué no?

—Porque una vez que un científico se encuentre en el mundo libre podría negarse a trabajar para su nuevo jefe. Volvería a ser libre.

—Eso es cierto en parte. Puede que haya que hacer ciertos arreglos.

—¿Arreglos? ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ha oído hablar de la lobotomía, *madame*?

Hilary frunció el entrecejo.

—Es una operación de cerebro, ¿verdad?

—Sí. Fue ideada originalmente para curar la depresión. No se lo explico en términos médicos, sino con palabras que usted y yo podamos entender fácilmente. Después de la operación, el paciente ya no siente deseos de suicidarse ni complejo alguno de culpabilidad. Queda libre de cuidados, sin conciencia y, en la mayoría de los casos, se vuelve obediente.

—Pero no se obtiene el cien por cien de éxitos, ¿verdad?

—Antes, no. Pero aquí hemos realizado grandes adelantos en la investigación de este tema. Tengo tres cirujanos: un ruso, un francés

y un austríaco. Tras varias operaciones de injertos y delicadas manipulaciones en el cerebro, se consigue llegar gradualmente a un estado en que la docilidad está asegurada y la voluntad puede controlarse sin que necesariamente afecte a la brillantez mental. Es posible que al fin podamos conseguir que un ser humano, sin perder su capacidad intelectual, se muestre perfectamente dócil y que acepte cualquier sugestión que se le haga.

—¡Es horrible! —exclamó Hilary—. ¡Horrible!

—Pero útil —le corrigió él serenamente—, e incluso beneficioso en algunos aspectos. Porque el paciente es feliz, está contento, sin temores, añoranzas ni inquietudes.

—Yo no creo que eso llegue a ocurrir —afirmó Hilary desafiante.

—*Chère madame*, perdone que le diga que no es usted competente para hablar del tema.

—Lo que quiero decir es que no creo que un animal satisfecho y domado produzca nunca un trabajo creador de verdadero valor.

Aristides se encogió de hombros.

—Tal vez. Usted es inteligente. Puede que tenga algo de razón. El tiempo lo dirá. No dejaremos de realizar experimentos.

—¡Experimentos! ¿Quiere decir con seres humanos?

—Desde luego. Es el único método práctico.

—Pero ¿con quiénes?

—Siempre hay quien no encaja —dijo Aristides—. Los que no se adaptan a la vida de aquí y no quieren cooperar. Son un buen material para experimentar.

Hilary hundió sus dedos en los almohadones del diván. Iba sintiendo una profunda repulsión hacia aquel rostro sonriente y amarillento con su visión inhumana. Todo lo que decía era tan razonable, lógico y práctico, que aún le horrorizaba más. Aquél no era un loco, sino simplemente un hombre para el que las criaturas humanas eran materia prima.

—¿No cree usted en Dios?

—Naturalmente que creo en Dios.

—*Mr*. Aristides enarcó las cejas. Su tono mostró sorpresa—. Ya se lo he dicho. Soy un hombre religioso. Dios me ha dotado de un poder supremo. De dinero y oportunidades.

—¿Lee usted la Biblia?

—Desde luego, *madame*.

—¿Recuerda lo que Moisés y Aarón dijeron al faraón? Dejad marchar a mi pueblo.

Él sonrió.

—¿De modo que soy el faraón? ¿Y usted Moisés y Aarón en una sola pieza? ¿Es eso lo que intenta decirme, *madame*? Que deje marchar a esas personas, ¿a todas o sólo a una en particular?

—Me gustaría que fueran todas —manifestó Hilary.

—Se da usted cuenta, *chère madame*, que eso es perder el tiempo. En vez de eso, ¿no es por su marido por quien pide?

—A usted no le sirve de nada —dijo la joven—. Seguramente ya se habrá dado cuenta.

—Tal vez sea cierto lo que dice. Sí, Thomas Betterton me ha decepcionado mucho. Esperaba que su presencia aquí le devolvería la brillantez, porque sin duda la tiene. La fama de que goza en Estados Unidos no deja lugar a dudas. Pero al parecer su venida le ha producido muy poco efecto, por no decir ninguno. No es que hable por mí mismo, desde luego, sino por los informes de las personas encargadas de saberlo. Sus colegas científicos que han trabajado con él. —Se encogió de hombros—. Realiza un trabajo cuidadoso, pero mediocre. Nada más.

—Hay algunos pájaros que no pueden cantar enjaulados —replicó Hilary—. Quizás haya también científicos que no pueden concentrarse en su trabajo en ciertas circunstancias. Debe admitir que es una posibilidad razonable.

—Es posible. No lo niego.

—Entonces considere a Thomas Betterton como uno de sus fracasos y déjelo volver al mundo exterior.

—Eso no es posible, *madame*. Todavía no estoy preparado para dar a conocer al mundo la existencia de este lugar.

—Podría hacerle jurar que guardará el secreto.

—Lo juraría, sí. Pero no cumpliría su palabra.

—¡Oh, sí! ¡Desde luego que la cumpliría!

—¡Ya habló la esposa! No puede creerse en la palabra de una mujer en estas cosas. Claro que… —agregó, juntando las puntas de sus dedos amarillentos y reclinándose en el diván— podría dejar un rehén aquí que le sujetara la lengua.

—¿A quién se refiere?

—Me refiero a usted, *madame*. Si Thomas Betterton se va y usted

se queda aquí como rehén, ¿cómo le sentaría a usted? ¿Lo aceptaría de buen grado?

Hilary miró las sombras detrás de Aristides. El millonario no podía ver las imágenes que iban surgiendo ante sus ojos. Estaba otra vez en el hospital junto a una mujer agonizante. Escuchaba a Jessop y memorizaba sus instrucciones. Si ahora existía una posibilidad de que Tom Betterton pudiera volver a la libertad ¿no sería éste el mejor modo de cumplir su misión? Porque ella sabía (y Aristides no), que allí no quedaría un rehén en el sentido estricto de la palabra, puesto que ella no significaba nada para Thomas Betterton. La mujer que amara había muerto.

Alzó la cabeza y miró al hombre sentado en el diván.

—Me quedaría de buen grado.

—Es usted valiente, *madame*, leal y abnegada. Son buenas cualidades. En cuanto a lo demás… —sonrió— ya hablaremos de ello en otra ocasión.

—¡Oh, no, no! —Hilary escondió el rostro entre sus manos y se echó a llorar—. ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! Es demasiado inhumano.

—No debe alterarse, *madame*. —La voz del anciano era tierna, casi acariciadora—. Me ha complacido hablarle esta noche de mis ideas y aspiraciones. Ha sido interesante ver el efecto que producen en un cerebro totalmente desprevenido. Una mente como la suya, sana, bien equilibrada e inteligente. Está usted horrorizada. Le repele. No obstante, yo creo que sorprenderla así ha sido un plan inteligente. Al principio se rechaza la idea, luego se piensa mejor, se reflexiona, y al fin se encuentra natural, como si hubiese existido siempre: un lugar común.

—¡Nunca! —exclamó Hilary—. ¡Eso nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

—¡Ah! —dijo Aristides—. Habla usted con la pasión y la rebeldía que acompaña siempre a los cabellos rojos. Mi segunda esposa era pelirroja. Era una mujer muy hermosa y me amaba. Es extraño, ¿verdad? Siempre he admirado a las pelirrojas. Tiene usted un cabello precioso. Hay otras cosas en usted que también me agradan. Su espíritu, su valor, el tener una mentalidad propia. —Suspiró—. Las mujeres como tales me interesan muy poco en la actualidad. Tengo un par de jovencitas que me entretienen algunas veces, pero ahora lo que prefiero es el estímulo de la compañía

intelectual. Créame, *madame*, su presencia me ha resultado muy estimulante.

—¿Suponga que repito a mi marido todo lo que me ha dicho?

Aristides sonrió con indulgencia.

—¡Ah, sí! Supongamos que se lo dice. Pero ¿lo hará?

—No lo sé. ¡Oh, no lo sé!

—¡Ah! Es usted prudente. Hay ciertas cosas que las mujeres deben callar. Pero está usted cansada e inquieta. De cuando en cuando, cuando yo venga por aquí, la haré venir y discutiremos muchas cosas.

—Déjeme salir de este lugar. —Hilary extendió las manos suplicante—. ¡Oh, déjeme salir! Lléveme con usted cuando se marche. ¡Por favor! ¡Por favor!

Él meneó la cabeza tranquilamente. Su expresión era benévola pero con un ligero toque de desprecio.

—Ahora habla usted como una chiquilla. ¿Cómo voy a dejarla salir? ¿Cómo podría dejar que fuese contando a todo el mundo lo que ha visto aquí?

—¿No me creería si le jurara que no diría una palabra a nadie?

—Por supuesto que no —replicó el anciano—. Sería muy tonto si lo creyera.

—No quiero estar aquí. Quiero salir de esta cárcel. Quiero marcharme.

—Tiene a su marido. Usted vino aquí para reunirse con él, por su propia voluntad.

—Pero yo ignoraba lo que era esto. No tenía la menor idea.

—No, no tenía usted la menor idea —replicó Aristides—. Pero puedo asegurarle que este mundo privado en el que ha penetrado es mucho más agradable que la vida detrás del Telón de Acero. ¡Aquí tiene todo lo que necesita! Lujos, un clima admirable, distracciones…

Se puso en pie, dándole unos golpecitos sobre el hombro.

—Ya se acostumbrará. ¡Ah, sí! El pájaro de rojo plumaje se acostumbrará. Dentro de un año, dos a lo sumo, será muy feliz. Aunque posiblemente —agregó pensativo—, menos interesante.

Capítulo XIX

1

Durante la noche, Hilary se despertó sobresaltada. Se incorporó apoyándose en un codo con el oído atento.

—Tom, ¿lo oyes?

—Sí. Son aviones que vuelan bajo. No tiene nada de particular. Pasan de cuando en cuando.

—Quisiera saber… —No terminó la frase.

Permaneció despierta recordando su extraña entrevista con Aristides.

Aquel viejo se había encaprichado con ella. ¿Podría aprovecharse de esta ventaja? ¿Conseguiría que la llevase con él al mundo exterior?

La próxima vez que la mandara llamar le induciría a hablar de su esposa pelirroja. No era el cebo de la carne lo que le cautivaría. Su sangre era demasiado fría para eso. Además, tenía a sus «jovencitas». Pero a los viejos les agradaba recordar, que los animen a recordar tiempos pasados.

Su tío George, que vivía en Cheltenham. Sonrió en la oscuridad recordando a tío George. ¿Es que tío George y Aristides, el hombre de los millones, eran acaso muy distintos? Tío George tenía un ama de llaves, «una mujer sencilla y agradable, querida, nada excéntrica o llamativa en absoluto, pero sencilla y sin pretensiones». Pero tío George sorprendió a toda la familia casándose con aquella mujer sencilla y sin pretensiones. Ella le había sabido escuchar. ¿Qué le había dicho a Tom? «Yo buscaré un medio de salir de aquí». ¡Qué curioso que ese medio resultara ser Aristides!

2

—Un mensaje —dijo Leblanc—. Al fin un mensaje.

Su asistente acababa de entrar y, tras saludarlo, dejó un papel doblado sobre la mesa, lo desplegó y luego manifestó excitado:

—Es un informe de uno de nuestros pilotos de reconocimiento. Estaba volando sobre la zona del Gran Atlas que le señalamos. Cuando volaba sobre cierta posición de la cordillera observó unas señales luminosas. Era morse. Se repitieron dos veces. Aquí tiene.

Le tendió el papel a Jessop.

COGLEPROSERIASL

Separó las dos últimas letras con lápiz.

—SL es nuestra clave para «No contestar».

—Y las letras COG con que empieza el mensaje —dijo Jessop—, son nuestra contraseña.

—Entonces el resto constituye el mensaje: LEPROSERÍA. —Subrayó la palabra y la miró indeciso.

—¿Leprosería? —repitió Jessop.

—¿Y qué significa eso?

—¿Tienen ustedes alguna leprosería importante? ¿O aunque no sea importante?

Leblanc extendió un gran mapa sobre la mesa. Señaló un punto con el regordete índice manchado por la nicotina.

—Aquí es donde estuvo volando nuestro piloto. Veamos —señaló la zona—. Me parece recordar…

Salió de la estancia y volvió al cabo de unos minutos.

—Ya lo tengo —le dijo—. Existe un famoso centro de investigaciones médicas, fundado y sostenido por un conocido filántropo, que funciona en esta zona, que por cierto es casi desierta.

»Se han realizado trabajos muy valiosos sobre el estudio de la lepra. Hay una leprosería en la que se atiende a unas doscientas personas.

»También se investiga sobre el cáncer y tienen un sanatorio para tuberculosos. Pero entienda bien esto, todo es auténtico. Su reputación es inmejorable. El mismo presidente de la república es

su protector.

—Sí —reconoció Jessop—. Una obra muy meritoria.

—Está abierta a la inspección en cualquier momento. Los médicos interesados en estos temas la visitan a menudo.

—¡Y no ven nada de lo que no deben ver! ¿Por qué habrían de verlo? No existe mejor camuflaje para los asuntos sucios que una ambiente de la mayor respetabilidad.

—Podría ser —respondió Leblanc poco convencido—, supongo, un lugar adecuado para hacer alto en un viaje. Tal vez un par de médicos centroeuropeos se las han apañado para montar algo. Un pequeño grupo de personas, como el que buscamos, podría perderse allí durante unas semanas antes de continuar su viaje.

—Creo que es más que eso —manifestó Jessop—. Creo que es el final del trayecto.

—¿Usted cree que se trata de algo grande?

—Una colonia de leprosos me resulta muy sugestiva. Tengo entendido que hoy en día, con los tratamientos modernos, la lepra se trata a domicilio.

—En los países civilizados, es posible. Pero no podría hacerse en este país.

—No. Pero la palabra leprosería todavía se asocia con la Edad Media, cuando los leprosos llevaban una campanilla para advertir a las gentes de su paso. La curiosidad no arrastra a la gente a una colonia de leprosos; la gente que va allí son, como usted ha dicho, médicos interesados únicamente por las investigaciones y, posiblemente, asistentes sociales ansiosos por dar a conocer al mundo las condiciones en que viven los leprosos. Todo sin duda muy admirable. Tras esa fachada de filantropía y caridad, puede ocultarse cualquier cosa. A propósito, ¿quién es el dueño de ese lugar? ¿Quiénes son los filántropos que lo levantaron y lo patrocinan?

—Eso es fácil de averiguar. Un momento.

Volvió a los pocos momentos con un libro de referencias en la mano.

—Fue establecido por una empresa particular, por un grupo de filántropos presidido por Aristides. Como usted sabe es un hombre que posee una inmensa fortuna y la emplea generosamente en obras de caridad. Ha fundado hospitales en París y también en Sevilla.

Ésta, de hecho, es una obra propia. A las otras se han asociado un grupo de benefactores.

—De modo que es cosa de Aristides. Y Aristides estuvo en Fez al mismo tiempo que Olive Betterton.

—¡Aristides! —Leblanc saboreó con fruición aquella coincidencia—. *¡Mais c'est colossal!*

—Sí.

—*¡C'est fantastique!*

—Desde luego.

—*¡Enfin, c'est formidable!*

—Definitivo.

—¿Se da usted cuenta de lo formidable que es? —Leblanc, muy excitado, agitó el índice ante el rostro del otro—. Este Aristides ha metido el dedo en todos los pasteles. Está detrás de casi todo. Los bancos, el gobierno, las fábricas de armamento, los transportes. Nunca se le ve y apenas se le menciona. Se sienta a fumar en una de las caldeadas habitaciones de su castillo español y, de cuando en cuando, escribe unas palabras en un pedazo de papel que arroja al suelo y que su secretario recoge a gatas, lo lee, y pocos días después, otro importante banquero de París se pega un tiro. ¡Es así!

—Qué fantásticamente teatral es usted, Leblanc. Pero la verdad no tiene nada de sorprendente. Presidentes y ministros toman importantes acuerdos; opulentos banqueros sentados tras sus suntuosos escritorios toman resoluciones trascendentales, pero a nadie le sorprende descubrir que, detrás de aquella magnificencia, se oculta un viejo repugnante que lleva la voz cantante. No es tan sorprendente averiguar que, detrás de todo este asunto de las desapariciones, esté Aristides. A decir verdad, de haber tenido algo más de sentido común, se nos hubiera debido de ocurrir antes. Todo esto es un negocio de gran envergadura. Nada político. La pregunta es ¿qué vamos a hacer?

Leblanc mostró una expresión lúgubre.

—¿Se da cuenta? No va a resultar sencillo. No me atrevo a pensar lo que pasará si estamos equivocados. E incluso en el caso de estar en lo cierto, tendremos que probarlo. Si realizamos investigaciones, alguien podría prohibirlas al más alto nivel. ¿Comprende? No, no va a ser fácil, pero… —volvió a extender el índice con énfasis— lo haremos.

Capítulo XX

Los coches subieron velozmente por la carretera de la montaña y frenaron ante la gran puerta de hierro empotrada en la misma roca.

Eran cuatro.

En el primero iba un ministro francés y el embajador de Estados Unidos; en el segundo, el cónsul británico, un miembro del Parlamento y el jefe de policía. El tercer coche lo ocupaban dos miembros de una antigua comisión real y dos distinguidos periodistas. Los otros acompañantes eran los secretarios de rigor. El cuarto coche contenía a ciertas personas desconocidas para el público en general, pero con fama suficiente dentro de su esfera. Entre ellas se encontraban el capitán Leblanc y *Mr*. Jessop. Los chóferes, impecablemente uniformados, se apresuraron a abrir las puertas para que se apearan los distinguidos visitantes.

—Espero —murmuró el ministro con aprensión— que no haya posibilidad de contacto de ningún tipo.

Uno de sus colaboradores se apresuró a tranquilizarlo.

—*Pas du tout, monsieur le ministre*. Se han tomado todas las precauciones posibles. Se inspecciona todo, pero sólo a distancia.

El ministro, que era de edad algo avanzada y muy aprensivo, pareció tranquilizarse. El embajador dijo algo acerca de la mejor comprensión y tratamiento de estas enfermedades en la actualidad.

Las grandes puertas se abrieron. En el umbral les aguardaba un pequeño grupo de bienvenida. El director, moreno y corpulento. El subdirector, alto y rubio, dos médicos y un eminente investigador químico. Los saludos fueron en francés, floridos y prolongados.

—*¿Et ce cher* Aristides? —preguntó el ministro—. Espero que su indisposición no le prive de cumplir su compromiso de encontrarse aquí con nosotros.

—*Monsieur* Aristides llegó ayer de España en su avión —dijo el subdirector—. Los espera dentro. Permitidme, Excelencia, *monsieur* le ministre, que le muestre el camino.

Los visitantes le siguieron. *Monsieur* le ministre miró a través del grueso enrejado metálico que había a su derecha. Los leprosos estaban alineados lo más lejos posible del mismo. Respiró. Sus sentimientos acerca de los leprosos seguían siendo medievales.

En el bien amueblado y moderno vestíbulo, Aristides aguardaba a sus invitados. Hubo reverencias, saludos, presentaciones. Los criados de tez morena, vestidos con ropajes y turbantes inmaculados sirvieron los aperitivos.

—Este lugar es maravilloso, señor —le comentó a Aristides uno de los periodistas más jóvenes.

El viejo hizo uno de sus ademanes orientales.

—Me siento orgulloso de este lugar. Es, como podríamos decir, mi canto del cisne. Mi último regalo a la humanidad. No se ha reparado en gastos.

—Es cierto —dijo uno de los miembros del personal médico con calor—. Este sitio es el sueño de todo profesional. En Estados Unidos lo hacemos bastante bien, pero lo que he visto desde que llegué aquí es… ¡y estamos obteniendo resultados! Sí, señor, desde luego que sí.

Su entusiasmo era contagioso.

—Debemos expresar nuestra más ferviente admiración por esta iniciativa privada —manifestó el embajador, inclinándose cortésmente ante Aristides.

—Dios ha sido muy bueno conmigo —respondió el aludido con humildad.

Sentado en su silla parecía un pequeño sapo amarillento. El miembro del Parlamento murmuró al oído del miembro de la comisión real, que era un hombre sordo y muy viejo, que Aristides era toda una paradoja.

—Este viejo pillastre ha arruinado probablemente a millones de personas y ha hecho tanto dinero que no sabe qué hacer con él y lo devuelve con la otra mano.

El viejo juez le respondió:

—Uno se pregunta hasta qué punto los resultados justifican el aumento de los gastos. La mayoría de los grandes descubrimientos

que han beneficiado a la humanidad fueron hechos con equipos sencillos.

—Y ahora —dijo Aristides acabadas las salutaciones y aperitivos —, me harán el honor de disfrutar de un humilde refrigerio que les aguarda. El doctor van Heidem les hará los honores. Yo estoy a dieta y como muy poco estos días. Luego visitarán nuestras dependencias.

Bajo la dirección del alegre doctor van Heidem, los invitados entraron con entusiasmo en el comedor. Habían volado dos horas, más una hora de viaje en automóvil, y estaban hambrientos. La comida era deliciosa y fue comentada con especial aprobación por parte del ministro.

—Disfrutamos de nuestras modestas comodidades —dijo van Heidem—. Dos veces por semana nos traen en avión frutas y verduras frescas, tenemos carne y pollo y, desde luego, unos magníficos congeladores. El cuerpo reclama su parte de los recursos de la ciencia.

La comida fue acompañada con vinos escogidos. Luego les sirvieron café turco. A continuación dio comienzo la visita. El recorrido duró dos horas y el ministro se alegró de que se acabara. Estaba harto de tantos brillantes laboratorios, corredores interminables y, todavía más, por la cantidad de detalles científicos que le fueron proporcionados.

A pesar que el interés del ministro era superficial, algunos de los otros quisieron conocer más detalles. Se manifestó cierta curiosidad por saber cuáles eran las condiciones de vida del personal y otros detalles. El doctor van Heidem se mostró encantado de enseñar a los visitantes todo lo que había que ver. Leblanc y Jessop —el primero acompañaba al ministro y el segundo al cónsul inglés—, se rezagaron un poco mientras los demás volvían al vestíbulo.

—Aquí no hay rastro alguno —murmuró Leblanc, nervioso.

—Ni la menor señal.

—*Mon cher*, ¡qué catástrofe si nos hemos equivocado de puerta, como usted dice! ¡Después de las semanas que ha costado organizar todo esto! En cuanto a mí, será el fin de mi carrera.

—Todavía no me doy por vencido —aseguró Jessop—. Nuestros amigos están aquí, estoy seguro.

—No hay el menor rastro de ellos.

—Naturalmente. No pueden permitirse el lujo de que dejen rastro. Todo está preparado y arreglado para estas visitas oficiales.

—Entonces, ¿cómo vamos a conseguir las pruebas? Créame, sin pruebas nadie tomará cartas en el asunto. Son muy escépticos. El ministro, el embajador norteamericano, el cónsul inglés, todos dicen que un hombre como Aristides está por encima de toda sospecha.

—Calma, Leblanc, calma. Le digo que todavía no estamos vencidos.

Leblanc se encogió de hombros.

—Es usted muy optimista, amigo —le dijo.

Luego se volvió para hablar un momento con un joven de cara de luna e impecablemente vestido que formaba parte del *entourage*. Cuando miró de nuevo a Jessop vio que éste sonreía.

—¿Por qué sonríe? —le preguntó extrañado.

—¿Ha oído hablar del contador Geiger?

—Naturalmente, pero no soy científico.

—Ni yo tampoco, pero es un sensible detector de la radiactividad, y ahora me dice que nuestros amigos están aquí. Este edificio ha sido construido en forma desconcertante. Todos los pasillos y habitaciones son tan parecidos que es difícil saber dónde se está o cuál es la disposición del edificio. Existe una parte de este lugar que no hemos visto, que no nos la han enseñado.

—¿Lo deduce porque hay alguna indicación radiactiva?

—Exacto.

—En resumen, ¿otra vez las perlas de *madame*?

—Sí. Seguimos jugando a Hansel y Gretel. Pero aquí no se podían dejar signos tan evidentes como las perlas de un collar o una mano de pintura fosforescente. No se pueden ver, pero sí pueden ser captados por nuestro detector radiactivo.

—Pero *mon Dieu*, Jessop, ¿es eso suficiente?

—Debiera serlo. Lo que uno teme es que…

Leblanc terminó la frase por él.

—… que estas personas no quieran creerlo. Se han mostrado reacias desde el principio. ¡Oh, sí, eso es! Incluso su cónsul inglés es un hombre prudente. En muchos aspectos su gobierno está en deuda con Aristides. Y en cuanto al nuestro —se encogió de hombros—, sé que *monsieur* le ministre será muy difícil de convencer.

—Nosotros no ponemos nuestra fe en los gobiernos —replicó

Jessop—. Los gobernantes y diplomáticos tienen las manos atadas. Pero teníamos que traerlos aquí porque son los únicos que tienen autoridad. Pero en cuanto a credibilidad se refiere, tengo puesta mi confianza en otra parte.

—¿Y dónde la ha puesto, amigo mío?

El rostro de Jessop exhibió una sonrisa.

—En la prensa. Los periodistas andan a la caza de noticias. No desean que se silencien las cosas. Siempre están dispuestos a creer cualquier cosa aunque cueste creerlo. Y la otra persona en quien tengo fe —continuó— es en ese viejo sordo.

—Ajá, ya sé a quién se refiere. Ése que tiene aspecto de tener un pie en la tumba.

—Sí, es sordo, enfermo y casi ciego. Pero le interesa la verdad. Es un antiguo juez del Tribunal Supremo y, a pesar de ser sordo, ciego y de que le tiemblan las piernas, conserva la cabeza tan despejada como siempre. Tiene la habilidad innata de los grandes jueces que les permite saber cuando hay algo gordo encerrado en un asunto y alguien procura que no sea descubierto. Es un hombre que escucha y querrá escuchar las pruebas.

Habían vuelto a entrar en el vestíbulo. Les sirvieron té y refrescos. El ministro felicitó a *Mr*. Aristides con frases elegantes. El embajador norteamericano agregó su parte. Y fue entonces cuando el ministro, mirando a su alrededor, dijo con voz ligeramente nerviosa:

—Y ahora, caballeros, creo llegado el momento de dejar a nuestro amable anfitrión. Hemos visto todo lo que hay que ver. —El tono en que pronunció estas palabras era significativo—. Todo es magnífico. ¡Un establecimiento de primer orden! Le estamos muy agradecidos a nuestro anfitrión por su hospitalidad y lo felicitamos por los adelantos obtenidos. Ahora nos despediremos de él y partiremos sin dilación. ¿Es así o no?

Las palabras en sí eran bastante convencionales. Y la mirada que dirigió a los invitados pudo no haber sido otra cosa que cortés.

No obstante, en realidad fueron una súplica. Lo que decía el ministro era:

«Ya han visto ustedes, caballeros, que aquí no hay nada de lo que temían y sospechaban. Es un gran alivio y ahora podemos marcharnos con la conciencia tranquila».

Sin embargo, en medio del silencio se alzó la voz educada, deferente y tranquila de *Mr*. Jessop. Se dirigió al ministro en francés correcto, aunque con acento inglés.

—Con su permiso, señor, si es posible, quisiera pedir un favor a nuestro amable anfitrión.

—Desde luego, desde luego. Sí, señor. Ah, *Mr*. Jessop. Sí, diga.

Jessop se dirigió solemnemente al doctor van Heidem, evitando mirar ostensiblemente a Aristides.

—Hemos visto a tantas personas que estoy aturdido. Pero aquí está un viejo amigo mío a quien me gustaría saludar. Me pregunto si sería posible antes de marcharnos.

—¿Un amigo suyo? —exclamó van Heidem cortésmente pero sorprendido.

—Bueno, en realidad son dos —replicó Jessop—. También está aquí una mujer, *Mrs*. Betterton, Olive Betterton. Creo que su marido trabaja aquí, Tom Betterton. Estuvo en Harwell y anteriormente en Estados Unidos. Me agradaría mucho poder hablar con ellos antes de marcharme.

La reacción del doctor van Heidem fue perfecta. Sus ojos se abrieron con sorpresa y luego frunció el entrecejo.

—Betterton, *Mrs*. Betterton… No, creo que no hay nadie aquí con ese nombre.

—También está aquí un estadounidense —insistió Jessop—. Andy Peters, químico investigador, creo que es su especialidad. ¿No es así, señor? —Se volvió con gran deferencia hacia el embajador.

Éste era un hombre inteligente de mediana edad y de ojos azules. Tenía un gran carácter y una reconocida capacidad diplomática. Su mirada se cruzó con la de Jessop. Tardó un minuto entero en decidirse.

—Sí. Es cierto, Andy Peters. Me agradaría saludarle.

Van Heidem parecía cada vez más asombrado. Jessop dirigió una rápida mirada a *Mr*. Aristides. Su pequeño rostro amarillento no expresaba sorpresa, ni inquietud. Sencillamente no le interesaba.

—¿Andy Peters? No. Me temo, Excelencia, que está usted en un error. No tenemos aquí a nadie que se llame así. Ni siquiera conozco ese nombre.

—Sí conoce el de Thomas Betterton, ¿verdad? —intervino Jessop.

Van Heidem vaciló un solo instante. Volvió ligeramente la cabeza hacia el anciano, pero se contuvo a tiempo.

—Thomas Betterton —repitió—. Pues sí, creo…

Uno de los caballeros de la prensa habló rápidamente:

—¡Thomas Betterton! Vaya, yo diría que armó un gran revuelo hace seis meses cuando desapareció. Vaya, ¡salió en todos los titulares de los periódicos europeos! La policía lo ha buscado por todas partes. ¿Quiere decir que ha estado aquí todo este tiempo?

—No —intervino van Heidem tajante—. Me temo que alguien les ha estado informando mal. Quizás haya sido una broma. Ustedes han visto a todos los que trabajan en la Unidad. Lo han visto todo.

—Me parece que todo, no —replicó Jessop, con calma—. También un joven llamado Ericsson. Y el doctor Louis Barron y, posiblemente, *Mrs*. Calvin Baker.

—¡Ah! —Van Heidem pareció comprender al fin—. Pero estas personas murieron en Marruecos, en un accidente de aviación. Ahora lo recuerdo perfectamente. Por lo menos recuerdo los nombres de Ericsson y Louis Barron. ¡Ah! Francia experimentó una gran pérdida ese día. Un hombre como el doctor Barron es difícil de sustituir. —Meneó la cabeza—. No sé nada referente a *Mrs*. Calvin Baker, pero me parece recordar que en ese avión iba una mujer inglesa o norteamericana. Pudiera tratarse quizá de esa *Mrs*. Betterton que usted ha nombrado. Sí, fue muy lamentable. —Miró interrogativamente a Jessop—. Ignoro, *monsieur*, por qué supone usted que esas personas venían aquí. Es posible que el doctor Barron mencionara en alguna ocasión su propósito de visitar nuestro establecimiento mientras estuvo en el norte de África, y es posible que la referida mención pudiera dar lugar a un malentendido.

—¿Entonces me asegura usted que estoy equivocado? —le preguntó Jessop—. ¿Que ninguna de estas personas se encuentra aquí?

—¿Pero cómo quiere que estén, mi querido amigo, si todos fallecieron en ese accidente de aviación? Creo que se encontraron los cadáveres.

—Estaban demasiado carbonizados para que pudieran ser identificados. —Jessop pronunció estas palabras con intención.

Hubo un movimiento a sus espaldas y una voz precisa, fina y

muy atenuada, dijo:

—¿Dice usted que no hubo una identificación precisa? —Lord Alverstoke se inclinó hacia delante, mientras con la mano hacía pabellón junto al oído y sus ojillos inteligentes se fijaban en Jessop.

—No pudo haberla, milord —confirmó Jessop—, y tengo razones para creer que esas personas sobrevivieron al accidente.

—¿Usted lo cree? —dijo lord Alverstoke con cierto desagrado.

—Tengo pruebas de que sobrevivieron.

—¿Pruebas? ¿De qué clase, *Mr*. Jessop?

—*Mrs*. Betterton llevaba un collar de perlas falsas el día que salió de Fez para dirigirse a Marrakech —dijo el policía—. Una de esas perlas fue encontrada a una distancia de media milla del lugar donde se incendió el aparato siniestrado.

—¿Cómo puede asegurar que la perla encontrada pertenecía al collar de *Mrs*. Betterton?

—Porque todas las perlas de ese collar tenían una marca imperceptible a simple vista pero fácil de distinguir con una lente de aumento.

—¿Quién puso esas marcas?

—Yo mismo en presencia de mi colega aquí presente, *monsieur* Leblanc.

—Usted puso esas marcas. ¿Tuvo alguna razón para señalar esas perlas de un modo especial?

—Sí, milord. Tenía razones para creer que *Mrs*. Betterton me conduciría hasta su marido, Thomas Betterton, contra el cual hay una orden de detención —contestó Jessop—. Aparecieron otras dos perlas. Cada una de ellas en distintos puntos de la línea que une el lugar donde se incendió el avión y el establecimiento en el que ahora nos encontramos. Hechas averiguaciones en los lugares en que aparecieron dichas perlas, nos fue facilitada la descripción aproximada de seis personas que se suponían muertas en el accidente. Uno de esos pasajeros llevaba un guante impregnado de una pintura fosforescente. La marca fue observada en el automóvil que transportó a dichos pasajeros durante una de las etapas de su viaje.

—Muy interesante —observó lord Alverstoke en tono seco.

Aristides se removió inquieto en su enorme sillón. Parpadeó varias veces rápidamente.

—¿Dónde encontraron las últimas huellas de ese grupo de personas?

—En un aeródromo abandonado, señor.

Le indicó el lugar preciso.

—Eso está a cientos de millas de aquí —dijo Aristides—. En el caso de que sus interesantes averiguaciones fuesen exactas y que por alguna razón el accidente fuese simulado, imagino que esos pasajeros emprenderían el vuelo desde ese aeródromo abandonado hacia algún punto desconocido. Dado que ese aeródromo se encuentra a cientos de millas de aquí, la verdad, no comprendo en qué basa su creencia para asegurar que esas personas se encuentran aquí. ¿Por qué habrían de estar aquí?

—Hay varias y muy buenas razones, señor. Uno de nuestros aviones captó un mensaje. Se lo comunicaron a *monsieur* Leblanc. Empezaba con nuestra clave de identificación, y se nos comunicaba que esas personas en cuestión estaban en una leprosería.

—Lo encuentro interesante —opinó *Mr*. Aristides—. Muy interesante. Pero me parece que sin duda alguna han querido despistarle. Esas personas no están aquí —afirmó con calma y decisión—. Tiene usted plena libertad para registrar todo el establecimiento.

—Dudo de que consiguiera encontrar nada, señor —replicó Jessop—. Es decir, revisándolo superficialmente. Sé en qué zona debe comenzar la búsqueda.

—¿De veras? ¿Y dónde está eso?

—En el cuarto pasillo del segundo laboratorio torciendo a la izquierda y al final del corredor.

El doctor van Heidem hizo un brusco movimiento y dos vasos que estaban sobre la mesa cayeron al suelo haciéndose añicos.

Jessop le miró sonriente.

—Ya ve, doctor, que estamos bien informados.

—Eso es absurdo —exclamó van Heidem—. ¡Absurdo! Usted insinúa que nosotros estamos reteniendo a unas personas contra su voluntad. Lo niego categóricamente.

—Parece que hemos llegado a un *impasse* —opinó el ministro molesto.

—Ha sido una teoría muy interesante —observó *Mr*. Aristides sin perder la calma—. Pero es sólo una teoría —miró el reloj—. Me

perdonarán ahora si les sugiero que ya es hora de que partan. Tienen un largo camino hasta el aeródromo, y se alarmarán si su avión se retrasa.

Leblanc y Jessop comprendieron que había llegado la hora de la verdad. Aristides exhibía toda la fuerza de su personalidad. Retaba a aquellos hombres a que se opusieran a su voluntad. Si persistían, significaría que estaban dispuestos a un enfrentamiento abierto.

El ministro estaba deseoso de capitular. El jefe de policía sólo quería agradar al ministro. El embajador estadounidense no estaba satisfecho, pero también vacilaba en insistir por razones diplomáticas. Y el cónsul inglés no tenía otra salida que plegarse a los demás.

Los periodistas. Aristides pensó en los representantes de la prensa. Ya se ocuparía de ellos. Quizá su precio fuese elevado, pero era de la opinión de que podían comprarse. Y si no se dejaban sobornar… bueno, había también otros medios.

En cuanto a Jessop y Leblanc, lo sabían todo. Era evidente, pero no actuarían sin el respaldo de la autoridad. Su mirada se cruzó con la del otro anciano, inteligente y despierto, un hombre al que no podía comprar. Pero al fin y al cabo… Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de una voz fría, lejana y muy clara.

—Soy de la opinión de que no debemos apresurar nuestra marcha. Porque aquí hay un caso que al parecer requiere ser investigado más a fondo. Se han hecho graves alegaciones y considero que no pueden pasarse por alto. Hay que aprovechar toda oportunidad para que sean comprobadas.

—La responsabilidad de buscar pruebas es suya —replicó *Mr*. Aristides, haciendo un gracioso gesto hacia los demás—. Se acaba de hacer una acusación absurda, sin la menor base en qué apoyarla.

—No sin base.

El doctor van Heidem se volvió sorprendido. Uno de los criados árabes se había adelantado. Tenía una hermosa figura con sus ropajes blancos bordados en oro y el turbante que envolvía su cabeza hacia resaltar un rostro moreno.

Todos los reunidos le miraron asombrados, porque de aquellos gruesos labios salía una voz de acento típicamente norteamericano.

—No sin base —repitió—. Pueden tomarme por testigo. Estos caballeros han negado que Andy Peters, Torquil Ericsson, los

señores Betterton y el doctor Louis Barron estuvieran aquí. Eso es falso. Todos se encuentran aquí, y yo les hablo en su nombre —dio un paso en dirección al embajador estadounidense—. Es posible que le cueste reconocerme, señor, pero yo soy Andy Peters.

Un ligero silbido parecido al de una serpiente brotó de los labios de Aristides. Luego volvió a reclinarse en su sillón y recuperó su expresión impasible.

—Hay una gran cantidad de gente oculta en este lugar —continuó Peters—. Schwartz, de Munich; Helga Needheim, Jeffreys y Davidson, los científicos ingleses; Paul Wade, de Estados Unidos; y también los italianos Richotetti y Bianca, los Murchison. Todos se encuentran en este edificio. Hay un sistema de tabiques que es imposible de distinguir a simple vista. Hay toda una red de laboratorios secretos excavados en la misma roca.

—Dios nos asista —exclamó el embajador estadounidense. Miró al supuesto árabe y entonces se echó a reír—. Ni siquiera ahora le reconozco.

—Es por la inyección de parafina en los labios, señor, aparte del pigmento negro.

—Si es usted Peters, ¿cuál es el número que le corresponde en el FBI?

—El 813471, señor.

—Cierto —replicó el embajador—, ¿y las iniciales de su alias?

—B.A.B.D.G., señor.

El embajador asintió.

—Este hombre es Peters —dijo mirando al ministro.

El ministro vaciló y luego aclaró su garganta.

—¿Usted asegura que estas personas han sido retenidas aquí contra su voluntad?

—Algunos están aquí por gusto, Excelencia; otros, no.

—En este caso —continuó el ministro—, hay que tomar declaraciones. Sí, sí, sí, desde luego hay que tomarlas.

Miró al prefecto de policía, que se adelantó.

—Un momento, por favor. —Aristides alzó la mano—. Me parece que aquí se ha abusado de mi confianza —dijo con voz tranquila y precisa. Su fría mirada se detuvo en van Heidem y el director—. Y en cuanto a lo que ustedes se han permitido hacer en su entusiasmo por la ciencia, todavía no lo veo del todo claro,

caballeros. Mi patrocinio a este centro fue puramente por bien de la ciencia. Nada tengo que ver con la aplicación práctica de su política.

»Le advierto, señor director, que si esta acusación es cierta, será mejor que traiga inmediatamente a esas personas que supuestamente se encuentran aquí contra su voluntad.

—Pero, *monsieur*, es imposible. Yo creo que…

—Se han acabado los experimentos. —Miró a sus huéspedes—. No es preciso que les asegure, *messieurs*, que si aquí hay algo ilegal, no es asunto mío.

Era una orden y fue aceptada como tal a causa de su riqueza, su poder y su influencia. *Monsieur* Aristides, un personaje de fama mundial, no se vería complicado en este asunto. No obstante, a pesar de que saldría bien librado, aquello era su derrota. El fracaso de sus propósitos, el fracaso de la agencia de cerebros de la que esperaba sacar tantos beneficios. Aristides no se abatía ante el fracaso. Ya le había ocurrido otras veces durante el curso de su carrera. Siempre los aceptaba con filosofía y pasaba a preparar el próximo *coup*.

—Me lavo las manos en este asunto.

El prefecto de policía se adelantó. Ahora debía actuar. Sabía cuáles eran las instrucciones y estaba dispuesto a llevarlas a cabo con toda la fuerza de su posición oficial.

—No toleraré obstrucciones. Es mi deber.

Van Heidem se adelantó con el rostro muy pálido.

—Si tiene la amabilidad de venir por aquí, le mostraré nuestras dependencias reservadas.

Capítulo XXI

—¡Me siento como si despertara de una pesadilla! —manifestó Hilary. Se desperezó alzando los brazos bien alto por encima de la cabeza. Estaban sentados en la terraza de un hotel de Tánger. Habían llegado aquella misma mañana en avión—. ¿Ocurrió todo eso? ¡Es imposible! —continuó la joven.

—Sí, ha sucedido —le contestó Tom Betterton—, pero estoy de acuerdo contigo, Olive. Fue una pesadilla. Bueno, ya he salido de allí.

Jessop apareció en la terraza y se sentó con ellos.

—¿Dónde está Andy Peters? —preguntó Hilary.

—No tardará en venir. Tenía algunos asuntos que atender.

—De modo que Peters era uno de los suyos —comentó Hilary—, y fue quien dejó las señales fosforescentes y las huellas radiactivas de una pitillera de plomo. Nunca me dijo nada.

—No —contestó Jessop—. Los dos fueron muy discretos.

Aunque, para ser precisos, no es uno de los míos. Representa a Estados Unidos.

—¿Era a él a quien se refería cuando me dijo que si conseguía llegar hasta Tom tendría protección?

Jessop asintió.

—Espero que no me reproche por no haberle proporcionado el final deseado a su experiencia.

Hilary le miró extrañada.

—¿Qué final?

—Un medio más deportivo de suicidarse.

—¡Oh, eso! —Meneó la cabeza en un gesto de incredulidad—. Ahora me parece tan absurdo como todo lo demás. He sido Olive Betterton durante tanto tiempo que me resulta extraño volver a ser

Hilary Craven.

—¡Ah! —exclamó Jessop—. Ahí está mi amigo Leblanc. Debo ir a hablar con él.

Les dejó para cruzar la terraza. Tom Betterton dijo a toda prisa:

—Haz una cosa más por mí, ¿quieres, Olive? Todavía sigo llamándote Olive, es la fuerza de la costumbre.

—Sí, desde luego. ¿Qué quieres?

—Sal conmigo a la terraza y luego vuelve y di que he subido a mi habitación para descansar un rato.

—¿Por qué? —Le miró interrogativamente—. ¿Qué vas a hacer?

—Me marcho, querida, mientras pueda hacerlo.

—¿Marcharte? ¿Adónde?

—A cualquier parte.

—¿Por qué?

—Piensa un poco. No sé cuál es mi situación legal aquí. Tánger es un lugar extraño que no está bajo la jurisdicción de ningún país en particular. Pero sé lo que ocurrirá si voy con vosotros a Gibraltar. En cuanto llegue, me arrestarán.

Hilary lo miró preocupada. Con la excitación de haber escapado de la Unidad, había olvidado los problemas de Tom Betterton.

—¿Te refieres al Acta de Asuntos Secretos o como la llamen? No creerás que podrás escapar, ¿verdad, Tom? ¿A dónde irás?

—Ya te lo he dicho. A cualquier parte.

—¿Es eso posible hoy en día? Está la cuestión del dinero y toda esa clase de dificultades.

—En cuanto al dinero no tengo por qué preocuparme. —Rio—. Está en lugar seguro donde poder recogerlo y bajo otro nombre.

—¿De modo que aceptaste dinero?

—Por supuesto.

—Pero te seguirán.

—Les costará bastante. ¿No comprendes, Olive, que la descripción que tienen de mí es completamente distinta a mi aspecto actual? Por eso tenía tanto interés en la cirugía estética. Era lo más importante. Salir de Inglaterra, ingresar una buena suma de dinero en un banco y hacer que mi aspecto cambiara de tal forma que pudiera considerarme seguro para toda la vida.

La joven le miró con una expresión de duda.

—Te equivocas. Estoy segura de que estás equivocado. Sería

mejor que regresaras y afrontaras los hechos. Al fin y al cabo, ya no estamos en tiempo de guerra. Supongo que tu condena sería corta. ¿Por qué quieres vivir huyendo el resto de tu vida?

—Tú no lo comprendes. No comprendes nada en absoluto. Vamos ahora mismo, no hay tiempo que perder.

—¿Cómo vas a salir de Tánger?

—Ya me las arreglaré. No te preocupes.

Hilary se puso en pie y caminaron lentamente hacia la terraza.

Se sentía inquieta y sin saber qué decir. Había cumplido su compromiso con Jessop y con la mujer muerta, Olive Betterton.

Ahora ya no le quedaba nada más que hacer. Había pasado muchas semanas de intimidad con Tom Betterton, pero se daba cuenta de que seguían siendo dos extraños. No les unía el menor lazo de compañerismo o amistad.

Llegaron al extremo de la terraza. Allí había una pequeña puerta lateral por la que se salía a una estrecha callejuela que bajaba por la colina hasta el puerto.

—Me marcharé por aquí —dijo Betterton—. Nadie nos observa. Hasta la vista.

—Buena suerte —manifestó Hilary despacio.

Contempló a Betterton mientras se acercaba a la puerta y la abría. En cuanto lo hizo, dio un paso atrás y se detuvo. Había tres hombres en el umbral y dos de ellos se adelantaron hacia él. El primero habló en tono oficial:

—Thomas Betterton. Traigo una orden de arresto contra usted. Quedará aquí bajo custodia, mientras se llevan a cabo los trámites de extradición.

Betterton se volvió bruscamente, pero el otro hombre se anticipó al intento. Tom soltó una carcajada.

—Todo esto me parece muy bien, excepto que yo no soy Thomas Betterton.

El tercer hombre se reunió con los otros dos.

—¡Oh, sí, claro que lo es! —afirmó—. Usted es Thomas Betterton.

El científico volvió a reír.

—Lo que quiere decir es que durante un mes ha estado viviendo conmigo, oyéndome llamar y decir que era Thomas Betterton. Pero el caso es que no soy Thomas Betterton. Lo conocí en París y vine

en su lugar. Pregúntenselo a esta señora si no me creen. Vino a reunirse conmigo, pretendiendo ser mi esposa, y yo la reconocí como tal. Fue así, ¿no es cierto?

Hilary asintió.

—Eso fue —continuó Betterton—, porque no siendo Thomas Betterton, naturalmente, no sabía cómo era su mujer. Yo pensé que era la esposa de Thomas Betterton. Después tuve que intentar alguna explicación que le satisficiera, pero ésa es la verdad.

—De modo que por eso simulaste reconocerme —exclamó Hilary —. ¡Y me pediste que siguiera fingiendo!

Betterton volvió a reír, esta vez con más confianza.

—No soy Betterton. Miren cualquier fotografía de Betterton y verán como les digo la verdad.

Peters se adelantó. Cuando habló su voz fue completamente distinta a la que Hilary conocía. Fría e implacable.

—He visto fotografías de Betterton, y estoy de acuerdo con usted en que no le hubieran reconocido como tal. Pero, no obstante, es usted Thomas Betterton y voy a probarlo.

Asió bruscamente a Betterton y le quitó la chaqueta.

—Si es usted Thomas Betterton, tiene una cicatriz en forma de zeta en el pliegue del codo derecho.

Mientras hablaba le desgarró la manga de la camisa para descubrirle el brazo.

—Ahí está —dijo señalándola triunfalmente—. Hay dos ayudantes del laboratorio en Estados Unidos que lo testificarán. Yo lo sé porque Elsa me escribió contándome cómo se la hizo.

—¿Elsa? —Betterton le miró extrañado, comenzando a temblar —. ¿Elsa? ¿Qué tiene que ver Elsa?

—¿Por qué no pregunta de qué cargo se le acusa? —El policía volvió a adelantarse—. El cargo es de asesinato en primer grado. Se le acusa de haber asesinado a su esposa, Elsa Betterton.

Capítulo XXII

—Lo siento, Olive. Tiene que creerme, lo siento muchísimo. Quiero decir, por usted. Por usted le ofrecí una oportunidad. Ya le advertí que estaría más seguro quedándose en la Unidad a pesar de que había recorrido medio mundo para encontrarlo y hacer que recibiera su merecido por lo que le hizo a Elsa.

—No comprendo. No comprendo nada de todo esto. ¿Quién es usted?

—Creí que lo sabía. Soy Boris Andrei Pavlov Glydr, primo de Elsa. Desde Polonia me enviaron a Estados Unidos a una universidad norteamericana para acabar mis estudios. Y tal como se pusieron las cosas en Europa, mi tío creyó más conveniente para mí que adoptara la nacionalidad estadounidense, y tomé el nombre de Andy Peters.

»Luego, al estallar la guerra, regresé a Europa y trabajé en la Resistencia. Saqué a mi tío y a Elsa de Polonia y los llevé a Estados Unidos. Elsa, ya le he hablado de ella. Fue Elsa quien descubrió la fisión ZE. Betterton era un joven canadiense que ayudaba a Mannheim en sus experimentos. Conocía su trabajo, pero nada más.

»Cortejó a Elsa y se casó con ella para asociarse a los trabajos científicos que estaba realizando. Cuando sus experimentos llegaron a su término y comprendió la gran importancia de la fisión ZE, la envenenó deliberadamente.

—¡Oh, no, no!

—Sí. Entonces no se sospechó nada. Betterton parecía muy apenado, se entregó con renovado ardor a su trabajo y, después, anunció el descubrimiento de la fisión ZE como cosa suya. Obtuvo lo que él quería: fama y que le consideraran un científico de primera.

Luego consideró prudente dejar Estados Unidos y venir a Inglaterra. Marchó a Harwell y estuvo trabajando allí.

»Yo permanecí en Europa algún tiempo ya finalizada la guerra. Puesto que conocía el alemán, el ruso y el polaco, podía ser muy útil allí. La carta que Elsa me escribió antes de morir me inquietó. La enfermedad que sufría y de la que murió me parecía misteriosa e inesperada. Cuando al fin regresé a Estados Unidos, comencé a hacer averiguaciones. No hace falta que se lo cuente todo. Encontré lo que buscaba. Es decir, lo bastante para solicitar una orden para la exhumación del cadáver. En la oficina del fiscal de distrito había un joven que había sido gran amigo de Betterton. Se iba de viaje a Europa y le propuse que visitara a Betterton y mencionara la exhumación.

»Betterton husmeó el peligro. Supongo que ya debía haber tratado con algún agente de nuestro amigo Aristides. De todas formas, vio que era su mejor oportunidad para evitar el arresto y el juicio por asesinato. Aceptó la propuesta con la condición de que le cambiaran el rostro por completo. Lo que ocurrió en realidad es que se encontró prisionero. Más aún, se encontró en una situación peligrosa, porque era incapaz de conseguir ningún resultado en su trabajo científico. Nunca fue un genio.

—¿Y usted le siguió?

—Sí. Cuando en todos los periódicos fue publicada la sensacional desaparición del científico Thomas Betterton, fui a Inglaterra. Un amigo mío, un científico bastante bueno, había recibido ciertas ofertas de una mujer, una tal *Mrs*. Speeder, que trabajaba para la ONU. Al llegar a Inglaterra, descubrí que había tenido una entrevista con Betterton. Me puse en contacto con ella, expresando ideas izquierdistas y exagerando tal vez un poco mi habilidad como científico. Creía que Betterton estaba al otro lado del Telón de Acero, donde nadie pudiera alcanzarlo. Bueno, si nadie más podía alcanzarlo, yo iría hasta él. —Apretó los labios—. Elsa era una científica de primer orden, pero también una mujer hermosa y agradable. Había sido robada y asesinada por el hombre a quien amaba y le había entregado su confianza. De ser necesario, estaba dispuesto a matar a Betterton con mis propias manos.

—Lo comprendo —respondió Hilary—. Ahora por fin lo comprendo todo.

—Cuando fui a Inglaterra le escribí a usted —continuó Peters—. Le escribí, es decir, con mi nombre polaco, contándoselo todo. —La miró—. Supongo que no me creería, ya que nunca me contestó. Al principio me presenté fingiendo ser un oficial polaco: tieso, muy correcto y formal. Entonces sospechaba de todo el mundo. Sin embargo, al final, Jessop y yo nos pusimos de acuerdo. —Hizo una pausa—. Esta mañana mi búsqueda ha terminado. Se aplicará el tratado de extradición y Betterton irá a Estados Unidos, donde será juzgado. Si sale absuelto, no tendré nada más que decir. Pero no lo absolverán —afirmó con severidad—. Las pruebas son irrefutables.

Se detuvo mirando hacia el mar por encima de los jardines bañados por el sol.

—Lo malo de todo esto —añadió— es que usted fue a reunirse con él, yo la encontré y me enamoré perdidamente. He vivido en un infierno, Olive. Créame. Y aquí estamos. Yo soy el responsable de enviar a su marido a la silla eléctrica. No podemos olvidarlo. Es algo que nunca podrá usted olvidar aunque supiera perdonarme. —Se puso en pie—. Bueno, quería que lo supiera todo de mis propios labios. Y ahora, adiós.

Se volvió bruscamente en el momento en que Hilary le tendía una mano.

—Aguarde. Aguarde. Hay algo que no sabe. No soy la esposa de Betterton. La mujer de Betterton, Olive Betterton, murió en Casablanca, y Jessop me convenció para que ocupara su lugar.

Él giró en redondo para mirarla a los ojos.

—¿No eres Olive Betterton?

—No.

—¡Cielos! —exclamó Peters—. ¡Cielo santo! —Se dejó caer pesadamente en una silla junto a ella—. Olive, cariño.

—No me llames Olive. Me llamo Hilary. Hilary Craven. Ése es mi nombre.

—¿Hilary? Tendré que acostumbrarme. —Cogió su mano entre las suyas.

En el otro extremo de la terraza, Jessop, que discutía con Leblanc algunas dificultades técnicas de la situación actual, le interrumpió en medio de una frase.

—¿Decía usted? —le preguntó distraído.

—Le estaba diciendo, *mon cher*, que me parece que no vamos a

poder proceder contra ese monstruo de Aristides. Lo veo difícil.

—No, no. Aristides siempre gana. Lo que equivale a decir que siempre consigue escabullirse. Pero ha perdido mucho dinero y eso no le agradará. E incluso Aristides no puede mantener la muerte a raya. Yo diría por su aspecto que no puede tardar en tener que presentarse ante el Juez Supremo.

—¿Qué es lo que atraía su atención, amigo mío?

—Esa pareja —replicó Jessop—. Envié a Hilary Craven a un viaje con destino desconocido, pero al parecer el final de dicho viaje ha sido el más natural.

Leblanc le miró extrañado por unos momentos y al cabo exclamó:

—¡Ajá! ¡Sí! ¡Su Shakespeare!

—Ustedes, los franceses, siempre tan leídos —replicó Jessop.

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados *honoris causa* y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] ¡Nieve, nieve, hermosa nieve! ¡Resbalas en una bola y allá vas! <<

[2] Tanto peor para Pierre. Es verdaderamente insoportable. Pero el pequeño Jules es muy agradable. Y su padre está bien situado en los negocios. En fin, me decido. < <

[3] ¡Nieve, nieve, hermosa nieve! ¡Resbalas en una bola y allá vas! <<

[4] Boche, designación que se le dio peyorativamente a los alemanes en Francia, durante las últimas guerras. < <